

JAZMIN®

Corazón indómito

Susan Fox

Desde que era una niña, Río había sido el blanco de todo tipo de rumores y malintencionados comentarios. Sólo un hombre había tenido fe en ella: Sam Langtry, que decidió acoger a la joven en su rancho y cuidarla como si de su propia hija se tratase. Kane, el hijo de Sam, había respetado los deseos de su padre, pero jamás la había respetado a ella…

Vivir con Río lo estaba volviendo loco. Durante años, le había incomodado tenerla a su lado, pero estaba empezando a darse cuenta de que lo que sentía hacia ella no era rencor… ¡el problema era que la deseaba! Y aunque no estuviera muy seguro de que pudiera mantener una relación con ella, deseaba intentarlo desesperadamente.



Susan Fox

Corazón indómito

Jazmín - 1313

(Corazón indómito - 1 / Se buscan novios vaqueros -1)

ePub r1.0
LDS 17.11.16

Título original: *Wild at heart*
Susan Fox, 1997
Traducción: Ana Peralta de Andrés
Publicado originalmente: Mills and Boon Enchanted (ME) - 100 / Harlequin Romance (HR) - 3468
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—Ya me he enterado de la propuesta que te ha hecho B. J. Hastings.

El sarcasmo que percibía en las palabras de Kane Langtry hizo que Rió se tensara. Lo miró brevemente y volvió a concentrarse en la cabellera del alazán que estaba cepillando. La secreta vergüenza que la había acompañado durante la mayor parte de su vida resurgió con fuerza. Sabía exactamente las razones por las que B. J. quería casarse con ella, y también que no tenían nada que ver con el amor o el respeto, ni siquiera con el deseo.

Le dolía que Kane hubiera decidido abordar de aquella manera el tema. Había comprendido inmediatamente que su intención no era otra que machacarla, probablemente porque pensaba que estaba tan enamorada de B. J. que no era capaz de analizar objetivamente la situación.

—¿Y? —Aunque lo intentó, no consiguió darle a su pregunta todo el aire de desafío que pretendía.

—Y estoy seguro de que tanto B. J. como su padre han visto en ti la mejor manera de solucionar sus problemas económicos.

Aquellas palabras la hirieron profundamente. Eran una forma de recordarle que no se merecía formar parte de la adinerada familia de Sam Langtry.

Rió terminó de cepillar al caballo, dejó el cepillo sobre un fardo de heno y le dirigió a Kane una perezosa sonrisa para disimular su dolor.

—¿Y a ti no te parece que el sexo puede tener algo que ver con esa propuesta?

Kane endureció su expresión y la recorrió de pies a cabeza con la mirada de forma insolente, como si quisiera mostrar su desprecio.

—Si ya has estado regalándole tus encantos, entonces estoy más que seguro de que el dinero de los Langtry es el único motivo por el que te han hecho esa propuesta de matrimonio.

A pesar de la intransigente animosidad de Kane, Rió consiguió brindarle una nueva sonrisa.

—¿Estás celoso, Kane? —La pregunta no era más que una venganza por su insensible crueldad, pues Rió sabía perfectamente que para Kane nunca había sido nada más que gentuza. Sugerir que pudiera desearla era una bofetada a su orgullo.

Kane dio un paso hacia ella. Sus ojos azules habían adquirido la frialdad del hielo.

—Yo podía haber disfrutado de ti cuando hubiera querido —contestó con voz peligrosamente tranquila y acarició un mechón de la negra melena de Rió que había escapado de su trenza.

Fue tal la avalancha de sensaciones provocadas por aquel gesto que la joven se quedó prácticamente sin respiración. Un segundo después, comprendió por la irónica sonrisa de Kane y la impotencia con la que ella misma había reaccionado a su caricia, que acababa de desvelar el deseo que durante tanto tiempo había conseguido mantener oculto.

Rió llevaba años enamorada de Kane Langtry. Y no por la dureza y la indiferencia que mostraba hacia ella, sino por su forma de tratar a los demás. A pesar de que desde el primer momento se había negado a aceptarla como parte de su familia, Rió lo admiraba. Al principio lo había querido como a un hermano, pero aquel sentimiento pronto se había transformado en otro que no tenía nada que ver con los sentimientos fraternales. Y a los dieciocho años había llegado a la triste conclusión de que se había enamorado de un hombre que consideraba su presencia en su vida como un permanente motivo de irritación.

Aunque en ese momento no era irritación lo que se veía en su mirada, sino una fiereza y una sensualidad tan intensas que Rió se sintió sobrecogida por una extraña parálisis. Las rodillas le temblaban y apenas podía respirar.

—Dile que no, Rió. Ni siquiera B. J. se merece a una mujer que está locamente enamorada de otro hombre.

Rió tardó algunos segundos en asimilar las palabras de Kane. El mismo tiempo que éste empleó en inclinar la cabeza para acercar sus labios a la boca entreabierta de la joven. De pronto, la besó y la estrechó con fuerza contra él, causándole un placer tan devastador que se aferró a él, incapaz de resistirse a aquel sobrecogedor ataque de sensualidad.

Kane Langtry había sido siempre el protagonista de sus sueños, sin embargo, jamás habría podido imaginarse que un hombre fuera capaz de generar un gozo tan intenso, o provocarle una respuesta tan desinhibida. Nunca había pensado que pudiera perder de tal forma el control sobre sí misma, ni que, una vez recuperada de la impresión inicial, pudiera devolverle a Kane un beso con tanto fervor.

Pero allí estaba, abrazada a él y hundiendo los dedos en su pelo mientras lo besaba con la misma intensidad que Kane la besaba a ella. Reducida a la voluntad de sus sentimientos, tardó en darse cuenta de que Kane estaba poniendo freno a su pasión, y cuando se apagó el ardor de su beso, no pudo evitar que escapara de sus labios un suspiro de desilusión.

En el momento en el que se apartó definitivamente de ella, las piernas apenas la sostenían. Los pocos besos de los que había disfrutado en el pasado, no habían tenido nada que ver con el que acababa de compartir con Kane. Le parecía increíble que en sólo unos segundos hubiera conseguido que se abandonara por completo. El deseo todavía palpitaba en su interior y descubrió alarmada que no era capaz de hacer nada para evitarlo.

Y fue aquella indefensión la que hizo que el férreo control de Kane le resultara mucho más doloroso.

—Dile que no, Rió —le ordenó Kane en un tono tan duro como condenatorio—. Lo único que quiere B. J. es tener una esposa a su servicio.

Rió se tambaleó cuando Kane la soltó bruscamente y tuvo que agarrarse a la puerta del establo para sostenerse en pie. Kane la observaba atentamente y la joven comprendió que, si alguna vez Kane había sospechado cuáles eran sus sentimientos hacia él, acababa de confirmarle sus sospechas.

Ya no tenía forma de esconderlos. Ni su indiferencia habitual, ni el hecho de que hubiera aceptado una cita con B. J. podrían convencerlo de que no sentía nada por él.

Kane acababa de desnudar su alma, y, por mucho que le costara admitirlo, tenía que reconocer que ella le había ayudado a hacerlo.

* * *

En cuanto Rió entró en la cocina de la casa principal tiempo más tarde, Sam Langtry comprendió que algo la inquietaba. La joven colgó su cazadora tras la puerta y se acercó a un rincón, de modo que Sam tuvo oportunidad de observarla desde la mesa sin que ella se diera cuenta.

Aquella niña huérfana a la que había acogido cuando sólo tenía once años se había convertido en una auténtica belleza de melena negra y ojos azules; sus delicadas facciones prometían un atractivo que el tiempo nunca podría aplacar. Así había sido también su madre.

Rió le recordaba en muchas cosas a aquella mujer de la que había estado profundamente enamorado y con la que nunca había podido casarse. El acontecimiento más doloroso al que Sam había tenido que enfrentarse durante sus setenta años de vida había sido el hecho de que la débil salud de Lenore Cory se la hubiera llevado dos años antes de que su marido, un bebedor irreductible, muriera. Mientras Lenore vivía, Sam había ocultado sus sentimientos hacia ella y, a pesar del orgullo de Lenore, había podido ayudarla tanto a ella como a su hija. Tiempo después, tras la muerte de su esposo, se había hecho cargo de Rió, que había sido un bálsamo para la profunda herida provocada por la marcha de su madre.

Pero catorce años después de la muerte de Lenore, Sam estaba llegando al final de sus días. El corazón comenzaba a fallarle, y lo sentía debilitarse día tras día. Gran parte de su tiempo lo ocupaba evaluando lo que había sido su vida; con la vejez, los recuerdos del pasado cobraban una nitidez asombrosa. Y los de Lenore, en concreto, eran cada vez más preciados para él.

Al igual que cada vez le resultaba más preciada la compañía de Rió. Sam quería mucho a su hijo, y también a su hija adoptiva,

Tracy, pero hacia Rió había sentido siempre una ternura muy especial, precisamente porque desde niña lo había necesitado mucho más que Tracy o Kane. Y ella le había devuelto aquel amor con un cariño y una lealtad inquebrantables.

Lo que más lamentaba Sam de su vejez era saber que para Rió su muerte sería un duro golpe. A pesar de que ya era una mujer fuerte, continuaba viéndola como la niña perdida y asustada que había llegado corriendo hasta el rancho de los Langtry tras la muerte de su padre. Las heridas causadas por la muerte de su padre y la notoriedad alcanzada por su fatal accidente, todavía seguían minando su confianza en sí misma y le impedían sentirse orgullosa de haber llegado a ser una persona fundamental en el rancho.

Quizá debería haberla adoptado legalmente, se dijo Sam. Su esperanza de que Rió y Kane se enamoraran, se casaran y se hicieran cargo del rancho le parecía cada vez más un absurdo romanticismo de anciano. Kane y Rió nunca habían estado más alejados que en aquella época. Era consciente de que Rió amaba profundamente a Kane, pero también de que mantenía en secreto aquel sentimiento. Por su parte, Kane se mostraba completamente indiferente hacia ella, al menos cuando no estaba regañándola por cualquier cosa. Últimamente era demasiado crítico con ella, y Sam sospechaba que con aquella actitud pretendía mantener a la joven a una prudente distancia. Percibía una fuerte tensión entre los dos y lo único que le cabía esperar era que para cuando él muriera, hubieran solucionado sus problemas y fueran capaces de conducir juntos el rancho.

Rió volvió la cabeza en ese momento y vio a Sam sentado a la mesa. Desapareció entonces toda la preocupación de su rostro para dar paso a una sonrisa. Cruzó la cocina y le dio un beso en la mejilla. Al apoyar la mano en el hombro del anciano, advirtió que estaba temblando.

—Espero que estés tomando café descafeinado, vaquero —comentó la joven, mientras se acercaba al mostrador de la cocina para servirse ella un café.

—Ni café verdadero, ni carnes rojas, ni tabaco, ni sal, ni alcohol… Si no fuera por el azúcar, ya no podría tener ningún vicio —gruñó Sam de buen humor.

Sam observó el rostro de Rió atentamente. Advirtió que tenía los

labios ligeramente hinchados. Esperaba que B. J. no tuviera nada que ver con ello.

Rió le había hablado de la proposición que le había hecho B. J., y también le había comentado que pensaba que lo que en realidad buscaba su vecino era un préstamo de los Langtry. Sam sospechaba que B. J. andaba detrás de la herencia que dejaría a Rió tras su muerte y el hecho de que a la joven no se le ocurriera, era una muestra de su falta de pretensiones en lo que a la herencia concernía. Desde la primera vez que Sam había sacado a relucir el tema de la herencia, Rió había dejado claro que no quería que le dejara nada a ella. Le había dicho que ya le había dado cosas suficientemente importantes a lo largo de su vida y que no necesitaría su dinero tras su muerte. Lo único que le había pedido había sido que pusiera alguna cláusula en el testamento para que Kane y el resto de sus herederos le permitieran volver al rancho de vez en cuando.

La actitud de Rió respecto a la herencia no podía ser más diferente de la que mantenía su segunda esposa. Ramona, como si hubiera olvidado sus acuerdos prenupciales, ya había investigado el estado de todas las cuentas y negocios de los Lantgry y le había dado a Sam una lista con todas las cosas que quería. Aquella lista había sido la muestra más patente de codicia que había recibido nunca de su esposa. Ramona todavía no sabía que Sam ya había descubierto todas sus infidelidades. Pero no era ése el motivo por el que Sam había decidido no dejarle ni un penique más de lo que la ley le asignara en concepto de pensión de viudedad. Lo que verdaderamente no soportaba era el desprecio y el maltrato que Ramona infligía a Rió en secreto.

—¿Tienes tiempo para acercarte conmigo a Painted Fence?

La pregunta de Sam fue un duro golpe para Rió. Apartó la taza de café hacia un lado y tomó aire, dándose tiempo para recuperar la compostura. Painted Fence era el pequeño cementerio de la familia. El hecho de que durante las últimas semanas hubiera ido tantas veces hasta allí le recordaba a Rió lo cerca que Sam veía su muerte.

La idea le resultaba sencillamente insoportable. Para ella, Sam no era sólo su verdadero padre, sino que con los años se había convertido en su más querido amigo. Para ella era algo inconcebible que aquel hombre pudiera morir.

—Antes voy a lavarme un poco —fue lo único que pudo decir antes de volverse y obligarse a caminar lentamente hacia la puerta de la cocina. Cuando se cruzó con Ardis y Estelle, la cocinera y el ama de llaves, consiguió dirigirles una tímida sonrisa, pero en cuanto llegó al baño, cerró la puerta y se apoyó desesperada contra ella.

La angustia que llevaba semanas interrumpiendo sus sueños era ya inaguantable. Sam se estaba muriendo. Se negaba a visitar a otro cardiólogo y ya les había advertido a ella y a Kane que no pensaba hacer esfuerzos heroicos para prolongar su vida. Entre ellos incluía la silla de ruedas que Kane le había comprado, y que, desde el primer día, estaba desterrada en el garaje. En lo único que había estado de acuerdo había sido en mantener la dieta que le había indicado el especialista, tomar la medicación recetada y echarse todo los días la siesta. Y Rió se sentía tan incapaz de hacerle cambiar de opinión como de detener el avance de su enfermedad.

La muerte de su madre había sido lenta y dolorosa, y Rió también se había sentido terriblemente indefensa frente a ella. Después de haber resistido con todas sus fuerzas y haberse sometido a todo tipo de tratamientos, su madre había renunciado a luchar. Había muerto poco después, dejando a su única hija al cuidado de un padre negligente y alcohólico. Aquéllos habían sido días difíciles para Rió, en los que no había contado con ningún apoyo. Las borracheras de su padre se hicieron más frecuentes y Rió estaba tan avergonzada y le tenía tanto miedo que, el tiempo que no pasaba en el colegio, lo dedicaba a hacer tareas del rancho o a explorar los alrededores. Y, con demasiada frecuencia, dormía en la parte de arriba de los establos o en los graneros. Cualquier lugar era preferible a soportar a su padre.

Así, la muerte de Ned Cory, ocurrida dos años después de la de su esposa, había supuesto para ella un profundo alivio. Pero el terrible accidente en el que había muerto su padre había provocado también la muerte de dos adolescente, de modo que todo el mundo se había enterado de que su padre era un alcohólico, convirtiendo a Rió en objeto de todo tipo de burlas y reproches. Para colmo, aquella muerte, había acabado con el único derecho que la niña tenía: el de poder contar con una vivienda en Langtry.

Aun así, había continuado viviendo sola durante algún tiempo,

asistiendo a la escuela y procurándose ella misma ropa y alimento. La trabajadora social que había ido a atenderla, había llegado a la conclusión de que una niña de once años no podía vivir sola y había insistido en llevarla a vivir con una familia de desconocidos a la ciudad. El carácter avasallador de la trabajadora social, no le inspiraba a Rió ninguna confianza en el tipo de familia que pudiera escoger para ella, de modo que se había escapado. Conocía algunos lugares ideales para esconderse dentro del rancho, de manera que había vuelto a su casa para recoger algunas cosas y había desaparecido durante algún tiempo. Había dejado de ir al colegio, temiendo que la trabajadora social les hubiera pedido ayuda a los profesores. Al poco tiempo, estaba tan hambrienta que había terminado haciendo incursiones a la cocina de la casa principal del rancho, hasta que un día Kane la había sorprendido saliendo de la cocina con una bolsa llena de comida y la había llevado a ver a su padre.

—¿Sabes a quién pertenece todo esto? —le había preguntado Sam con voz grave. Aunque había utilizado un tono amable, era inconfundible la autoridad que se reflejaba en su voz, propia de un hombre poderoso, acostumbrado a tener la última palabra en cualquier tema.

—A usted señor —había contestado con recelo. Después de haber vivido durante once años con un padre que empezaba a gritar y a golpearlo todo en cuanto se enfadaba, estaba preparada para ponerse a salvo al menor síntoma de enfado de Sam Langtry.

—Y si sabes que es mío, y que yo soy el dueño del rancho, ¿no crees que deberías haber venido a hablar conmigo?

Era una pregunta sorprendente. A Rió no se le habría ocurrido correr el riesgo de acercarse a ese hombre simplemente para hablar con él. Era cierto que en el pasado había sido muy amable con ella, pero entonces estaba su madre. Desde que ella había muerto, el capataz del rancho le había permitido a Rió hacer algunos trabajos a cambio de dinero, pero la cría hacía todo lo posible por mantenerse fuera de la vista de Sam Langtry. Su padre siempre causaba problemas y Rió estaba avergonzada de él. Además, nadie parecía apreciarla más de lo que apreciaban a su padre. Ella no era nadie, no tenía nada. La gente como ella no se creía con ningún derecho a molestar a una persona tan importante como Sam

Langtry.

—¿Estás avergonzada? —Había suavizado el firme gesto de su boca, pero continuaba mirándola fijamente.

—Estoy asustada —había contestado sonrojándose.

—No tienes por qué estarlo —le había dicho Sam y a continuación le había preguntado—: ¿Te apetece tomar algo caliente, o prefieres quizá un pedazo de tarta de manzana?

Aquella pregunta la había pillado de sorpresa. Inmediatamente, había desviado la mirada hacia un enorme reloj que había al lado de la puerta principal del rancho.

—¡Pero si es media noche! —Nada más contestar, se había arrepentido de sus palabras, temiendo que Sam Langtry pudiera pensar que pretendía discutir con él.

—Es posible, pero no me sentaría nada mal comer algo —se había dirigido hacia la cocina y había gritado—: Eh, Ardis, si todavía estás levantada, nos gustaría comer algo caliente.

Para asombro de Rió, la cocinera había aparecido en ese momento en la cocina, con una bata y la cabeza cubierta de rulos. Al ver a Rió, había arqueado extraordinariamente las cejas.

—¿Ésa es la chica de Cory?

Aquella pregunta había sido especialmente embarazosa para Rió. Estaba acostumbrada a que se refirieran a ella de esa forma, y casi nadie lo hacía con buenas intenciones.

—Ésta es la hija de la señorita Lenore —la había corregido Sam —. Mientras estaba hablando con ella, me han entrado ganas de disfrutar de un buen desayuno… Carne, huevos, tostadas, una buena fuente de patatas y, si hubiera, un buen chocolate caliente. Y tarta de manzana. La señorita Rió comerá conmigo, así que prepara una buena cantidad.

Ardis había musitado algo ininteligible mientras miraba con gesto de desaprobación el estado de la ropa de la niña, pero se había dirigido inmediatamente hacia el refrigerador.

Aquella noche había tenido lugar el cambio más importante en la vida de Rió. Había sido algo más sorprendente que la muerte de sus propios padres, más inesperado que cualquier otro acontecimiento ocurrido en sus once años de vida. La amabilidad de Sam había sido lo más maravilloso que una niña sola y asustada habría podido esperar.

Y ese hombre que tanto había hecho por ella, aquel hombre que la había tratado como si fuera su propia hija y le había brindado más amor y estabilidad que cualquier otra persona en su vida, estaba muriéndose.

La evidencia diaria de su declinar la desesperaba. Su vida no sería la misma sin él. Podía soportar alejarse de Langtry para siempre, podría hasta llegar a admitir que Kane jamás la aceptaría como parte de la familia. Pero no podría soportar la pérdida de Sam.

Rió abrió rápidamente el grifo del agua fría y se lavó la cara. Mientras lo hacía, decidió permanecer cerca de Sam todo el tiempo que pudiera, por lo menos hasta que Ramona y Tracy regresaran de Dallas. Hasta entonces, estaría a su lado, intentando satisfacer todos sus deseos. Y si eso incluía tener que ir cientos de veces al cementerio, lo haría.

* * *

Sam se puso el sombrero y salió por la puerta de atrás de la casa. El sol de la tarde brillaba con fuerza, y tenía que cuidarse, pues su corazón era demasiado sensible a las temperaturas extremas. La camioneta que Rió y él utilizaban normalmente para hacer pequeñas excursiones por la zona, tenía un buen aire acondicionado, así que, rodeando la piscina, se dirigió hacia el lugar en el que la habían dejado el día anterior.

Cuando llegó a la camioneta tenía el corazón dolorido y dificultades para respirar. Se subió y giró la llave de contacto. Poco después, el aire acondicionado estaba funcionando, pero aun así, tardó algunos minutos en recuperar la respiración.

En ese momento, vio a Kane saliendo de los establos. Al ver a su padre en la camioneta, se dirigió hacia él.

—¿Dónde está Rió? —le preguntó a su padre en un tono con el que quedaba claro que le reprochaba a Rió el que no anduviera por allí.

Sam abrió la ventanilla y miró atentamente a su hijo.

—Vendrá enseguida. Por cierto, ¿ha estado B. J. hoy por aquí?

Para alivio de Sam, Kane frunció el ceño al oírlo nombrar a B. J.

—No, ¿por qué? —preguntó Kane a su vez, dándole a Sam la oportunidad que estaba esperando.

—Rió ha entrado hace un rato en la cocina con aspecto de haber sido besada. Esa joven ha tenido que esforzarse mucho para ganarse el respeto de los hombres del rancho. No me gustaría que nadie pusiera en peligro su reputación —alzó la mirada hacia la dura expresión de su hijo.

—Rió ya tiene edad para ser responsable de su propia reputación.

Pero Sam no iba a dejarse impresionar por su hijo.

—Eso es cierto, pero Rió es especialmente vulnerable a los rumores.

—Entonces lo que debería hacer es, o correr a casarse con B. J., o cortar con él para siempre.

—Rió siempre tiene mucho cuidado para no ofender a nadie. Para cortar los avances de B. J. va a necesitar una buena dosis de diplomacia. Quizá podríamos ayudarla tú y yo dándoles un préstamo a los Hasting.

Kane maldijo en voz baja.

—B. J. es un manirroto. Lo único que va a hacer con ese préstamo es gastarlo.

—Sí, ya sé que tanto él como su padre preferirían tener a alguien en casa que los mantuviera, y eso explica su propuesta de matrimonio. Ninguno de los dos es capaz de ver en Rió algo más que el signo del dólar.

Kane tensó los labios y desvió la mirada.

—Demonios, es posible que Rió esté enamorada de él.

Sam rió suavemente.

—B. J. es un hombre demasiado débil para que a Rió pueda resultarle atractivo. Además, cualquier hombre que tenga algún interés en ella, va a ser comparado con un modelo imposible de superar.

Kane no dijo nada, pero gruñó malhumorado. Sin embargo, su padre todavía no estaba dispuesto a dar el tema por zanjado.

—Y por si todavía no has comprendido lo que te estoy diciendo, señor Modelo Insuperable, quiero que sepas que tienes una gran influencia en Rió.

Kane observó a su padre con los ojos entrecerrados. No le hacía

ninguna gracia que le recordara el papel de príncipe azul que jugaba en la vida de Rió.

—Rió todavía tiene que superar la adolescencia.

Sam se quedó mirándolo en silencio durante largos segundos.

—Entonces no juegues con ella, Kane. Rió no tiene tanta experiencia como tú, y jamás va a ser tan dura. Puedes llegar a hacerle mucho daño.

Kane sintió aumentar su enfado. Rió Cory le resultaba tan tentadora como irritante, y no estaba seguro de que hubiera alguna diferencia entre los dos sentimientos. Para empezar, ya era suficientemente malo que a los veintitrés años continuara viviendo en el rancho. La huérfana de once años a la que había sorprendido robando comida, se había convertido en toda una belleza texana. A pesar de que trabajaba en Langtry como un ranchero más, era una joven femenina e increíblemente atractiva. Aun así, había algo en ella que jamás podría llegar a domesticar y que le hacía asociarla con un caballo salvaje, más acostumbrado a seguir sus propios instintos que a someterse a las órdenes de nadie.

Su padre se había ganado su confianza, su lealtad y su amor. La había acogido en su casa, dándole una oportunidad de ser alguien mejor de lo que hubiera sido si su padre hubiera continuado viviendo. Rió idolatraba a Sam, lo adoraba como si fuera su propia hija y estaría dispuesta a cumplir todas sus expectativas. Para Kane, no era ningún secreto que Sam consideraba a Rió como la mujer más adecuada para él, lo que convertía a la joven en el único motivo de discusión entre padre e hijo. Siempre había sido el único objeto de desacuerdo entre ellos. Para empezar, Kane se había opuesto a que Sam acogiera en su casa a aquélla ladronzuela. Sabía de ella que había tenido una dura infancia y había vivido prácticamente a su aire, y que el apellido Cory la había convertido en una marginada dentro del rancho. Además, Kane sabía que aquella niña sería para su padre un recuerdo de cosas que haría mejor en olvidar. Pero, a pesar de las protestas de Kane, Sam estaba casi obsesionado con la idea de proteger a Rió y compensarla por su deprimente infancia.

Rió, por su parte, casi nunca había dejado que Sam le diera nada más que techo, comida y la ropa imprescindible y casi desde el primer momento, y aunque nadie se lo había pedido, había

combinado los estudios con el trabajo.

Rió absorbía hasta la última gota de amor y afecto que Sam le ofrecía y el lazo que poco a poco había ido uniéndolos, había llegado a ser irrompible. Sin embargo, Kane no quería convertirse en un consuelo para Rió cuando Sam muriera y ésa era la razón por la que se resistía a las maniobras de su padre.

—Entonces que procure mantenerse lejos de mí —contestó con voz despiadada.

Sam observó a su hijo con atención.

—¿Estás insinuando que Rió se ha arrojado a tus brazos? —le preguntó con gesto escéptico.

Kane maldijo en voz baja y desvió la mirada.

—Una mujer no tiene por qué arrojarse a los brazos de un hombre para que este sepa que se siente atraída por él.

—Muchos hombres de Texas darían diez años de su vida porque Rió sintiera algo así por ellos —repuso Sam. El orgullo que se reflejaba en su voz hizo que su hijo lo mirara enfadado.

—Entonces debería escoger a cualquiera de ellos.

Sam sacudió la cabeza.

—Rió se deja llevar por sus sentimientos. Es como un caballo salvaje, que se siente arrastrado por un caballo mayor. Ha conseguido sobrevivir a los elementos y a los depredadores. Es demasiado sensata para fijarse en hombres más débiles y menos decididos que ella. Necesita a un hombre suficientemente fuerte para estar a su lado durante toda su vida. Esa jovencita ya ha perdido mucho en la vida, y cuando yo muera, va a sufrir una nueva pérdida.

A Kane le hizo gracia que las percepciones de su padre sobre Rió se acercaran tanto a las suyas, pero no había ni un ápice de diversión en su voz cuando contestó:

—Te estás convirtiendo en un viejo muy imaginativo, papá.

—Cuanto más me acerco al final, me doy cuenta de que todo es más simple y claro de lo que pensamos. Las cosas entre un hombre y una mujer dejan de ser complicadas en el momento en el que uno se da cuenta de lo que necesita el otro —miró a su implacable hijo —. Si prestaras más atención a tus instintos y decidieras seguir su dictado, no te irritaría tanto hablar de Rió.

Kane sonrió con ironía.

—Hoy he seguido mis instintos y me he ganado una regañina —se apartó del coche y señaló con la cabeza hacia el patio trasero—. Deja que cada uno de nosotros siga su propio camino, y procura no perder el tiempo intentando que las cosas salgan como tú quieres.

Rió no vaciló cuando vio a Kane al lado de la camioneta. Sintió que se ruborizaba, pero el rubor dio pronto paso a una rara mezcla de alivio y desilusión al advertir que se dirigía hacia los establos. El corazón se le hundió al reconocer el gesto de Kane. Reconocía perfectamente su expresión cuando había estado discutiendo con su padre.

Pero pronto dejarían de discutir… se recordó con dolor.

Capítulo 2

Rio consiguió superar los primeros minutos de la cena evitando mirar a Kane, aunque estando sentada frente a él, le resultaba verdaderamente difícil. Se sentía mucho más torpe que nunca después del tórrido beso que habían compartido en los establos, y deseaba, con todo su corazón, haber tenido la sensatez de apartarlo en cuanto se había acercado a ella. De todas las situaciones a las que había tenido que enfrentarse a lo largo de su vida, aquélla era una de las más embarazosas, por el hecho de que no podía culpar a nadie de lo ocurrido.

Fue Sam el primero en romper el incómodo silencio que presidía la cena.

—¿No van a traer mañana a las nueve un nuevo toro?

—Sí, llegará alrededor de las nueve —contestó Kane—. Yo tengo que hacer una llamada a las ocho y media, si no he terminado para entonces, tendrá que encargarse Rió de atender la llegada del toro.

Rió aceptó aquella orden indirecta sin protestar. Desde que Sam se había jubilado, él era el jefe. Y Rió se hacía cargo del rancho cuando Kane no podía hacerlo. En muchos de esos casos, el capataz se encargaba de transmitir sus órdenes, aunque Rió había aprendido hacía tiempo que tanto el capataz como los trabajadores del rancho eran suficientemente competentes para que no hiciera falta que nadie planificara el trabajo diario. Los hombres la respetaban porque sabían de la consideración de Sam hacia ella, y, por su parte, Rió les mostraba a ellos su respeto por su experiencia y capacidad, dándoles las menos órdenes posibles. La llegada de aquel

caro ejemplar, requeriría que alguno de los trabajadores estuviera presente para recibirlo. Aquel toro había costado una fortuna y a Rió no terminaba de gustarle que cayera sobre ella aquella responsabilidad.

Sin embargo, no iba a dejar que Kane lo supiera. Era consciente de que él aceptaba su posición en la cadena de mando a causa de su padre, y porque hasta el momento ella no le había dado ningún motivo para excluirla. Rió jamás había jugado con las órdenes y las instrucciones de Kane. Tendría que estar especialmente vigilante para tener la certeza de que el toro llegaba en perfectas condiciones y procurar instalarlo con especial cuidado.

—Ramona ha llamado esta tarde, cuando estabais fuera comentó Kane. —Llegará con Tracy mañana por la tarde.

Aunque no era una noticia inesperada, la joven no pudo evitar ni la desilusión ni la tensión que sintió al oírlo. Ramona disfrutaba metiéndose con ella en todo momento, sobre todo porque desde muy pronto había aprendido que la joven jamás se lo diría a Sam.

—Ya era hora —fue lo único que comentó Sam.

Rió tampoco dijo nada. Sabía que a Sam no le hacía en absoluto feliz que la idea que tenía Ramona de ser la esposa de un ranchero, fuera vivir la mayor parte del año en un ático en Dallas, gastando el dinero de los Langtry. Cuando Ramona llegaba a casa, Rió procuraba mantenerse lejos, tanto para evitarla a ella como para asegurarse de que Sam tuviera tiempo para estar con su esposa y su hija adoptiva. Sin embargo, en aquella ocasión no pensaba hacerlo. Teniendo en cuenta la fragilidad de la salud de Sam, pensaba permanecer cerca de la casa todo el tiempo posible.

—Necesito que me ayudes a arreglar unos papeles esta noche.

Aquella repentina declaración de Kane obligó a la joven a mirarlo a los ojos, pero rápidamente desvió la mirada.

—¿Ha habido alguna novedad? —le preguntó. Desde que Sam se había jubilado, prácticamente no se había hecho cargo de nada que tuviera que ver con los papeles o las cuentas del rancho, de modo que sospechaba que aquella sugerencia de Kane no era sino una treta para poder hablar con ella a solas.

—Ya lo verás por ti misma.

Rió le dirigió a Kane una rápida mirada. Había distinguido claramente el desafío que se reflejaba en su voz, aunque no hubo

nada en sus facciones que confirmara aquella impresión hasta que tomó su taza de café y se reclinó en la silla. Entonces, la miró o los ojos de tal manera que estuvo a punto de crear un cortocircuito en el sistema nervioso de la joven. Al advertir el arrogante gesto de su boca, Rió se sonrojó violentamente. Aun así, y sin saber muy bien cómo, consiguió sostenerle la mirada hasta que Kane decidió romper aquel contacto y se terminó el café.

Kane se levantó para dirigirse a su estudio y Rió y Sam se acercaron al cuarto de estar. Jugaron una relajada partida de damas, tras la cual, Sam subió a su habitación. Aunque le había dicho a Rió que pensaba ver una película de vídeo antes de dormirse, ella dudaba que lo hiciera. Parecía especialmente cansado aquella noche, y Rió se alegró, una vez más, de que pudiera contar con el pequeño ascensor que Kane había hecho instalar tras el vestíbulo. Sam se había negado a trasladar su habitación al piso de abajo cuando los médicos le habían prohibido bajar y subir escaleras, de modo que, aunque a regañadientes, había tenido que resignarse a utilizar el ascensor. Sin embargo, desde hacía unos tres meses, ya no protestaba cada vez que tenía que hacerlo.

Y ése era otro de los síntomas del declinar de su salud, pensó Rió con tristeza.

Un largo paseo o, mejor aún, una excursión a caballo, quizá pudieran ayudarla a levantar un poco los ánimos y a dormir bien, aunque no había por qué esperar que aquellos remedios funcionaran mejor esa noche que cualquier otra. Además, Kane estaba esperando que se reuniera con él.

Con los nervios a punto de estallarle, Rió se dirigió hacia el estudio de Kane, preguntándose durante el camino las razones que habría tenido para besarla. Desde luego, sabiendo que era algo que no volvería a ocurrir jamás, ella había preferido no haber experimentado lo que se sentía al estar en sus brazos. Y, para colmo, le había entregado a Kane un arma con la que podría atormentarla si quisiera. Porque después de aquel tórrido beso, ya no tenía secretos para Kane.

Cuando llegó a la puerta del despacho, llamó suavemente antes de entrar. Encontró a Kane sentado tras su escritorio, ordenando unas facturas. No levantó la mirada, y ni siquiera la saludó antes de ordenarle:

—Después de que llegue el toro, puedes ir a revisar el estado de las cercas del rancho. Llévate un teléfono móvil y ropa suficiente para pasar unos cuantos días fuera.

Rió se tensó. En otras circunstancias, habría recibido entusiasmada aquella tarea que le permitía mantenerse lejos de Ramona. Pero estando Sam tan enfermo, no pensaba ausentarse de la casa durante más de unas horas.

Sin embargo, decírselo a Kane significaría rechazar una orden. Además, su presencia en la casa, estando también Tracy y Ramona, incrementaría la tensión para todos.

Rió se aclaró la garganta y dijo con voz suave.

—Ahora no puedo hacerlo.

Kane se sorprendió más de lo que la joven esperaba.

—¿Por qué no?

—Sam… —se interrumpió vacilante. No era capaz de expresar con palabras sus peores temores—. Últimamente está muy delicado. Quiero estar cerca de él.

Kane echó a un lado los papeles que tenía encima de la mesa.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que es posible que Ramona no quiera tenerte rondando a su alrededor? Es posible que prefiera estar a solas con Sam.

Aquella crítica le dolió. Aunque, en realidad, le dolían la mayor parte de las cosas que Kane le decía. Estaba harta de ser el blanco de la desaprobación y los reproches de Kane, que, por otra parte, era incapaz de ver la falta de interés de Ramona por su esposo.

Pero Rió sabía que sería inoportuno decir nada en contra de la esposa de Sam. Alzó ligeramente la barbilla y tensó los labios en una cínica sonrisa.

—Ramona puede estar a solas con Sam tanto tiempo como le apetezca. Además, hace mucho tiempo que no veo a Tracy.

—Y Ramona lo prefiere así —repuso Kane con una franqueza brutal.

Rió apartó la mirada de su dura expresión, repentinamente fatigada. Quizá llevara ya más años en Langtry de los que debía. Salvo Sam, nadie parecía darle ninguna importancia al hecho de que se pasara todo el día trabajando duramente para devolverle todo lo que había hecho por ella. Al contrario, todos los demás parecían considerarla como una intrusa que había tenido la suerte

de colarse en una casa que no se merecía.

La amargura y el orgullo se entremezclaban en su mirada cuando le contestó a Kane:

—Mientras Sam esté vivo, nadie va a poder echarme de esta casa. Y tanto tú como Ramona deberíais saberlo.

Kane se inclinó en su silla y la cubrió con su mirada cortante.

—No quiero que nadie moleste a Sam.

—Entonces procura decírselo a Ramona.

Al advertir el brillo de enfado de los ojos de Kane, la joven comprendió que todavía continuaba considerándola como la única responsable de las fricciones entre su padre y Ramona. Y la verdad era que Ramona no había tenido que ingeniárselas mucho para transmitir la impresión, estando Kane más que dispuesto a ver a Rió como la culpable de cuanto malo ocurría.

Al pensar en ello, los ánimos de Rió se hundieron. Sabía que Kane jamás podría ver la maldad que se escondía tras la belleza de Ramona, de la misma forma que nunca podría concederle ningún mérito a Rió que, al fin y al cabo, no era más que la hija de Ned Cory.

Rió sonrió con amargura, se volvió y abandonó la habitación con la poca dignidad que le quedaba.

* * *

Rio se quitó la cazadora y se secó con la muñeca el sudor de la frente. Se echó el sombrero hacia atrás y observó el remolque de la camioneta que se dirigía hacia ella.

—¡Más despacio, vaquero! —gritó, en voz suficientemente alta para que pudiera oírla el conductor—. Un poco más a la izquierda.

El conductor ignoró sus indicaciones con la misma insolencia con la que llevaba haciéndolo durante los últimos cinco minutos. Rió reprimió una maldición al ver como volvía a echar la camioneta excesivamente hacia la derecha, demasiado lejos del callejón por el que el toro debía acceder al corral que le habían asignado.

El toro, nervioso, daba coces contra las puertas del remolque. Rió, enfadada y nerviosa, se acercó hasta la puerta del conductor. Éste, le dirigió una mirada burlona.

—Lo siento, jefa. No se le da demasiado bien dar instrucciones, ¿eh? Quizá sepa hacerlo mejor alguno de los hombres.

El toro se movía de tal forma que tanto el remolque como la camioneta empezaban a balancearse y Rió sabía que si el animal se hacía algún daño, Kane la consideraría a ella responsable de lo ocurrido.

Así que, sin pensarlo dos veces, abrió la puerta de la furgoneta. Aquel repentino movimiento fue suficiente para hacer desaparecer la burlona sonrisa del conductor.

—Échese a un lado —le indicó, dejando claro que tenía prisa—. O se aparta y me deja conducir a mí, o va a tener que llevarse el toro de vuelta.

—¡Nadie más que yo va a conducir esta camioneta! —gritó como un niño quejoso.

—Como usted quiera —se apartó y continuó diciéndole—: Déle recuerdos al señor Cameron de mi parte, y dígale que sentimos tener que devolverle el encargo.

—¡Espere! —grito el vaquero mientras Rió se alejaba. La joven se detuvo y se volvió hacia él.

—Entonces déjeme conducir a mí —dijo con firmeza.

El vaquero frunció el ceño con gesto burlón, pero se corrió hacia la mitad del asiento. Rió se sentó tras el volante, colocó los espejos, puso la camioneta en marcha y la echó hacia atrás. El toro estaba demasiado inquieto para perder ni un segundo más. Mientras conducía, siguiendo las instrucciones de otro de los trabajadores del rancho, fingió no darse cuenta de que el sudoroso vaquero que estaba a su lado se había acercado tanto hasta ella que no podía conducir sin rozarle el brazo. A los pocos segundos, apagó el motor, y salió corriendo de la camioneta para dirigirse a la parte trasera del remolque, donde dos trabajadores de Langtry acababan de instalar una rampa. El toro mugió con tanta fuerza que el remolque tembló.

Rió trepó a una empalizada, al lado de Boz, uno de los más viejos rancheros.

—¿Quiere que nos encarguemos de enseñarle un poco de educación a ese cretino? —le preguntó a Rió.

La joven suspiró y le dirigió una sonrisa agradecida.

—Me encantaría, pero creo que por esta vez será mejor que lo

dejemos. En cualquier caso, se lo agradezco.

Los dos vaqueros se subieron a la cerca; en cuanto se aseguró de que había otra media docena de vaqueros presente, abrió la puerta del remolque.

El impacto del toro contra la puerta fue como el retumbar de un trueno. Rió, al igual que los otros rancheros, se sobresaltó al oír aquella explosión. Kirby, el hombre que había abierto la puerta, gritó y retrocedió, tambaleándose sobre la cerca, mientras intentaba sujetarse la mano herida. Uno de los hombres que estaban más cerca de él, lo agarró para evitar que se cayera.

El toro salió corriendo del remolque, encarrilándose a toda velocidad por el estrecho callejón que conducía hasta el establo vacío. En cuanto entró, cerraron rápidamente la puerta.

Rió saltó de la cerca, pero en vez de ir directamente al corral para comprobar el estado del toro, se dirigió hacia el hombre herido.

Kirby estaba apoyado contra la verja, sujetándose la muñeca. Su palidez indicaba que estaba sufriendo grandes dolores.

—No sabe cuanto lo siento, señorita Rió. No sé si es que he sido demasiado lento, o que ese toro era demasiado rápido.

Rió le sujetó la muñeca y se la examinó delicadamente.

—Lo ha hecho estupendamente, Kirby. Pero me temo que se ha roto la muñeca. Vamos a ponerle un poco de hielo y a buscar a alguien que pueda llevarlo al hospital. ¿Hank? —Se volvió hacia otro de los vaqueros—. ¿Te importaría ir a la cocina a buscar algo de hielo? Dile a Smitty que llame al hospital para decir que vamos a llevar a Kirby.

El vaquero corrió hacia la cocina de la casa y Rió se acercó con Kirby hacia otro de los hombres para pedirle que lo acompañara hasta una camioneta que estaba aparcada bajo la sombra de los árboles.

Desde allí, corrió hacia el corral en el que estaba el toro, sin preocuparse de que el vaquero del rancho de Cameron merodeaba impaciente alrededor de su furgoneta. Se detuvo cerca de Boz que sacudía ligeramente la cabeza y maldecía en voz baja.

—Esperemos que el mal carácter de este toro se deba a que no ha hecho un buen viaje. O a que ese hombre de Cameron lo ha provocado.

Rió observó atentamente al animal, por si se había hecho alguna herida.

—Desde luego —respondió con voz queda. La mayoría de los toros eran muy temperamentales, pero había algo en aquel ejemplar que le hacía sentirse incómoda. Boz también parecía sentir algo parecido, aunque también era posible que ambos se hubieran dejado influir por la herida de Kirby.

Además, el propio Kane había escogido aquel ejemplar. Aquel animal de calidad superior y excelente pedigrí era una adquisición ideal para Langtry. Si conseguían dominarlo, llegaría a alcanzar un valor incalculable.

Los últimos pasos del animal fueron verdaderamente terroríficos. Boz se echó hacia un lado, como si no confiara en que la cerca pudiera resistir la embestida del animal. En el último segundo, cuando la propia Rió estaba pensando también en apartarse, el toro se cruzó a lo ancho del callejón y pateó el suelo con tanta fuerza que surcó la madera.

Las risotadas y los silbidos de los vaqueros que lo estaban observando, fueron tanto de admiración por la bravura del animal, como de alivio porque al final hubiera respetado la cerca. Por supuesto, a Rió jamás se le ocurrió pensar que otra parte de la admiración de los vaqueros iba dirigida hacia ella, por la frialdad y la sensatez que había mostrado. En cuanto todo estuvo controlado, la joven se acercó al lugar en el que estaba esperando el vaquero que había llevado el animal.

Hizo un frío gesto con los labios, que difícilmente habría podido confundirse en una sonrisa y le dijo a aquel vaquero que no parecía dispuesto a respetar su autoridad:

—Si el señor Langtry le compra más animales a su jefe, preséntese usted voluntario para hacer cualquier otra cosa y deje que se encargue de traerlos a Langtry alguien más profesional. Y que tenga un buen viaje —sin más, pasó por delante de él para ir a ver cómo estaba Kirby.

Todo el mundo sabía que la famosa hospitalidad de los Langtry siempre incluía una invitación a comer, a merendar, o como poco a tomar un café a cualquiera que cruzara la puerta del rancho. El hecho de que Rió no hubiera extendido la invitación a aquel vaquero, era una grosería, y como tal sería interpretada. Sobre todo

para el jefe de aquel trabajador, si llegaba a enterarse.

Rió acababa de rodear de la camioneta en la que había llegado el toro cuando vio a Kane al lado de la puerta en la que Kirby estaba esperando a que Hank regresara con el hielo. La joven se dirigió hacia Kirby, le brindó una amable sonrisa y se detuvo al lado de Kane.

—¿Qué tal está, vaquero? —le preguntó a Kirby.

—No demasiado mal, señorita Rió —contestó él con una tensa sonrisa.

Rió señaló con la cabeza hacia Hank, que llegaba corriendo desde la cocina de la casa con un par de bolsas de hielo y un par de toallas.

—Hank ya viene hacia aquí.

En cuanto Hank llegó a la camioneta, Rió agarró las bolsas de hielo, las metió entre las toallas y las posó cuidadosamente en la muñeca de Kirby. Kane permanecía a su lado en silencio, dándole a Rió la clara impresión de que estaba disgustado con ella.

En ese momento, ambos pudieron ver que el vaquero de Cameron se marchaba. Mientras arrancaba la camioneta en la que iba Kirby, Rió se preparó para la regañina de Kane, que no tardó en llegar.

—No le has ofrecido nada a ese hombre.

Rió se volvió hacia él, levantando la barbilla con expresión desafiante.

—Ya lo sé. Pero si no estás de acuerdo con la decisión que he tomado… puedo ir a buscarlo y decirle que vuelva.

—Cómo vas a hacer una cosa así. Si no respeto tus decisiones, estoy cuestionando mi propia autoridad al haberte hecho ocupar el cargo que ocupas.

—Te lo agradezco, Kane. Gracias.

Kane clavó sus ojos azules en el rostro de la joven.

—No me lo agradezcas. Esto no tiene nada que ver contigo.

Rió se quedó sin respiración ante aquella repentina hostilidad, pero se obligó a curvar los labios con una sonrisa, tras la que esperaba disimular su confusión.

—Estoy segura de que podría haberlo averiguado por mí misma —respondió—. Bueno, voy a ver si Sam necesita algo —dio media vuelta para dirigirse hacia la casa antes de que Kane tuviera tiempo

de decirle algo desagradable.

Capítulo 3

Ramona y Tracy llegaron a Langtry a las cuatro de la tarde. Habían vuelto de Dallas con uno de sus vecinos de rancho, Dake Sanderson, en su avión privado, y en vez de aterrizar en Langtry lo habían hecho en la propiedad de Sanderson.

Y Rió estaba convencida de que en cuanto Ramona se diera cuenta de que estaba en la casa principal, probablemente iba a empezar a poner más problemas de los habituales.

Rió les dejó el tiempo que mediaba entre su llegada y la cena para que se instalaran y pudieran estar a solas con Sam y, como su regreso al hogar era considerado como una gran ocasión, abandonó sus habituales vaqueros y su camiseta a favor de un vestido azul de verano y unas sandalias para reunirse a cenar con el resto de la familia.

Entró en el salón en el momento en el que todo el mundo, salvo Sam, estaba esperando a que Ardis anunciara que estaba ya lista la cena. Tracy estaba sentada en uno de los sofás, y Ramona charlaba con Kane, frente al mueble-bar. Rió se dirigió hacia una silla situada frente a la chimenea y Ramona fue la primera en advertir su llegada.

—Ah, aquí está Rió —le dirigió a la joven una empalagosa sonrisa—. Kane está preparando unas copas. ¿Quieres que te sirva algo?

—No gracias —musitó Rió.

Ramona asintió con gesto sagaz y miró a Rió con expresión compasiva.

—Me parece una decisión muy sabia en tu caso, querida.

Rió se tensó ante aquella velada referencia al alcoholismo de su padre, pero se reclinó en la silla, fingiendo no haberla advertido. Miró hacia Tracy, que todavía no la había saludado. La hija de Ramona era una joven dos años menor que Rió. Tenía el pelo rubio y los ojos azules, igual que su madre, aunque era infinitamente más dulce que ella.

Cuando Tracy la miró, Rió le dirigió una sonrisa.

—Hola, Tracy.

Pero Tracy contestó con un saludo forzado e inmediatamente apartó la mirada de Rió, de manera fría y hostil.

Desconcertada por aquel desaire de Tracy, Rió miró hacia Kane, que acababa de servirse su bebida y se dirigía hacia el sofá. Posó su dura mirada en sus ojos y a continuación la deslizó por su vestido y por sus piernas. No era el tipo de mirada que Rió estaba acostumbrada a recibir de Kane y le hizo sentirse profundamente incómoda.

Sam llegó al salón poco después, justo antes de que Ardis anunciara que estaba ya servida la cena. Sam le ofreció su brazo a Ramona, que se agarró a él con exagerado placer, le tendió el otro a Tracy y se dirigió con ambas mujeres hacia el comedor.

De modo que Rió y Kane se quedaron solos, para horror de la joven. Kane normalmente evitaba formar pareja con ella en todo tipo de acontecimiento social, tanto en las grandes ocasiones como en las más cotidianas, como aquélla. Le parecía increíble que Sam los hubiera puesto en aquella situación, sobre todo sabiendo lo que sentía su hijo por ella.

Decidida a salir airosa de aquella situación, comenzó a caminar detrás de Sam. Pero no había dado más de dos pasos cuando Kane la agarró del brazo, obligándola a detenerse.

Rió se volvió sorprendida hacia él y observó sus duras facciones y el brillo de irritación de sus ojos.

Al mismo tiempo, el contacto de la mano de Kane sobre su brazo empezaba a enviar un delicioso flujo de sensaciones por su cuerpo. El recuerdo del beso que habían compartido en los establos la envolvió, despertando en ella el deseo de repetirlo.

—Sam pretende que me comporte como un caballero contigo —comentó Kane curvando los labios con una mezcla de burla y

diversión—. Y si Ramona pudiera verte la cara ahora mismo, te echaría una regañina que te dejaría destrozada.

Rió se tensó e intentó soltar su brazo. Pero Kane la agarró con fuerza y la obligó a acercarse a él. La joven posó la mano en su pecho para mantener la distancia entre ellos.

—Déjame, Kane —le pidió casi sin respiración.

—Entonces procura dejar esas miradas ansiosas para ti misma —contestó Kane con brutalidad.

La joven se sonrojó y le dio un empujón con el que supuestamente debería haberlo apartado de su camino, pero Kane permaneció frente a ella, inamovible como una columna de granito. Sentía en la mano el calor de su pecho y los rítmicos latidos de su corazón, mucho más sosegados que los suyos. De pronto, se sintió sobrecogida por la virilidad que de Kane emanaba y polla intensidad de sus propios deseos.

¡Qué estúpida era! Afortunadamente, el instinto de supervivencia fue más fuerte que el deseo y le dio fuerza suficiente para apartarse de Kane. No se atrevía a enfrentarse a sus ojos, pero sentía la intensidad de su mirada sobre ella mientras se dirigía hacia el comedor. Y, aunque evitó prestarle atención durante la cena, era consciente de cada uno de sus movimientos, y cada vez que la miraba, se sentía como si estuviera tocándola.

Afortunadamente, Ramona la dejó disfrutar tranquilamente de la cena. Rió comenzó a pensar que la actitud de Ramona hacia ella parecía haberse dulcificado, pero pronto tendría oportunidad de comprobar lo confundida que estaba.

Al final de la cena, se trasladaron todos al salón, donde Ardis iba a servirles el café. Sam se retiró pronto a su habitación y sin esperar apenas a que el ascensor hubiera llegado al piso de arriba, Ramona comenzó sus ataques.

—Sam ha sido muy caritativo contigo durante todos estos años, Rió —comentó con voz dulce y suavemente modulada.

Rió vaciló mientras alargaba el brazo para tomar la taza que Ardis le ofrecía y desvió la mirada, presa una vez más del sentimiento de vergüenza que la perseguía desde la infancia.

No pensaba responder a aquella agresión de Ramona. Sabía que a Kane no le parecería bien, y quizá tampoco a Ardis. Al fin y al cabo, esta última nunca se había mostrado especialmente amistosa

con ella, de manera que Rió nunca había podido verla como a una aliada.

Como si fuera consciente de que no iba a haber nadie en la habitación que protestara por sus ataques, Ramona continuó:

—Supongo que tienes suficiente orgullo como para buscarte la vida por ti misma, y no continuar merodeando alrededor de ese pobre anciano, con la esperanza de sacarle algo más.

Rió dio un sorbo a su café, intentando disimular su enfado. Para Ramona sería un placer saber cuánto podía afectarla, y estaba decidida a frustrar sus intentos de irritarla. De modo que dejó la taza en la mesa y miró a Ramona a los ojos.

—Sam no es ningún tonto, Ramona —le contestó.

Bajo aquellas inocentes palabras, se encerraba toda una advertencia sobre las infidelidades de Ramona y sabía que ésta iba a comprenderla perfectamente. Desde luego, el rubor de indignación que cubrió sus mejillas no podía tener otro motivo.

Ramona se volvió hacia Kane, que las estaba observando con expresión lúgubre.

—¿No puedes hacer algo con ella, Kane?

—¿Qué es lo que quieres que haga, Ramona?

—¡Échala de aquí, dile que se vaya! —Ondeó la mano con impaciencia.

Rió dejó su taza a un lado mientras se preparaba para abandonar la habitación. No debería haberse quedado a tomar el café, se dijo dolida, tenía que haberse ido en cuanto Sam se había retirado. Llevaba tiempo suficiente viviendo en Langtry como para saber cómo eran las cosas, y cómo lo serían siempre.

—Termínate el café, Rió —le ordenó Kane. La joven alzó la mirada hacia él, pero Kane tenía los ojos fijos en Ramona.

—Rió se mantiene a sí misma con su trabajo, Ramona. Y como trabaja para mí, te agradecería que me dejaras decidir dónde debe estar y dónde no.

En el rostro perfecto de Ramona se dibujó una expresión de desconcierto.

—Pero Kane… —comenzó a decir claramente confundida—, seguramente tú no…

—Déjalo ya, Ramona —la cortó Kane en tono glacial.

Ramona se quedó boquiabierta por la sorpresa y miró después a

Kane con expresión de sentirse profundamente herida. Pero Kane la ignoró por completo y se volvió hacia Tracy.

Rió se quedó mirándolo fijamente, sorprendida por su inesperada intervención. Pero la excitación que la había sobrecogido al darse cuenta de que había salido en su defensa, pronto se desinfló. En realidad Kane no estaba defendiéndola a ella, sino que había respondido a Ramona porque había desafiado su autoridad. Y, como había dicho esa misma mañana, eso no tenía nada que ver con ella.

Levantó su taza, sin ningún interés ya en el café. Podía sentir la hostilidad que irradiaba de Ramona mientras Kane entablaba conversación con Tracy. La joven se levantó, dejó su taza en la bandeja y salió del salón, dejando a Kane charlando con su hermanastra.

Habría sido un momento ideal para escapar a su habitación, pero justo en ese instante sonó el timbre de la puerta. Como estaba más cerca que Ardis y Estelle, fue rápidamente abrir. Al otro lado estaba esperando B.
J. Ha
stings.

—Hola cariño —saludó a Rió, deslizando la mirada por su cuerpo con evidente admiración—. ¿Hay alguna oportunidad de que tengamos la casa para nosotros esta noche?

Rió consiguió esbozar una sonrisa y saludarlo quedamente. Ignorando la pregunta que acababa de hacerle, le comentó:

—Vamos a la cocina. Estará algo menos concurrida que el salón —mientras se dirigían hacia allí, oyó que B. J. susurraba un saludo al pasar frente a la puerta del salón.

Ardis y Estelle estaban sentadas a la mesa de la cocina, con un juego de mesa a un lado, y leyendo la programación de la televisión. Rió les sonrió a las dos mujeres, disimulando la desilusión que le había causado encontrar la cocina ocupada, y se dirigió con B. J. hasta el patio, para acercarse a una zona que estaba cerca de la piscina.

En cuanto se detuvo, B. J. la agarró del brazo y la obligó a volverse hacia él. Al segundo siguiente, la besó en la boca y la abrazó con fuerza. Rió no pudo evitar comparar aquel beso con el de Kane. Y tampoco pudo hacer nada para impedir que el de B. J. le

resultara repugnante.

En cuanto pudo, intentó empujarlo, secretamente asombrada por el hecho de que B. J. saliera perdiendo de forma tan notable en la comparación.

—Ah, vamos, Rió —gruñó B. J. e intentó sin éxito volver a apoderarse de sus labios. Rió lo empujó de nuevo, intentando separarse de él, pero entonces B. J. acercó los labios a su cuello—. Se supone que las chicas como tú están siempre deseándolo —musitó mientras mordisqueaba su cuello.

Si sus labios le parecían repelentes, sus palabras le resultaron escalofriantes.

—¿Las chicas como yo? ¿Qué pasa con las chicas como yo?

—Sí, las chicas como tú —la frustración le hacía imprimir a sus palabras un tono burlón—. Chicas atractivas que vienen de la nada y saben lo que tienen que hacer para conseguir dinero. Pero en tu caso, nunca te esfuerzas lo suficiente.

Rió se quedó mirándolo fijamente, aunque en realidad no la sorprendía de forma excesiva aquel insulto. Desde el primer momento, se había dado cuenta de que el interés de B. J. en ella era fingido, y si no hubiera sido por lo inesperado de la propuesta y la nula consideración que de ella tenían en la comunidad, lo habría rechazado de inmediato. El problema era que las cosas habían llegado hasta un punto en el que no habría podido desestimar su propuesta sin ofenderlo.

—Creo que será mejor que te vayas —le dijo intentando conservar la calma, pero la voz le temblaba de enfado.

B. J. inclinó la cabeza como si no la hubiera oído correctamente.

—¿Qué has dicho?

Pero antes de que la joven pudiera contestar, se interpuso una voz profunda entre ellos.

—He oído lo que ha dicho, Hastings, y estoy esperando a que obedezcas. —Rió se volvió y vio a Kane frente a la piscina—. Y dale recuerdos a tu padre.

B. J. permaneció donde estaba durante algunos segundos, antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta del patio.

Rió lo observó marcharse, más aliviada por la repentina intrusión de Kane de lo que estaba dispuesta a admitir. Acababa de resolver el problema de cómo rechazar la propuesta de B. J. y no le

importaba en absoluto no haber sido capaz de hacerlo por sí sola. Sin embargo, no podía permitir que Kane supiera lo que le agradecía aquella intromisión en su vida.

—¿Me estabas espiando? —le preguntó, obligándose a dar un tono de desafío a su voz.

—Estaba velando por los intereses de Langtry. Y salvando a B. J. de una dura frustración sexual —se interrumpió un momento y dijo con voz dura—: Te dije que le dijeras que no.

Rió se alegró de que la oscuridad la ayudara a ocultar el rubor de su rostro. El recuerdo del momento en el que Kane le había acariciado la primera vez que le había dicho aquellas palabras hizo fluir una oleada de calor por todo su cuerpo. Aun así, consiguió contestar con voz dura:

—Sólo acepto tus órdenes en los asuntos relacionados con el rancho. Sobre mi vida privada no tienes nada que decir.

—No quiero hablar de eso esta noche, Rió. Y espero que seas suficientemente inteligente para mantener a B. J. fuera de tu camino.

La joven se quedó mirándolo con atención, tan sorprendida por aquella extraña intrusión en su vida privada como por el hecho de que hubiera salido en su defensa ante Ramona.

Aunque, por otra parte, él había dejado muy claro que lo que estaba haciendo era velar por los intereses de Langtry. Sólo una estúpida podría dar alguna importancia a aquellas palabras.

Antes de que tuviera tiempo de contestarle, Kane se marchó, dirigiéndose hacia la cocina a grandes zancadas, marcando con sus enérgicos movimientos la distancia emocional que quería poner entre ellos.

* * *

A la mañana siguiente, Rió no tenía ningunas ganas de salir de casa después del desayuno. Sam parecía estar más cansado de lo normal, más débil. Lo había visto tomar una de sus píldoras, pero el ceño fruncido de Kane le advirtió que procurara disimular su preocupación.

De forma excepcional, tanto ella como Kane alargaron el

momento de tomar el café. Ramona y Tracy no se habían levantado todavía, y tardarían horas en bajar a desayunar. Al final, fue Sam el primero en abandonar la mesa, musitando que tenía responsabilidades que atender.

Rió estuvo presente mientras Kane hablaba con el capataz y el resto de sus hombres, pero, como era habitual en ella, se mantuvo en un segundo plano. Cuando terminó aquella pequeña reunión, se dio cuenta de que no le habían asignado ninguna tarea en particular.

Kane esperó hasta que se alejaron de la casa para hablar con ella.

—Voy a estar en la oficina toda la mañana. Busca algo que hacer hasta que Ramona y Tracy bajen a desayunar, y después ven a verme —la miró muy serio y Rió tuvo la sensación que estaba compartiendo con ella la labor de vigilancia de la salud de su padre —. A menos que te mande a buscar antes.

—Estaré localizable —replicó ella.

Y cada uno de ellos tomó su propio camino. Kane se dirigió a su despacho y Rió hacia los establos, para trabajar con un potro al que había estado entrenando con un inquietante presentimiento revoloteando alrededor de su corazón. Los minutos se alargaron eternamente hasta que por fin llegó el momento de regresar a la casa.

* * *

Sam Langtry no podía recordar la primera vez que había montado a caballo. Su padre se jactaba de haberlo montado a lomos de un alazán en cuanto había tenido fuerza suficiente para sostener la cabeza y haberle puesto las riendas entre las manos cuando había cumplido los nueve meses. Teniendo en cuenta esos antecedentes, no era extraño que el no haber podido montar durante todo el año anterior le pareciera tan poco natural.

El viejo ruano le hociqueó el brazo, como si estuviera recordándole el terrón de azúcar que le había prometido. Sam se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó el terrón. Las manos le temblaban de tal manera que estuvo a punto de caérsele

antes de que pudiera dárselo.

Se colocó a un lado del caballo y le ajustó la cincha con manos expertas. Metió a continuación el pie en el estribo y se alzó, asombrado por la fuerza que hacía falta para montar, pero complacido porque hacer aquel movimiento todavía le resultara tan natural como respirar.

Cuando estuvo a lomos del caballo, el dolor del pecho se intensificó. Empezaba a sentir náuseas y le costaba respirar. Llevaba el frasco de píldoras en el bolsillo, y buscó sus dosis con dedos temblorosos.

Tardaba tanto en encontrarse mejor que empezó a temer que iba a desmayarse antes de poder atravesar la puerta del establo. Estaba sufriendo intensos dolores, pero al menos había conseguido montar a *Spinner*. A pesar del dolor y del extraño mareo que lo asaltaba, se sentía mejor que en mucho tiempo.

En cuanto le hizo una señal, el caballo empezó a trotar, como si él también estuviera recordando viejos tiempos.

Spinner y él salieron lentamente de los establos. Si alguien lo hubiera visto, seguramente lo habría detenido. Cuando por fin estuvo al aire libre, Sam suspiró aliviado y observó con una sonrisa el radiante sol que iluminaba el rancho.

* * *

Rio, que acababa de dejar al potro que había ido a ver, miró hacia lo lejos. En un primer momento, no prestó ninguna atención al vaquero que vio salir montado a caballo por la puerta principal del rancho. Era una visión que le resultaba tan familiar que no comprendió exactamente lo que estaba viendo hasta que no apartó la mirada.

Entonces pensó en lo extraño que era que alguien hubiera decidido sacar a *Spinner*. Era el caballo de Sam, y éste lo había retirado hacía ya tiempo, a instancias del veterinario, después de que se le hubiera infectado una herida. Pero los niños del rancho adoraban a aquel alazán, y él también a ellos, así que al final Kane había decidido dejárselo montar siempre que no lo forzaran y les había obligado a prometerle que no lo molestarían durante las

horas más calurosas del día.

Y ése era el motivo por el que le parecía raro que uno de los rancheros lo hubiera montado. Rió aminoró el paso mientas continuaba mirando al caballo y al jinete con la sensación de estar viendo a Sam, tan alto y fuerte como siempre, cabalgando. El vaquero alzó entonces el brazo para ajustarse el sombrero con un gesto inconfundible.

Sobrecogida por el pánico, Rió salió corriendo hacia la casa principal.

* * *

Sam y *Spinner* ascendieron lentamente hasta el cementerio de la familia. La alegría de haberse escapado del rancho a lomos de un caballo era probablemente lo único que lo mantenía erguido, a pesar del terrible dolor de su pecho.

Dios mío, se decía, era maravilloso estar en el campo, sintiendo el viento en la cara a lomos de un caballo y contemplando el rancho en toda su extensión. Sam no quería morir en el hospital, y tampoco en el interior de la casa. Quería morir así, de forma natural, sin grandes alborotos. Quería morir bajo el cielo de Texas, sintiendo la tierra a su alrededor.

Llegó con *Spinner* hasta la cerca que rodeaba el cementerio de la familia y desmontó el caballo con dificultad. El dolor que se le clavaba en el pecho le hacía sentirse tan débil como un recién nacido, pero se obligó a caminar hacia delante.

Atravesó la puerta del cementerio. Marlie, su primera esposa, no estaba enterrada allí. Había muerto de neumonía la primavera en la que Kane cumplía dos años y su madre había querido enterrarla con el resto de la familia, en un cementerio situado cerca de Dallas. Sam había renunciado a sus propios deseos, compadeciéndose de la que había sido su suegra durante tres años.

Casi se alegraba de que Marlie no estuviera enterrada allí, a pesar de que la había amado con la intensidad de un recién casado. Pero en ese caso, se habría visto obligado a pedir que lo enterraran a su lado, cuando lo que él pretendía era descansar lo más cerca posible de Lenore Cory.

No le había costado nada conseguir que Ned Cory estuviera de acuerdo en que enterraran a su esposa en Langtry porque se había ofrecido a pagar todos los costes del entierro y el funeral. Pero dos

años después, cuando Ned había muerto, Sam había hecho que lo enterraran en el cementerio del condado, situado a cientos de kilómetros de allí.

Nadie le había preguntado nunca por qué había arreglado de aquella forma ambos entierros, y él nunca se había sentido con obligación de darle explicaciones a nadie. Había estado enamorado de la esposa de otro hombre y su moral lo había obligado a mantenerse lejos de Lenore mientras ella estaba viva; pero nadie iba a separarlos después de muerto. Además, siempre le había parecido que lo mejor para Lenore era estar allí, para que Rió pudiera estar suficientemente cerca de ella.

Sam casi había llegado hasta la lápida de su amada cuando sus últimas fuerzas empezaron a fallarle.

* * *

-Dios mío, Rió, no me digas que vas a pasarte la mañana en casa. —Ramona hizo una mueca al ver entrar a Rió por la puerta trasera, pero ésta tenía tanta prisa por encontrar a Kane que apenas le prestó atención. Llegó corriendo hasta la parte trasera del vestíbulo, abrió la puerta del despacho y preguntó casi sin respiración:

—¿Dónde está Sam?

Kane alzó la mirada hacia su pálido rostro y volvió a prestar atención a los papeles que tenía sobre la mesa.

—Está en la cama desde que terminó de desayunar —le dijo—. El doctor Kady va a venir a verlo al mediodía.

Rió sacudió la cabeza.

—Acabo de verlo salir con *Spinner*.

—Sam no está en condiciones de montar, Rió, lo sabes perfectamente.

—Entonces explícame cómo lo ha conseguido.

Ramona acababa de acercarse al despacho y los escuchaba desde el marco de la puerta.

—Kane —preguntó—, ¿cómo dejas que te hable en ese tono?

Kane no les contestó a ninguna de ellas, pero le preguntó a Ramona:

—¿Sam todavía está en su dormitorio?

Ramona sacudió la cabeza.

—No, ha dicho que iba hacia los establos. No tenía muy buen color, así que he pensado que le vendría bien tomar un poco el sol.

Rió sintió una oleada de furia que apenas pudo contener. Era increíble que Ramona se tomara con tanta frivolidad la enfermedad de su esposo. Kane se levantó inmediatamente y rodeó el escritorio antes de detenerse bruscamente y volverse hacia el teléfono móvil que tenía al lado de la lámpara.

Un instante después, Rió y Kane corrían hacia la parte trasera de la casa. Kane se detuvo un momento en la cocina para ordenarle a Estelle:

—Busca a Sam por toda la casa. Si lo encuentras, llámame al móvil. Si no aparece, llama al doctor Kady y dile que pensamos que mi padre se ha ido a montar.

Salieron de casa antes de que Estelle hubiera podido contestar.

Capítulo 4

El calor le hacía recordar a Sam aquel lejano día. Estaba revisando la cerca a lomos de un potro al que andaba domando cuando había visto llegar aquella vieja camioneta cargada de muebles. Una de las ruedas delanteras estaba deshinchada.

Entonces había visto a aquella mujer. Una mujer alta y delgada, con una melena oscura que llevaba recogida en lo alto de la cabeza. La brisa mecía la falda de su vestido azul mientras ella acunaba con un brazo a un pequeño bebé y se llevaba la mano a los ojos para protegerse del sol y poder distinguir a la persona que hasta ella se acercaba.

Sam había obligado a detenerse al potro y ella le había brindado una sonrisa dulce y tímida, que le había llegado al corazón. Sam entonces se había llevado la mano al sombrero, había desmontado y había atado el potro a la cerca.

Ni él ni la mujer habían dicho una sola palabra hasta que Sam se había acercado a ella lo suficiente para descubrir que tenía unos maravillosos ojos azules y un rostro de delicadas facciones, bronceado ligeramente por el sol.

Sam jamás había presenciado una vista tan adorable. Era como estar delante de la belleza personificada. Y al mirar detenidamente aquellos ojos, había descubierto la dulzura, la ternura y la soledad de aquella mujer… y había sentido sus carencias en su propio corazón.

Era tal el dolor que Sam sentía en su pecho que estaba a punto de desmayarse, pero se obligó a permanecer consciente. No quería

dejar de recordar hasta que llegara al recuerdo que le era más querido…

Lenore estaba trabajando en el jardín que tenían detrás de la pequeña casa en la que vivía la familia. Tenía flores y plantas alrededor del huerto. Unas flores hermosísimas, de todos los colores. Llevaba aquel día un vestido sin mangas y caminaba descalza entre aquella profusión de colores sin pisar un solo pétalo mientras las escogía con cuidado para formar un ramo.

Había alzado entonces la mirada y al verlo, le había dirigido la más tierna de las sonrisas y había comenzado a caminar hacia él que permanecía, con el sombrero en la mano al borde del jardín. Cuando había llegado a su lado, le había agradecido, por enésima vez, el que le hubiera permitido cultivar el jardín. Sam, caballerosamente, le había contestado que si no tuviera que criar ganado, le permitiría plantar flores en todas las tierras del rancho.

Y entonces Lenore le había explicado que el ramo que estaba preparando era para él.

—Son para alegrarte el día, Sam —le había dicho con su timidez habitual—. Su aroma y sus colores siempre me ayudan a levantar el ánimo. Estoy segura de que tú también disfrutarás de ellas.

¡Y cómo las había disfrutado! Todavía podía sentir el suave roce de sus dedos cuando le había entregado el ramo. A pesar del nudo que estrangulaba su garganta, había sido capaz de darle las gracias… a pesar del amor y la desesperación que atenazaban su corazón.

Porque sabía que nunca la tendría. Tenía que enfrentarse a un duro dilema moral, luchar para contener sus sentimientos, para no enfrentarse a aquel marido incapaz de darse cuenta de la suerte que tenía.

Había conservado aquel ramo. Se había comprado el libro más grande y pesado que había sido capaz de encontrar en Austin y había apresado las flores entre sus hojas. Y había guardado el libro para Rió…

—¿Sam?

En medio de su dolor, la voz de Lenore era apenas audible.

—¿Sam?

Sintió en la mejilla la fría palma de su mano. Hizo un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos, pensando que vería a Lenore

frente a él, pero al descubrir el rostro intensamente triste de Rió, se emocionó.

—Eres igual que ella —consiguió decir y sintió la temblorosa mano de la joven en su frente.

—Por favor, Sam —susurró Rió con los ojos llenos de lágrimas.

Dios, pensó Sam, cuánto odiaba, después de lo que Rió había significado para él durante todos aquellos años, terminar haciéndole sufrir.

Se alegró de ver a Kane con ella y al sentir que cada uno de ellos le tomaba una mano, se preguntó si sabrían lo maravilloso que era para él sentir la vitalidad de su juventud y el poder de su amor por última vez.

El sol debió de ocultarse detrás de una nube y Sam agradeció la ráfaga de frescura que lo envolvió. El dolor de su pecho era todavía intenso, pero sentía también un extraño entumecimiento que lo hacía mucho más soportable.

Le costó mucho tiempo y esfuerzo llegar a decir:

—Os quiero. Cuidaos el uno al otro. Las cartas… os lo dirán por mí…

Sam estaba mirando aquellos adorables rostros cuando sintió que le pesaban terriblemente los párpados. Su último aliento desapareció, y con él el dolor.

* * *

Rio lo observaba sin dar crédito a lo que le mostraban sus ojos, mientras sentía deslizarse la mano de Sam entre sus dedos. Era tal la tristeza que inundaba su pecho que al principio pensó que también ella iba a morir.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no tanto como para no poder inclinarse a dar un último beso en la mejilla a aquel hombre al que adoraba.

Sin saber muy bien cómo, consiguió volverse y levantarse. Estaba aturdida. Y el saber que Sam era la única persona con la que realmente podría haber compartido su tristeza le hacía sentirse mucho peor.

Se abrazó a sí misma, y cuando comenzaron los primeros

sollozos fue incapaz de contenerse. Al sentir la mano de Kane en su hombro se sobresaltó. La necesidad de volverse hacia él y esconderse en sus brazos era tan fuerte que el esfuerzo que tenía que hacer para contenerse la hacía temblar.

Fue un alivio oírlo hablar por el teléfono móvil. Aquella distracción le daba a ella tiempo para recobrar mínimamente la compostura.

Caminó entonces hasta la puerta, donde *Spinner* estaba atado a la cerca. En cuanto llegara alguno de los hombres, se lo llevarían de nuevo al rancho.

Spinner frotó su cabeza contra ella, como si estuviera lamentando la marcha de su viejo amigo y Rió se la acarició conteniendo las lágrimas.

Oyó entonces el motor de una camioneta del rancho. Volvió la cabeza y vio que Kane caminaba hacia ella.

—Vamos, Rió —le dijo con la voz estrangulada—. Ya se encargarán otros de *Spinner*.

Por un momento, Kane pensó que Rió se iba a negar. Pero la joven asintió y él la observó mientras ella se enderezaba. Todavía estaba temblando y, aunque se esforzaba por contener las lágrimas, Kane podía percibir la desolación que se ocultaba en las profundidades de sus ojos.

Tumbaron a Sam delicadamente en la parte trasera de la camioneta, con su cazadora sobre el rostro. Kane y Rió se sentaron a ambos lado de su cuerpo. Cuando llegaron al rancho, ya estaba esperándolos la ambulancia.

Rió no fue capaz de mirar mientras el doctor Kady dirigía el traslado del cadáver a la ambulancia. Sentía un frío intenso en su interior, y una inquietud que le hacía casi imposible quedarse quieta. Todos los trabajadores del rancho parecían haberse unido allí, sombrero en mano y observando gravemente a Sam.

Cuando por fin se alejó la ambulancia, Kane comenzó a caminar hacia la casa. Rió lo siguió automáticamente, pero de pronto vaciló. Ahora que Sam se había ido, no había nadie en la casa principal que quisiera verla por allí. Comprendió desolada que quizá Kane esperaba que se fuera del rancho lo antes posible.

El recuerdo de que no sólo había perdido a Sam, sino también el único lugar que tenía en el mundo, la aterrorizó. Sobrecogida por la

angustia, decidió alejarse de la casa. El instinto le decía que se escondiera, que desahogara su tristeza en privado hasta que hubiera pasado lo peor y encontrara valor suficiente para enfrentarse a lo que la esperaba. Ya lo había hecho tras la muerte de su madre, y también más tarde, cuando había fallecido su padre. Había parajes tan hermosos como solitarios que no volvería a ver cuando tuviera que abandonar el rancho. Podría ir a verlos por última vez…

Vaciló un momento, pero al final se dirigió hacia los establos, dispuesta a ocultarse en el campo.

* * *

—¿Tú sabes dónde está el testamento?

La pregunta de Ramona lo dejó estupefacto. Kane acababa de decirle que su marido había muerto. Ardis y Estelle ya estaban llorando y Tracy tenía los ojos llenos de lágrimas, pero la primera reacción de Ramona era preguntar por el testamento de Sam.

Advirtió el horror que se reflejó en los ojos de Ramona al darse cuenta de su error, error que rápidamente intentó subsanar.

—¿No crees que lo necesitarás para asegurar un cambio de propietarios sin ningún tipo de problemas? Me refiero a que debe de haber un millón de trámites jurídicos con el rancho y todos esos negocios e inversiones… y… bueno, estoy segura de que tu padre no querría que tuvieras que perder tiempo con ese tipo de cosas.

—En eso tienes razón, Ramona —contestó Kane, y se volvió bruscamente, dispuesto a abandonar la habitación.

Pero Ramona se puso frente a él, se arrojó a sus brazos y, aunque un poco tarde, comenzó la demostración de tristeza. Kane la abrazó automáticamente, pero sólo soportó sus delicados sollozos durante unos segundos antes de separarse de ella y abandonar definitivamente la habitación.

* * *

Rio no regresó hasta la casa principal hasta el día siguiente por la tarde. Llevaba horas cabalgando, intentando disipar su desolación. Se había detenido periódicamente para dar de beber a su caballo y permitirle que pastara, pero el duro golpe sufrido por la muerte de Sam y la inquietud por él provocada la habían mantenido activa

durante horas, intentando tranquilizarse.

Al final, vencida por el cansancio y el hambre, había vuelto a los establos. Una vez allí, acicaló cuidadosamente a su caballo y le proporcionó agua fresca y una generosa ración de hierba. Mientras se dirigía hacia la casa, comenzó a ser consciente de la cantidad de vehículos que había aparcados a su alrededor.

Aterrada al imaginarse la casa llena de gente, cambió de dirección, rodeó el jardín y se deslizó por la puerta de la cocina. No podía enfrentarse a nadie en el estado en el que se encontraba. Además, Sam ya no estaba allí, y al no contar con su aceptación, no estaba segura de que quisiera averiguar cuáles eran los verdaderos sentimientos de los demás habitantes de la casa hacia ella.

Suspiró aliviada al descubrir que no había nadie en la cocina. Ardis y Estelle debían de estar atendiendo a los invitados, así que aprovechó para salir corriendo hasta las escaleras del vestíbulo.

A pesar de su intención de pasar desapercibida, se vio obligada a saludar a dos señoras que llevaban un par de bandejas vacías a la cocina. La sorpresa que se reflejó en sendos rostros, le hizo sonrojarse y subir más rápidamente hasta su habitación.

Una vez allí, cerró la puerta y, sin encender las luces, dejó su sombrero en una silla y cruzó la habitación. Se metió en el baño y, agotada, se sentó en el borde de la bañera. Desde abajo le llegaba un murmullo de voces. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y hundió los dedos en su pelo.

Seguramente había asustado a las dos mujeres con las que se había cruzado en el vestíbulo. Después de haber pasado dos días y dos noches cabalgando por el campo, no debía tener muy buen aspecto. Estaba intentando reunir fuerzas para empezar a desnudarse y darse un baño caliente cuando a llamaron a la puerta del dormitorio.

Alzó la cabeza, pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió, entró Kane y encendió la luz. Cuando la vio sentada en el borde de la bañera, cerró la puerta.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó.

Rió pensaba que ya había conseguido poner todos sus sentimientos bajo control, que había llorado hasta quedarse sin lágrimas, pero en el momento en el que Kane la regañó, volvió a surgir en su interior la tristeza que tanto le había costado

abandonar.

—Tienes un aspecto terrible —continuó diciendo Kane mientras se acercaba al baño. Allí también encendió la luz, haciendo que Rió guiñara los ojos.

—Así es como me siento, Kane. Déjame sola.

Kane se quedó mirándola fijamente; estaba horrorizado. Rió tenía un aspecto terrible. Estaba cubierta de polvo y su pelo difícilmente podría haber estado más enredado… pero lo verdaderamente escalofriante era la desolación que se reflejaba en sus ojos. Pensó en Ramona, que estaba en el piso de abajo, con un peinado perfecto y elegantemente vestida, a pesar del luto. Se había puesto también un velo de encaje, como una viuda dolorosa, pero para Kane, al lado del dolor de Rió, todo el sufrimiento de Ramona era una farsa.

Se acuclilló frente a Rió, y ésta volvió inmediatamente la cabeza y empezó a temblar otra vez, mordiéndose el labio con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerse sangre.

—¿Crees que podrías comer algo si te lo trajera?

Si la dureza habitual de Kane probablemente hubiera roto el frágil control que la joven había conseguido ejercer sobre sus sentimientos, aquella inesperada delicadeza le destrozó el corazón. El suspiro que estaba exhalando, se transformó en un sollozo. Se levantó, e intentó pasar por delante de él, pero Kane se incorporó casi al mismo tiempo y le bloqueó el paso.

—Maldita sea, Kane, ¿por qué tienes que ser tan amable? —consiguió decirle entre sollozos, y enterró el rostro entre sus manos, mortificada por estar llorando delante de él.

—Porque estoy preocupado por ti —gruñó Kane.

Era una respuesta tan sorprendente que la joven bajó lentamente las manos y se quedó mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Y como si hubiera estado esperando ese momento para gastar toda su munición, Kane continuó:

—Pero no quiero estar preocupado por ti, ¿me entiendes? —Se inclinó agresivamente hacia ella y la joven retrocedió, consternada por aquella brutal confesión. Kane la agarró por la muñeca para impedir que retrocediera—. No quiero preocuparme por ti, no quiero pensar en ti… ni quiero sentir tampoco las cosas que siento cuando te miro.

Rió se quedó mirándolo en silencio, con el corazón desgarrado por la dureza de sus palabras. Desvió a continuación la mirada y sollozó débilmente. Le dolía tanto el corazón que le parecía sorprendente seguir todavía viva.

—De acuerdo Kane —suspiró con voz apenas audible—, he comprendido el mensaje.

Kane la sacudió ligeramente, obligándola a mirarlo.

—No, Rió, no entiendes absolutamente nada.

La soltó lentamente para dejar que se retirara, pero Rió estaba tan agotada y tan ensimismada en la intensidad de su mirada que no era capaz de moverse. Entonces Kane alzó la mano lentamente hasta su mejilla y la acarició en un gesto de consuelo y disculpa.

Fue Kane el que puso punto final a aquel momento. Se volvió bruscamente y se precipitó hacia la puerta, abandonando la habitación tan repentinamente como la había ocupado.

* * *

A la mañana siguiente, Rió bajó a desayunar absolutamente hambrienta. Kane le había llevado una bandeja con comida a la habitación la noche anterior, mientras estaba ella bañándose, pero prácticamente no la había tocado. Tampoco estaba segura de poder comer nada en ese momento, pero llevaba ya dos días sin probar bocado y sabía que por lo menos tendría que intentarlo. Kane ya estaba sentado a la mesa. Cuando la joven entró en el comedor, alzó la mirada y la observó mientras tomaba asiento y le agradecía que le hubiera llevado la cena a su dormitorio. A partir de entonces, ninguno de ellos dijo nada que contribuyera a paliar el deprimente silencio que reinaba en la habitación.

Ardis tampoco dijo una sola palabra mientras servía el desayuno, pero, para asombro de Rió, le tocó cariñosamente el hombro cuando pasó a su lado. Aquella muestra de simpatía inesperada estuvo a punto de quebrar el delicado control de la joven.

—¿Has conseguido dormir? —le preguntó Kane bruscamente.

Rió sacudió la cabeza y decidió que aquél era el momento de sacar un tema en el que había estado pensando.

—Ya sé que durante estos días no he ido a trabajar, pero como me iré después del funeral, he pensado que hoy podría dedicar el día a empaquetar mis cosas —comentó mientras tomaba el tenedor y pinchaba un trozo de huevo.

—¿Estás bromeando?

—Supongo que preferirías echarme —comentó con voz lúgubre —. Puedes hacer lo que quieras.

A aquella respuesta le siguió un silencio sobrecogedor. Rió se llevó el huevo a la boca, pero tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para tragar.

Kane dejó la servilleta en el plato y empujó su silla hacia atrás con tanta violencia que Rió se asustó. Aun así, no lo miró mientras él abandonaba la habitación, y el corazón le dio un vuelco al oírlo cerrar la puerta de un portazo.

Dejó entonces el tenedor en el plato y se levantó, dispuesta a emprender la tarea de recoger sus cosas y prepararse para marcharse.

Se pasó la mañana bajando las cosas que guardaba en el ático a su dormitorio. A media mañana, bajó al garaje a buscar las cajas que Sam había guardado allí con las cosas de su madre.

No eran demasiadas, Lenore Cory nunca había tenido muchas cosas. Pero había algunas joyas, ninguna de ellas muy cara, un álbum de fotografías y una caja con papeles personales. Había también un libro de cocina con algunas recetas entre sus páginas que su madre había recortado de otras revistas.

Había algo en aquellas cajas que aumentó la tristeza que sentía. Cuando terminó de reunir sus cosas, era ya la hora de la comida. A pesar de que no tenía ganas de ver a nadie, bajó a reunirse con los Langtry. Y si la actividad de la mañana había conseguido distraerla, en cuanto entró en el comedor, volvió a sentir el peso de su tristeza.

Rió se quedó parada en el marco de la puerta al ver a Ramona sentada en la cabecera de la mesa y Tracy en uno de los laterales. Kane no estaba por allí, y a Rió la sorprendió descubrir que, aunque siempre había sido más un enemigo que un aliado, le habría resultado más fácil entrar si él hubiera estado allí.

Ramona miró hacia Rió y le dirigió una mirada de fastidio. Tracy también la miró, aunque con total indiferencia y casi inmediatamente volvió a enfocar su atención en el centro de mesa.

Como era habitual en ella, Ramona comenzó a hablar.

—Puedes sentarte, Rió —la invitó en tono resignado—. Ardis y Estelle ya nos han advertido que bajarías a almorzar. También nos han comentando que estás empaquetando tus cosas para irte, pero no me atrevo a hacerme esperanzas.

No había ninguna razón para que Rió tuviera que someterse a la tortura de compartir una comida con Ramona, así que declinó la invitación sacudiendo la cabeza.

—Sólo estaba esperando a Kane —y tras decir aquella pequeña mentira fue a la cocina, donde Ardis estaba dándole los últimos toques a la comida que estaba a punto de servir. Estelle estaba sacando las ensaladas del refrigerador.

—¿Te importa que coma en el patio? —le preguntó Rió a Ardis.

Las dos mujeres se volvieron hacia ella al unísono, y fue Estelle la que contestó:

—No creo que sea bueno para ti estar tanto tiempo sola.

Rió desvió la mirada del rostro del ama de llaves, que a su vez la observaba como si estuviera esperando que cambiara de opinión.

Rió rara vez les había pedido o preguntado nada a ninguna de aquellas dos mujeres. Cuando había llegado a aquella casa, les tenía un miedo inexplicable. Pronto había aprendido que si se encargaba de ordenar su propia habitación y de mantenerse aseada, tanto Ardis como Estelle toleraban su presencia sin problemas. Aun así, ninguna de ellas se había mostrado especialmente amistosa y Rió, por su parte, no había tenido valor para ofrecerles su amistad. Por esa razón, no sabía muy bien cómo interpretar el comentario que acababa de hacer Estelle. Así que retrocedió de nuevo hacia la puerta y comentó:

—Me lo he pensado mejor, y creo que voy a ir a la ciudad a buscar unas cuantas cosas. Ya comeré algo allí.

Se volvió y salió de la cocina a tanta velocidad que ninguna de las dos mujeres pudo hacerle ningún comentario. Corrió al piso de arriba para buscar las llaves y el bolso y salió de la casa evitando cruzarse con nadie.

Capítulo 5

A la hora de la cena, Rió ya había regresado de la ciudad y había terminado de llevar hasta la habitación en la que se guardaban los arreos hasta las últimas cajas que tenía guardadas en el armario.

La impresión de haber perdido a Sam y tener también que dejar el único hogar que había conocido la sacudía emocionalmente cada vez que cesaba en su actividad. De modo que la hora de inactividad que tuvo que soportar antes de la cena contribuyó a aumentar los nervios y la desolación que la acompañaron al bajar al comedor.

Ramona y Tracy estaban ya allí, así que se quedó esperando en el pasillo. Kane llegó justo después que ella. Todavía tenía el pelo mojado como si, al igual que Rió, acabara de ducharse. Llevaba unos vaqueros y una camisa blanca con las mangas enrolladas, un atuendo que le daba un aspecto poderosamente atractivo. De hecho, a pesar de su tristeza, a Rió le resultaba difícil mantener los ojos apartados de él.

Afortunadamente, Ardis los instó a pasar al comedor antes de que ninguno de los dos hubiera cruzado palabra. Rió entró y se sentó silenciosamente en su lugar habitual, cerca de la cabecera de la mesa. Ramona estaba sentada en uno de los extremos y Kane se sentó frente a ella. Tracy, que normalmente se sentaba al lado de Rió, quedó sentada al lado de Kane.

No era algo normal, pero Rió tuvo mucho cuidado de no dejar que nadie se diera cuenta de que lo había notado. Era perfectamente consciente de la tensión que había en el comedor,

tensión que el vacío dejado por Sam incrementaba.

Inmediatamente después de que Ardis sirviera la cena, Ramona reanudó su campaña contra Rió.

—¿Vamos a ir todos en tu coche al funeral, Kane?

Ramona le imprimió a la palabra «todos» el énfasis suficiente para que se dieran cuenta de que en ella no sólo no incluía a Rió, sino que la idea de que la joven pudiera ir en el mismo coche de la familia, le parecía inaceptable.

Kane, que estaba empezando a cortar la carne que tenía en el plato, se detuvo. Alzó sus ojos azules y miró a Rió durante una décima de segundo, antes de fijar su mirada en Ramona.

—Tú y Tracy podéis ir solas en tu coche, Ramona. Andy lo revisó y lo lavó justo antes de que volvieras. Además, Rió y yo tenemos algunas cosas de las que ocuparnos.

Ramona se quedó boquiabierta y tardó algunos segundos en recuperarse.

—¿De qué tipo de cosas os vais a ocupar a estas horas? —preguntó en un tono ligeramente burlón—. Sinceramente, Kane, ahora que Sam no está y ella se va a ir, ¿qué necesidad tienes de consultar nada con ella?

Aunque Ramona no reconoció las señales de advertencia que asomaban a los ojos de Kane, Rió las vio perfectamente. Sus facciones se habían endurecido y un ligero rubor teñía sus mejillas. Miró a Ramona con expresión de desaprobación.

—Teniendo en cuenta que nunca has estado enterada del funcionamiento de Langtry, Ramona, te agradecería que no me dijeras ni cuándo ni con quién debo atender los asuntos relacionados con el rancho.

Ramona se sintió herida.

—Por supuesto, Kane —farfulló—. No pretendía decirte lo que tienes que hacer. No… lo único que estaba recordándote era que ya no hay ninguna razón para que tengas que cargar con Rió.

Kane permaneció en silencio, pero no hizo falta que pronunciara una sola palabra. Ramona, incómoda al advertir la dureza de su mirada, inclinó la cabeza y decidió concentrarse en la comida.

A pesar de que Kane había sabido desviar el ataque de Ramona, la confianza de Rió había sufrido un duro golpe. No dudaba que había otra mucha gente que pensaba lo mismo que ella sobre su

asistencia al funeral y al velatorio de Sam.
Los nervios producidos por aquel pensamiento, unidos a su inmensa tristeza, acabaron con su apetito. Se obligó a sí misma a comer algo de carne, y después intentó, sin mucho éxito, dar cuenta del postre de chocolate que Ardis les llevó. Cuando por fin pudo levantarse de la mesa, se sintió inmensamente aliviada.

* * *

La visita a la capilla en la que tuvo lugar el velatorio, fue tan exasperante como Rió se temía, pero lo peor de todo fue tener que ver a Sam en el ataúd. La tristeza que tanto trabajo le había costado contener durante el día, se apoderó brutalmente de ella, dejándola completamente destrozada.
Ramona añadió su toque especial al sufrimiento de aquella noche, haciendo todo lo que pudo para asegurarse de que tanto ella como su hija estuvieran en todo momento agarradas a Kane. Rió tenía la sensación de que Kane y Ramona por fin habían limado sus diferencias. Desde luego, cualquiera que no los conociera habría pensado que Ramona, Tracy y Kane formaban una familia muy unida.
Rió se mantenía discretamente apartada del trío para no parecer pretenciosa y no tardó en perder la cuenta de la cantidad de gente que se acercó a preguntarle qué planes tenía después de la muerte de Sam.
Ella hacía todo lo que podía para evitar ese tipo de preguntas, pero llegó un momento en el que tenía los nervios destrozados. Estaba a punto de marcharse cuando el carillón que había en el vestíbulo de la capilla marcó la hora.
Poco después, empezaron a marcharse muchos de los presentes, llevándose con ellos gran parte de la tensión de Rió. Para inmenso alivio de la joven, Ramona y Tracy salieron con el último grupo de gente, y al final se quedó sola con Kane, con el que al cabo de un rato se dirigió hacia su coche.
Kane le abrió la puerta y se la cerró antes de ir a sentarse a su lado.
El vestido que Rió llevaba aquella noche era menos formal que

el que había pensado ponerse para el entierro. Menos formal y algo más corto, se dijo mientras intentaba estirarse la falda para ocultar sus piernas. Acababa de colocársela cuando Kane se sentó tras el volante y giró la llave de contacto. El motor ronroneó inmediatamente, pero Sam no lo puso en marcha.

Aquella noche se había puesto uno de sus mejores trajes, uno de color negro que enfatizaba su aspecto atlético. Comparada con él, Rió se sentía increíblemente femenina.

Sintiéndose culpable al sorprenderse pensando en aquellas cosas que nada tenían que ver con su pena, volvió la cabeza hacia la ventanilla. Cuando Kane le tocó la muñeca, estaba tan ensimismada en sus pensamientos que se sobresaltó.

—¿Estás bien? —le preguntó Kane con calor.

Rió habría jurado que sentía su voz bajo la piel. Volvió lentamente la cabeza para fijar en él su mirada, antes de volver a desviarla ante el aspecto vigilante y sabedor de sus ojos.

Kane le presionó la mano y ella se obligó a mirarlo de nuevo. Le asustaba tanto como le asombraba que estuviera tocándola de aquella manera. La desolación que veía en sus ojos debía ser idéntica a la que sentía en los suyos y comprendió que aquel gesto de Kane no era sino un reconocimiento a su común tristeza.

—¿Estás bien? —le preguntó Rió—. Creo que todavía no te he dicho que siento mucho que tu padre…

Estaba saliéndole tan bien que su repentina incapacidad para terminar la frase, la sorprendió. Kane le estrechó la mano con fuerza.

—Lo sé.

Y tras decir eso, le soltó la mano y la contempló en silencio durante unos segundos. La joven lo estaba observando también cuando su expresión se endureció, tornándose tan implacable como siempre. Quitó el freno de mano, y sacó el coche del aparcamiento.

El largo trayecto hasta la casa, lo hicieron en completo silencio.

* * *

Rio durmió muy mal aquella noche y se despertó con el corazón afligido. El desayuno que en circunstancias normales se servía a las

cinco de la mañana se había retrasado hasta las siete, para que Ramona y Tracy pudieran reunirse con los demás y evitar a Ardis la molestia de preparar dos comidas. Aun así, cuando bajó a desayunar, estaba destrozada.

Antes de llegar a la puerta del comedor, oyó la voz de Ramona.

—De acuerdo, Kane, quizá debería explicarte por qué desprecio a Rió Cory.

Rió se detuvo bruscamente. La indecisión le hizo retroceder un paso antes de que las siguientes palabras de Ramona la dejaran completamente helada.

—En primer lugar, no creo que la relación que tenía con tu padre fuera en absoluto saludable. No quiero decir que Sam, que en paz descanse, hiciera nunca nada deshonroso —añadió precipitadamente—, pero Dios sabe la imagen que ha dado esa joven revoloteando a su alrededor y adulándolo durante todos estos años. Me avergüenza tener que decir que alguna gente me ha hecho ya algunos comentarios sobre ello.

Kane le contestó algo a Ramona entonces, pero lo hizo en una voz tan baja que Rió no pudo entender lo que decía.

Un segundo después, Ramona estalló:

—¡Dios mío! ¡Esa chica se interpuso entre Sam y yo desde el principio! Me hizo sentirme como si yo no perteneciera aquí, como si fuera demasiado urbanita y frívola para acostumbrarme a esta vida. Y fue tan desagradable con la pobre Tracy… Oh, claro que nunca le ha dicho nada delante de ninguno de vosotros, es demasiado inteligente para hacer una cosa así, pero sí lo ha hecho cuando se han quedado a solas. Tracy ha venido llorando hasta mí en muchas ocasiones con el corazón roto por culpa de los celos de Rió. Si Sam no hubiera tenido tanta compasión por ella, podríamos haber formado los cuatro una familia feliz… Sam y yo habríamos disfrutado de un matrimonio muy distinto —se interrumpió un momento, para dar más dramatismo a sus palabras, y continuó—: Pero ya es demasiado tarde… por culpa de ella, ya es demasiado tarde. Y, por si perder a mi querido Sam no fuera suficientemente terrible, esa chica estaba tan obsesionada con él que es capaz de montar una escena en el funeral. Dios mío, tendremos suerte si no se arroja al ataúd y empieza a gritar que la enterremos con él. Oh, Kane, ¿qué podemos hacer? Esa chica nos ha quitado tantas cosas…

Rió retrocedió, asaltada por las náuseas ante la monstruosidad de lo que acababa de oír. Estaba temblando de tal manera, que mientras se volvía para regresar a su dormitorio, temía que las piernas no fueran capaces de sostenerla.

Y, por si la impresión de aquellas palabras hubiera sido poca, se encontró frente a Tracy.

Durante un terrorífico instante, pensó que iba a desmayarse, pero, sin saber muy bien cómo, consiguió mantenerse erguida.

Tracy se quedó mirándola fijamente durante un segundo, para desviar a continuación la mirada. Por su expresión, Rió tuvo la impresión de que ella también había oído las ridículas palabras de su madre. A pesar de que ella sabía mejor que nadie que las palabras de Ramona eran una sarta de mentiras, era evidente que no pensaba intervenir.

La falta de amabilidad de Tracy hacia ella, le había parecido extraña a Rió cuando la primera había regresado de Dallas, pero hasta ese momento no fue plenamente consciente de que también Tracy se había vuelto contra ella. Rió no podía siquiera imaginarse el motivo por el que Tracy había decidido terminar con la amistad que durante tanto tiempo habían compartido.

Sin decir una sola palabra, Rió se dirigió a su habitación.

* * *

El ser una persona a la que nunca le habían gustado las exhibiciones sentimentales, la preocupación por controlar en todo momento la tristeza que la sobrecogía, añadió un nuevo tormento a los dolorosos acontecimientos del día. De todas las crueldades que había dicho Ramona aquella mañana, la única que realmente le rondaba la cabeza era la de que era capaz de arrojarse al ataúd.

A una hora del funeral, la mezcla de un corazón roto, unos nervios destrozados y el saber que estaba completamente sola en el mundo podían llegar a ser una mezcla explosiva. Ser consciente de que había una parte de sí misma, por pequeña que fuera, que casi desearía ser enterrada con Sam magnificaba la repulsiva posibilidad que las palabras de Ramona habían conjurado.

Aunque jamás sería capaz de hacer algo tan dramático como

arrojarse al ataúd de Sam, el temor a montar una escena de la que pudiera avergonzarse, o peor aún, de la que pudiera avergonzarse Sam, la afectaba profundamente.

Más tarde, mientras se recogía el pelo en un moño, todavía continuaba temblando de tal manera que no conseguía atrapar todos sus mechones.

Cuando llamaron a la puerta, todavía no había conseguido domar su pelo y ni siquiera había empezado a ponerse el vestido. Se levantó y, sujetándose el moño con una mano, fue corriendo a abrir, pensando que serían Ardis o Estelle, que habían subido para recordarle la hora.

Pero al abrir se encontró frente a Kane, y volvió a empujar la puerta hasta que quedó abierta solo una ranura. Con las mejillas sonrojadas al haber sido descubierta por Kane en ropa interior.

—¿No estás lista todavía? —Gruñó Kane con impaciencia.

Rió miró por encima del hombro el vestido que había dejado en la cama y el corazón le dio un vuelco. El saber que estaba tan afectada que ni siquiera había sido capaz de estar lista a tiempo, minó su confianza en ser capaz de enfrentarse al funeral. Oh Dios, se lamentó, no podía a ir a la iglesia para estallar en lágrimas en cuanto comenzara el servicio.

Había pasado toda su vida bajo el fiero escrutinio de una comunidad que esperaba de ella todo lo peor. Y no quería que nadie pudiera cuestionar la fe que Sam tenía en ella. Sabía que tenía que comportarse ante esa gente de forma intachable, que no podía dar lugar a ningún comentario. Y en el caso de que no pudiera…

—Puedes irte ya, Kane —le dijo suavemente—. Yo iré más tarde.

—¿Qué?

—Que puedo ir sola —respondió en un tono más confiado y suspiró. Pero de pronto, la puerta se abrió de par en par.

—Vamos a ir juntos —gruñó Kane.

—Pero es que todavía no estoy lista… mira mi pelo —repuso, sintiendo que el control que ejercía sobre sí misma era cada vez más precario.

Al advertir la mirada de Kane deslizándose lentamente por sus curvas contuvo la respiración. Nerviosa, dejó de sujetarse el moño, haciendo que la melena cayera libremente sobre sus hombros, y se volvió. Oyó entonces que la puerta se cerraba suavemente tras ella

y, al volver la cabeza, descubrió que Kane no se había ido.

—Sólo tienes que cepillártelo —respondió Kane y señaló con la cabeza el vestido que había encima de la cama; se acercó hasta él y se lo tendió a Rió con gesto enérgico, azuzándola para que se diera prisa.

Era evidente que Kane no le daba ninguna importancia a su aspecto, que no estaba en absoluto preocupado por la conducta que pudiera mostrar Rió en la iglesia. De la misma manera que ella no le importaba nada en absoluto.

Rió se apartó de él y corrió hacia el espejo que tenía encima del tocador. Se cepilló rápidamente el pelo y se lo recogió en un moño. Con torpeza, metió unas horquillas para sujetarlo. Pero segundos después de haber terminado, el moño empezó a desmoronársele.

—Vete sin mí —estallo, tan frustrada que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Kane se acercó bruscamente hasta ella y concentró la mirada en el reflejo de la joven. De pronto, caminó hasta ella y le quitó el cepillo.

En el momento en el que tomó su melena, la joven se tensó, esperando que empezara a cepillarla con fuerza, tal como ella había hecho segundos antes, pero, para su sorpresa, Kane comenzó a desenredar su pelo con movimientos delicados y lentos, hasta que deshizo todos los nudos y pudo cepillar libremente su melena.

Rió permanecía muy quieta, prácticamente paralizada por las oleadas de placer que la invadían mientras Kane peinaba su pelo. Tenía los ojos clavados en el espejo, estaba ensimismada en la dureza y el atractivo rostro que en él se reflejaba.

Todo parecía haberse detenido. Sólo el suave rumor del cepillo sobre su pelo marcaba el paso del tiempo. Al final, Kane alzó la mirada y se encontró con sus ojos en el espejo. Le pasó el cepillo por última vez, y le levantó la melena.

—¿Por qué no puedes llevar el pelo suelto? —le preguntó.

Aquella pregunta ayudó a que Rió despertara del peculiar letargo que segundos antes la había atrapado. La respuesta fue acompañada de una nueva oleada de lágrimas.

—Porque quiero dar una imagen respetable y conservadora — consiguió decir.

Kane la miró con expresión de incredulidad.

—¿Conservadora? ¿Y por qué demonios quieres dar una imagen conservadora?

Rió apenas podía ya emitir una sola palabra.

—Por Sam —y añadió con sinceridad—: Y porque alguien podría desaprobar mi aspecto…

—¿Si llevas el pelo suelo? —Parecía cada vez más asombrado.

—No puedes comprenderlo —repuso la joven con voz queda, mientras desviaba la mirada del espejo. Se volvió hacia él para tomar el cepillo.

—Intenta explicármelo —repuso Kane en tono exigente. Como no le daba el cepillo, Rió alzó la mirada hacia él, pero la desvió inmediatamente.

—Por favor, Kane —susurró, pero cuando intentó tomar el cepillo, Kane lo agarró con más fuerza—. Ya sabes lo que la gente piensa de mí.

—¿Qué es lo que piensa de ti la gente?

A Rió le dolió tanto aquella pregunta que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar.

—No finjas que no lo sabes —se obligó a mirarlo mientras decía —: Nadie es más crítico conmigo que tú… bueno, quizá lo sea Ramona.

El rostro de Kane se tensó. Rió intentó agarrar el cepillo otra vez, pero Kane miró rápidamente a su alrededor, vio su bolso encima del tocador y lo tomó. Metió en él el cepillo, vaciló un momento, agarró unos pañuelos de papel y los metió también en el bolso.

Mientras cerraba con gesto enfadado la cremallera del bolso, le ordenó con voz queda:

—Vístete.

Rió se quedó mirando fijamente su duro perfil, mientras la tristeza crecía en su corazón. Sin decir nada, caminó hacia la cama, tomó su vestido, se lo metió por la cabeza y dejó que cayera suavemente sobre ella.

Los remordimientos la asaltaban. El padre de Kane había muerto y ella estaba más preocupada por hacerse un peinado adecuado que por llegar a tiempo al funeral.

—Lo siento, Kane —susurró—. No pretendía causar problemas —se sacó la melena por el cuello del vestido y a continuación

intentó subir la cremallera.

Para su sorpresa, Kane se acercó rápidamente a ella con intención de ayudarla. Rió apartó su pelo, para que no encontrara ningún obstáculo.

Lo próximo que supo fue que Kane estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Cuando sintió las manos de Kane alrededor de su cintura, estrechándola contra él, contuvo la respiración. Su suave gemido de sorpresa y el intento de apartarse de él, hicieron que Kane la abrazara con más fuerza y acercara su rostro contra la mejilla de la joven.

El calor provocado por la cercanía de Kane dio lugar a una extraña debilidad. Rió casi podía sentir cada una de las líneas del masculino cuerpo de Kane, un sentimiento incontrolable se agitaba en su interior.

Apoyó vacilante las manos en los fuertes brazos que rodeaban su cintura. Kane le acarició la mejilla con la barbilla y la acercó todavía más a él.

Oh, Dios, suspiró Rió, era maravilloso estar así. Era maravilloso sentir sus brazos a su alrededor, sentir su cuerpo contra el suyo, sentir aquel derroche de consuelo que, lo supiera o no, quisiéralo o no, Kane le estaba brindando.

La inconfundible excitación que la invadió a continuación fue sorprendente. No pudo evitar el alzar la mano suavemente para acariciar su barbilla recién afeitada, que encontró más suave de lo que esperaba.

Pero de pronto se sintió intensamente avergonzada de sí misma, avergonzada de estar allí con Kane, prácticamente temblando de deseo. Iban a enterrar a Sam ese mismo día. No tenía derecho a sentir otra cosa que tristeza.

Sobrecogida por un inmenso dolor, apartó la mano de su rostro y se volvió bruscamente para romper el abrazo de Kane. Buscó entonces el bolso que este último había dejado en la cama, revolvió nerviosa en su bolso para agarrar el cepillo y se lo pasó enérgicamente por el pelo por última vez.

Cuando terminó, la habitación estaba totalmente en silencio. No necesitaba ver ni oír a Kane para saber que estaba allí, observándola en silencio, porque estaba sintiendo su lento escrutinio como si estuviera acariciándola.

—Estás preciosa —susurró Kane en un tono tan duro que parecía casi una acusación, pero a continuación lo suavizó—: Si a alguien se le ocurre criticar tu aspecto, que se vaya al infierno.

Fueron unas palabras dichas con tanto fervor que Rió se emocionó, y no pudo impedir que un par de lágrimas se deslizaran por su rostro. Se las secó con el dorso de la mano, esforzándose por dar a su gesto un aspecto tan natural como fuera posible.

—Gracias —contestó con voz atragantada. Metió el cepillo en el bolso y lo cenó—. Ya estoy lista.

Pero era completamente falso. Jamás estaría preparada para darle el último adiós a Sam. A medida que se dirigía hacia la puerta, sentía que sus piernas le pesaban cada vez más.

Abandonaron juntos la habitación y bajaron al piso de abajo sin decir una sola palabra. Después de una breve indicación de Kane, Rió se quedó esperando en el vestíbulo mientras él entraba en el cuarto de estar para decirles a Ramona y a Tracy que ya estaban listos para marcharse.

Oyó que Ramona comenzaba a decir algo, pero se interrumpía bruscamente. Rió fingió no darse cuenta de que Ramona estaba ruborizada por el enfado. Kane abrió la puerta, y cedió el paso a la madre y a la hija antes de tenderle la mano a Rió.

Pensando que estaba pidiéndole que se diera prisa, Rió pasó por delante de él y siguió a las otras dos mujeres. Pero entonces Kane la agarró, salió a su lado y cerró la puerta tras ellas. Agarrados de la mano, caminaron hacia la limusina que los estaba esperando. Nadie se sorprendió más que Rió cuando Kane se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros con un gesto tan posesivo como protector.

Capítulo 6

El funeral tuvo lugar en la iglesia a la que Sam había asistido desde niño. A continuación, se dirigieron a Painted Fence, donde se leyeron unas oraciones antes de enterrar a Sam.

Rió agradeció la constante presencia de Kane a su lado. Al principio, estaba un poco tensa, pues no estaba acostumbrada a que la tocara, ni él ni nadie, en público. Y el hecho de que en todo momento hubiera alguna o varias miradas pendientes de ellos, le hacía sentirse todavía más incómoda. Pero en cuanto comenzó el funeral, la batalla que tuvo que librar para mantener los sentimientos bajo un severo control, le hizo olvidarse de todo lo que no fuera mantener la calma durante aquella triste ceremonia.

El panegírico del sacerdote le hizo llorar, dando al traste con su intención de no derramar una sola lágrima. Al terminar el servicio, los asistentes fueron marchándose lentamente, y la familia permaneció algún rato más en la capilla.

Cuando les llegó el momento de dirigirse hacia la limusina que precedería el cortejo hacia el cementerio, Kane la agarró del brazo y permitió que Ramona y Tracy se les adelantaran.

Ninguno de ellos habló durante el trayecto hacia el rancho. Ramona permanecía en silencio, con un aspecto tan frío como el de una figura de porcelana, mientras Tracy intentaba maquillar los círculos rojos que rodeaban sus ojos. Kane iba sentado al lado de Rió, con el brazo apoyado contra el asiento, justo por encima de ella.

Cuando abandonaron la carretera principal para tomar la del

rancho y desde allí la que conducía al cementerio, Rió sintió un peso insoportable en el corazón. En el momento en el que el coche fúnebre se detuvo y los portadores lo sacaron para enterrarlo, ni siquiera pudo mirar.

Kane le tendió la mano para ayudarla a salir del coche, e hizo lo mismo con Tracy. Ramona, que rechazó los intentos del oficiante del funeral de ayudarla a salir por el otro lado, se agarró del brazo de Kane e hizo discretamente un gesto con la mano, indicándole a su hija que se colocara al otro lado. A continuación, comenzaron a caminar los tres hacia delante, dejando a Rió sola. Evidentemente, Kane era una presa muy codiciada en la batalla que Ramona pretendía librar.

La enorme procesión de coches y camionetas que los había seguido desde la iglesia, fue llegando poco a poco y aparcó alrededor de la tapia del cementerio para que nadie tuviera que caminar demasiado. Rió siguió a los otros tres y se quedó de piedra cuando, después de haber avanzado media docena de pasos, Kane soltó a Ramona y a Tracy.

Rió advirtió que Ramona vibraba de indignación mientras Kane las empujaba delicadamente para que se le adelantaran. Tracy se acercó humildemente a su madre, e intentó agarrarla, pero Ramona rechazó su gesto y continuó caminando con paso firme. Kane se volvió hacia Rió y esperó hasta que ésta lo alcanzó.

La joven no se atrevía a mirarlo a los ojos mientras caminaban juntos hacia el cementerio. No podía permitir que viera que, durante un momento radiante de aquel oscuro y triste día, su estúpido corazón se había emocionado ante sus inesperadas atenciones, y casi sentía vértigo al pensar en lo que aquellos gestos podían significar.

Pero aquellos segundos de alegría se nublaron en cuanto atravesaron la puerta del cementerio, en donde habían extendido un enorme toldo azul para proteger a los asistentes del sol.

Ramona y Tracy estaban ya sentadas y los amigos y familiares que habían participado en el funeral continuaban llegando, llevando ramos de flores. El sacerdote ocupó su lugar, al lado del ataúd, y abrió el libro de oraciones.

Los trabajadores del rancho acudieron a la ceremonia con sus mejores galas. Rió vio a Boz cerca de la tapia, a la cabecera de

ataúd y se acercó hacia él para tomarle la mano. Los hombres que estaban cerca de Boz, le hicieron un gesto con la cabeza y se acercaron a estrecharle la mano. Kane, que había seguido a la joven, pronto se encontró también estrechando manos y recibiendo sinceras condolencias.

Cuando terminaron, Kane acompañó a Rió hasta las sillas que habían dispuesto alrededor del féretro. Él se colocó al lado de Tracy e, ignorando la silla que le correspondía a él, se mantuvo de pie detrás de las dos jóvenes.

El servicio durante el entierro fue corto. La procesión de dolientes que fue pasando por delante de ellos para darles el pésame parecía no terminar nunca. Al final, el calor le obligó a Kane a interrumpir la procesión y sugerir que fueran todos a la casa, donde hacía más fresco y les podrían servir algo de comida.

Fue un alivio poder regresar a la limusina, que había estado esperándolos con el aire acondicionado en funcionamiento. En cuanto cerraron las puertas y se encontró a salvo tras los cristales ahumados del coche, el rostro de Ramona se transformó. Ni una sola lágrima había estropeado su perfecto maquillaje, aunque no se había privado de llevar en la mano un pañuelo de encaje, como si estuviera proclamando su dolor.

Con una falta de preocupación absoluta por los sentimientos de Kane, Ramona se volvió hacia él con expresión beligerante.

—¿Por qué demonios han tenido que enterrar a Sam al lado de esa tal Cory? —Después de todos aquellos años, la impresión de oír que se referían a su madre como «esa tal Cory» la estremeció. El recuerdo de aquella mujer de pelo negro, voz melódica y extremada delicadeza irrumpió en medio de su tristeza, llevando con él un nuevo golpe de lágrimas.

La segunda impresión que sufrió fue debida a que hasta entonces no había pensado en el hecho de que Sam había sido enterrado al lado de su madre. Miró hacia el cementerio, poco convencida, y comprendió que había estado tan pendiente del entierro de Sam que ni siquiera se había dado cuenta de lo cerca que estaba de su madre. Sus tumbas no podían estar más cerca.

—Dios mío, Kane —estaba diciendo Ramona con voz trémula—, tendrás que decirles que lo entierren de nuevo, ¡y lejos de allí!

—Las instrucciones de mi padre fueron muy precisas —replicó

Kane con voz dura.

Rió miró hacia Kane, incapaz de disimular su sorpresa. ¿Sam le había pedido a Kane que lo enterraran al lado de su madre? El hecho de que Sam lo hubiera solicitado, y que Kane hubiera asumido su voluntad a pesar de lo poco que le gustaban los Cory y de los rumores que sin duda algo así despertaría, la dejó estupefacta.

—No lo entiendo… —No acababa de decirlo cuando Kane la taladró con la mirada. El impacto del destello de aquellos ojos azules la silenció. Rió miró hacia delante, mientras buscaba en su mente recuerdos de su madre y de Sam que pudieran explicar la extraña orden de este último.

Rió siempre había sabido que Sam adoptaba una actitud extraña cuando hablaban de Lenore Cory. La joven siempre había sospechado que sentía algo especial por su madre, pero el hecho de que hubiera dejado instrucciones para que lo enterraran a su lado, indicaba que había sentido por ella algo mucho más significativo que una natural simpatía o admiración.

Pensar en ello le hacía sentirse extraña, como si durante toda su vida hubiera habido un enorme secreto de cuya existencia ni siquiera había sospechado. Mientras la limusina se ponía lentamente en marcha, Rió miró hacia atrás por última vez, para asegurarse de la proximidad de las dos tumbas.

Afortunadamente Ramona no dijo nada más, aunque su silencio era suficientemente elocuente. La tensión que había entre los cuatro era tan aguda que Rió estaba deseando con toda su alma llegar a la casa. Una vez allí, Kane salió del coche y le abrió la puerta. Rió salió precipitadamente y corrió hacia la casa.

Había más de doscientas personas en el interior y en el patio trasero, y seguía llegando gente en los coches. Kane había concertado con una empresa de comidas que sirvieran un buffet, que ya habían dispuesto en el comedor.

Para Rió aquello era una pesadilla. Había gente por todas partes. Sentía toda la tensión acumulada durante el día, y estaba empezando a marearse. No sabía dónde estaba Kane y, mientras se dirigía hacia el vestíbulo principal para buscarlo, fue abordada por varios rancheros vecinos y socios de trabajo de Sam y Kane.

De pronto, Ty Cameron, el ranchero que le había vendido a Kane

el toro, se acercó a ella. Era un hombre alto y atractivo, un auténtico galán con el toque rústico de los vaqueros.

—Hola, señorita Rió —la saludó, arrastrando las palabras—. Siento mucho lo de Sam. Sé que los dos estaban muy unidos.

Rió consiguió esbozar una tensa sonrisa y asintió con la cabeza para darle las gracias.

—Estaba a punto de ir a buscar una bebida fría. ¿Quiere que le traiga algo? —La agarró amablemente del brazo y tiró de ella suavemente para apartarla de la corriente de invitados que llegaba antes de soltarla.

—Yo… estaba pensando también en ir a buscar algo de beber —consiguió responder. Un ligero rubor asomaba a sus mejillas. Ty la estaba mirando con una intensidad que le hacía sentirse incómodamente consciente de sí misma.

—Si me lo permite, señorita Rió —le dijo en un tono encantadoramente formal—, me gustaría acompañarla a algún lugar en el que pueda esperarme sentada. Iré después a buscarle un refresco y se lo llevaré rápidamente.

Rió desvió la mirada momentáneamente, y sintió que se intensificaba el rubor de sus mejillas.

—Es un gesto muy amable de su parte, señor Cameron, pero supongo que debe de estar usted hambriento. ¿Por qué no vamos a tomar algo al comedor?

Ty la tomó entonces solícitamente del codo y avanzó ligeramente delante de ella mientras se abrían paso entre la multitud. A Rió le pareció asombrosa la rapidez con la que consiguieron llegar hasta la mesa de la comida. Aunque no tenía apetito, se llenó un plato de comida, pensando en mitigar su mareo y recordándose que no había comido nada desde el día anterior.

Salieron del comedor con un par de platos y de refrescos. En la casa, hasta la última silla estaba ocupada. Se acercaron a la cocina y allí Rió se detuvo para mirar hacia el patio. Todos los asientos disponibles que estaban a la sombra se encontraban también ocupados.

Se volvió hacia Ty.

—Parece que fuera tampoco hay sitio. Si no le importa, podemos sentarnos en las escaleras.

—Estupendo —respondió Ty, y le permitió que lo condujera

hacia las escaleras que había en la parte trasera del vestíbulo.

Rió se sentó en el tercer escalón y Ty la imitó.

Aunque al principio la joven se sentía algo tensa al lado de aquel atractivo ranchero, poco a poco fue relajándose. Estuvieron hablando del rancho, pero Ty no le preguntó por lo que iba a hacer después de la muerte de Sam, como todo el mundo hacía. Parecía que era la única persona de Texas que no había dado por sentado que Kane no querría que se quedara en el rancho.

Por otra parte, había algo en su mirada que sugería que había pensado lo mismo que todo el mundo, pero que era demasiado caballeroso para dejárselo saber.

Cuando le dijo con exquisita amabilidad que estaría encantado de ir a buscarle algo más de comer y una taza de té, Rió sacudió la cabeza.

—Se lo agradezco, pero yo no quiero nada más, pero si quiere usted algo, vaya a buscarlo.

—Con el calor que hace, ya se me ha quitado el apetito —respondió Ty mientras le quitaba el plato y lo dejaba junto al suyo en el escalón de abajo. Se volvió después hacia ella y la observó con atención mientras le comentaba—: El director de mi rancho se está construyendo uno para él, así que estoy buscando a alguien con experiencia para dirigir un rancho como Cameron —esbozó una seductora sonrisa—. He pensado que debía comentárselo por si tiene idea de enfrentarse a nuevos desafíos.

Mientras hablaba deslizó una mano en el bolsillo de su traje, sacó una tarjeta y se la tendió.

—Si no me localiza en ese número, mi personal tiene instrucciones de comunicarme inmediatamente su llamada. Yo se la devolveré rápidamente —se encogió de hombros—. O, si prefiere tomarse algún tiempo antes de decidirse, estaré encantado de invitarla a cenar y mostrarle todo lo que estamos preparando para el de San Antón —le dirigió una calurosa sonrisa y la joven ya no tuvo ninguna duda de que estaba mostrando en ella un interés más que profesional.

Rió bajó la mirada hacia la tarjeta. Una oferta de trabajo como aquélla le hacía mirar con menos terror hacia el futuro, pero la propuesta personal que llevaba implícita la obligaba a ser cautelosa.

—Gracias, señor Cameron, ya lo llamaré —contestó suavemente,

esperando que su frase fuera considerada como una respuesta de negocios, y no de índole personal.

Por otra parte, ¿qué daño podría hacerle que su relación llegara a tomar un carácter más personal? Mientras consideraba lo que sabía sobre Ty Cameron, se dio cuenta de que probablemente era el único hombre que conocía con capacidad para hacer que se enamorara de él y olvidara sus sentimientos hacia Kane.

Como si la posibilidad de llegar a enamorarse de alguien que le hiciera olvidar sus sentimientos hacia Kane estuviera de antemano destinada a ser frustrada, se oyó un ruido a su lado. Rió volvió entonces la cabeza y lo vio al lado de las escaleras, mirándolos con los ojos entrecerrados.

—Hay gente que está preguntando por ti —le dijo con voz brusca, consiguiendo que Rió tuviera la sensación de estar haciendo algo malo.

—Ha sido culpa mía —repuso Ty suavemente—. Me temo que he estado acaparando el tiempo de la señorita Rió —se levantó y le tendió la mano a Kane, para ofrecerle sus condolencias.

Rió se levantó mientras los dos hombres conversaban. Kane parecía muy tranquilo mientras le estrechaba la mano a Ty, pero en el momento en el que este los abandonó, volvió a mirar a Rió con expresión de desaprobación.

—¿Hay alguna razón por la que hayáis decidido esconderos aquí?

Aquella pregunta la desconcertó. Sin pensarlo siquiera, contestó:

—No había ningún otro lugar para sentarse.

—Han llamado de una empresa de alquiler de vehículos —continuó Kane con evidente irritación, como si la respuesta que acababa de darle Rió fuera demasiado trivial para considerarla siquiera—. Querían decirte que la furgoneta que has alquilado ya esta lista, pero les he dicho que la envíen otro día.

Rió sacudió ligeramente la cabeza.

—La necesito hoy.

—No voy a dejar que toda esta multitud tenga que contemplar el melodrama de la señorita Rió Cory cargando sus cosas en una furgoneta para dirigirse después hacia un lugar desconocido.

Aquellas palabras fueron un duro golpe para Rió. Era como si aquellos momentos de cercanía que habían vivido durante el día

jamás hubieran existido. Giró sobre sus talones y caminó hacia la parte principal de la casa. La tristeza que parecía haber cedido durante la pasada media hora, recobró fuerza, llegando acompañada de una oleada de soledad.

Rió se dirigió hacia la multitud, deteniéndose para hablar de vez en cuando con algunos invitados, haciendo todo lo posible para que la vieran antes de ir a refugiarse a su habitación.

* * *

Al día siguiente tampoco tuvo oportunidad de marcharse del rancho. Los invitados no habían terminado de marcharse hasta las siete de la tarde del día anterior. Dos de los primos de Kane por línea materna, se quedaron a pasar allí la noche, y no se fueron hasta la tarde del día siguiente.

Rió estaba demasiado inquieta para pasarse el día merodeando por el interior de la casa, de modo que lo dedicó a trabajar, permitiendo así que Kane pudiera atender a sus familiares.

Cuando regresó aquella noche a la casa, estaba tan agotada que ni siquiera tenía ganas de cenar. De hecho, el que Ramona pudiera estar sentada a la mesa añadía un incentivo para olvidarse de la comida.

Rió se detuvo en la cocina durante el tiempo suficiente para sacar una jarra de zumo de frutas del refrigerador y decirle a Ardis que no pusiera para ella cubierto en la mesa. Subió entonces al piso de arriba. Estaba tan cansada que casi deseó subir en el ascensor de Sam.

El vacío que había sentido en su interior durante todo el día, fue de pronto mucho peor en medio del silencio de aquella enorme casa. Ardis se había despedido con su taciturno «buenas noches» de todos los días, pero Sam no estaba por ninguna parte para preguntarle cómo le había ido el día.

Rió se metió en su habitación, cerró la puerta y se metió en el baño. Allí se deshizo de sus ropas, se desenredó el pelo y se metió bajo el grifo de agua caliente.

Cuando salió tiempo después, con el pelo envuelto en una toalla, estaba todavía más cansada. Después de terminarse el zumo de

frutas, se puso la bata, se lavó los dientes y se secó el pelo. Al terminar estaba destrozada.

Estaba a punto de apagar la luz y meterse en la cama cuando una llamada a la puerta la sobresaltó. Se ató con fuerza el cinturón de la bata y se dirigía a abrir cuando volvieron a llamar con más fuerza y oyó que Kane le espetaba:

—¿Dónde demonios te has metido, Rió?

Rió abrió la puerta unos centímetros y observó la expresión lúgubre de Kane.

—¿Dónde crees que estaba? —contestó, con falsa animación, secretamente herida por su impaciencia.

—Estamos esperándote para cenar —gruñó a la joven.

—Le he dicho a Ardis…

—Ya sé lo que le has dicho a Ardis —la cortó—. Vístete y baja ahora mismo a cenar.

Una ráfaga de furia se impuso a la fatiga de Rió.

—Mi trabajo ya ha terminado —contestó—. Para siempre, así que ya puedes buscar otra persona a la que puedas dar órdenes —empujó la puerta, dispuesta a cerrarla ante su arrogante rostro, pero Kane se lo impidió.

La mirada de sus ojos era peligrosamente lúgubre. Caminó lentamente hacia ella y abrió la puerta. Rió retrocedió inmediatamente.

—Te he pedido que te vistas y bajes a cenar —le dijo con voz brusca.

Rió alzó la barbilla.

—Y yo te digo que me voy a ir ahora mismo a la cama. No tengo ganas de cenar.

—¿Estás enferma?

Rió pensó que se había imaginado el brillo de preocupación que le había parecido ver en sus ojos. Sacudió la cabeza.

—No, sólo estoy un poco cansada. No podría estar a tu altura y a la de Ramona esta noche —sonrió sin humor—, y lo digo sin intención de ofender a nadie.

Kane le devolvió una sonrisa tan carente de humor como la suya. Se metió en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—Quiero irme de Langtry —contestó sencillamente. No quería,

por nada del mundo, que Kane se diera cuenta de lo mucho que le dolía dejar aquella casa. Si las cosas hubieran sido diferentes entre ellos, podría haberse mudado de la casa principal a cualquiera de las que había en el rancho para los trabajadores. Adoraba el rancho y le encantaba trabajar al aire libre, de modo que le habría gustado quedarse indefinidamente allí.

Pero el tipo de relación que mantenía con Kane se lo impedía.

—El abogado va a venir mañana por la mañana para leer el testamento —replicó. Era evidente por su tono de voz que no le hacía ninguna gracia tener que decírselo—. Y por lo que nos ha dicho, entiendo que quiere que estés presente.

Rió sacudió la cabeza.

—Lo del testamento no es asunto mío. Lo único que me interesa del testamento es la carta de la que me habló Sam un día —había sido incapaz de olvidar la frase de Sam que, con un hilo de voz le había susurrado: «la carta te lo dirá por mí», justo antes de morir. Si realmente había dejado una carta para ella, sería como una oportunidad de estar con él por última vez.

—El abogado ha comentado que tenía varias cartas. Nos las dará después de la lectura del testamento.

Rió se volvió y sacudió con cansancio la cabeza.

—Lo único que me importa es la carta de Sam —se apartó un mechón de pelo de la cara y se acercó hacia la cama, donde se sentó —. ¿Te importa cerrar la puerta cuando te vayas?

Permaneció allí durante algunos segundos. Kane no decía nada, ni siquiera se movía. Al cabo de un rato, la joven alzó la mirada hacia él y al ver su sombría expresión se sintió un poco más débil.

—Por favor, llévate tu enfado a otra parte —le dijo suavemente.

El sonido de los pasos de Kane le hizo sentarse. De pronto, sintió en los hombros sus enormes manos e intentó apartarse de él. Pero Kane frustró su intento.

—Estate quieta —susurró, mientras levantaba la mano derecha —. Tienes algo en el pelo. Parece que es una pluma de la almohada —la joven sintió que pasaba la mano por su melena, enviando una lluvia de maravillosas sensaciones por todo su cuerpo. Sentía que se le debilitaban las piernas y que fluía un extraño calor en su interior. Kane alzó la mano por segunda vez y la deslizó por su pelo. La joven se retorció bruscamente, para separarse de él.

Pero con el movimiento, la bata se le abrió. Kane le atrapó la muñeca con una facilidad que hacía ridículo su intento, y bajó la mirada hacia su hombro y hacia el seno que había quedado al descubierto. Rió se agarró de la bata para cubrirse y Kane aprovechó para agarrarle de la otra muñeca.

Kane fijó la mirada en el pecho desnudo de la joven. La joven gimió y alzó los ojos hacia su boca durante una fracción de segundo, antes de volverla a deslizar hacia sus senos.

Rió se dio cuenta de que estaba intentando acercarla a él, e intentó alejarse, pero a pesar de que los años de trabajo en el rancho la habían convertido en una mujer fuerte, la fortaleza de Kane era muy superior. Su breve resistencia sólo sirvió para que el cinturón se le desabrochara y la bata se abriera por completo.

La joven se quedó helada, pero sus mejillas estaban rojas como la grana. Al instante siguiente, Kane le soltó las muñecas y deslizó sus manos alrededor de su cintura desnuda. La joven se agarró los bordes de la bata, intentando abrochársela, pero el calor y la determinación que veía en sus ojos le hizo aflojar la tensión de sus dedos y quedarse mirándolo fijamente, mientras los labios de Kane descendían hacia ella.

Lo próximo que la joven supo fue que estaba de espaldas en la cama, siendo presionada por el cuerpo de Kane, cuyas piernas se enredaban entre las suyas. La besaba, dominándola con la pericia de sus labios y su lengua, hasta que la oyó gemir de frustración.

De pronto, apartó la boca de sus labios y apoyó la cabeza en el colchón. El gruñido que escapó de su pecho fue tan sorprendentemente fiero que la joven se estremeció de terror.

—Maldita sea —gruñó de nuevo, y giró la cabeza hasta rozar con los labios la oreja de Rió—. ¿Se puede saber lo que te pasa? —le preguntó suavemente—. Si hiciera el amor contigo ahora mismo —le dijo mientras rozaba su seno y jugueteaba con su pezón—, quizá pudieras irte para siempre de Langtry y yo jamás volvería a pensar en ti.

Fueron unas palabras insoportablemente crueles, pero la ternura de la caricia de sus dedos le hizo moverse inquieta bajo él. Aquella terrible confusión entre crueldad y placer era angustiosa. Un silencioso sollozo subía dolorosamente en su pecho, pero se mordió el labio hasta saborear su propia sangre, antes de dejar que se le

escapara.

—Odio desearte —continuó gruñendo él—, odio mirarte y saber que no eres la única mujer que puedo tener, pero sí la única que deseo.

Rió dejó escapar el sollozo que había estado conteniendo, convirtiéndolo en un suspiro cargado de tristeza. Volvió su rostro hacia él y con una voz apenas audible, susurró:

—«Rió Cory es un marimacho, su padre mató a dos muchachos. Se mató a sí mismo y ahora se ha ido a beber al infierno».

Se hizo entre ellos un silencio ensordecedor. Rió sentía el latido de la sangre en sus oídos. Nunca le había repetido a nadie, ni siquiera a Sam, aquella terrible cancioncilla con la que había sido torturada después de la muerte de sus padres. La hija del alcalde había sido la primera en atreverse a cantarla en su presencia, pero rápidamente había sido imitada por sus compañeros de clase. Rió tenía la sensación de que habían tardado una eternidad en olvidarse de aquella cancioncilla.

Pero en realidad nadie la había olvidado de verdad.

Rió continuaba siendo «la chica de Cory», sin importar lo que hubiera hecho, ni todo lo que Sam había intentado hacer por ella. Y la declaración de Kane era una prueba de ello.

Aquello terminó con sus últimas fuerzas. Dejó caer sus manos a ambos lados y permaneció tumbada en la cama, con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también odio desearte, Kane —susurró—. Y estoy avergonzada de haber amado durante todos estos años a alguien que me desprecia con tanta intensidad.

Kane dejó de acariciar sus senos, se incorporó con un movimiento rápido y la cubrió con la bata.

Rió estaba demasiado cansada para abrir siquiera los ojos, de modo que esperó en silencio a que Kane se apartara de la cama y abandonara la habitación. De pronto, sintió el suave movimiento de su pecho y, un segundo después, el roce de sus labios en el cuello. Deslizó la mano por su cintura y la estrechó contra él, pero Rió no se movió.

—Oh, Dios mío Rió, debo de haber perdido la cabeza —gimió mientras continuaba acariciando su cuello. Le apartó un mechón de pelo de la cara y continuó—: Perdóname por haber sido tan cruel.

Pero Rió no contestó. Sencillamente porque no podía. El peso de la tristeza y la desolación le presionaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. Kane se separó de ella y se levantó. Debió interpretar por su silencio que se había quedado dormida, porque le colocó la cabeza delicadamente en la almohada y la cubrió con las sábanas. Rió sintió que apagaba la luz y lo escuchó dirigirse hacia la puerta.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Kane se fijó inmediatamente en que el asiento de Rió estaba vacío. Sabía que estaba despierta porque la había oído moverse en su habitación. Y sabía también que había dormido durante toda la noche, porque en varias ocasiones se había acercado a su dormitorio para ver cómo se encontraba.

Justo cuando estaba a punto de renunciar a verla, oyó unos leves pasos en las escaleras. Probablemente Rió era la única persona capaz de caminar sin hacer ruido con unas botas. Ni siquiera cuando llevaba espuelas hacía ruido. Tenía una forma especial de moverse para no llamar la atención.

«Rió Cory, marimacho…». Aquel odioso ritmo se apoderó de su mente y pensó entonces en cuántas cosas de Rió habían cobrado de pronto sentido.

—Estaba preguntándome si madrugarías para bajar a desayunar.

La voz de Kane tenía un tono profundo y ronco a las cinco de la mañana. Rió se sentó frente a él. No lo miró, y tampoco dijo nada. No tenía nada que decir. Además, él apenas había hecho un comentario.

Lo único que le quedaba por hacer en el rancho era aguantar unas cuantas horas. Y lo último que le apetecía era comer los huevos y la carne que Ardis sirvió. El único incentivo que tenía para desayunar era saber que no había comido nada desde el mediodía anterior. Había decidido bajar a desayunar con Kane porque sabía que él la dejaría comer en paz. Evidentemente, Ramona no sería tan caritativa.

Se hizo entre ellos un silencio opresivo. Rió comía mecánicamente, obligándose a sí misma a masticar. Se atrevió a alzar los ojos hacia Kane en un par de ocasiones, y ambas veces lo descubrió taladrándola con la mirada. Llegó un momento en el que ya no fue capaz de comer. Dejó el tenedor en el plato y la servilleta en la mesa.

—¿A dónde vas? —le preguntó Kane al ver que se levantaba.

—Tengo que terminar de empaquetar algunas cosas —le dijo con voz queda, y se dirigió hacia la puerta.

—No tienes por qué darte tanta prisa.

La voz de Kane la hizo vacilar. Lo miró y sacudió suavemente la cabeza.

—Claro que tengo que irme. Sobre todo después de lo que pasó anoche.

La suavidad de su tono resaltaba en medio del silencio que inundaba la habitación. Un brillo iluminó el azul profundo de los ojos de Kane, pero pronto se apagó. Recorrió a la joven de pies a cabeza con la mirada, antes de volver a encontrarse con sus ojos.

—Haz lo que quieras.

Y, por absurdo que fuera, Rió comprendió en ese momento que todavía albergaba alguna esperanza de que le pidiera que se quedara. Rió lo había ayudado a dirigir Langtry durante años, y lo había sustituido en multitud de ocasiones. Había sido competente en su trabajo, pero los malos sentimientos de Kane hacia ella eran demasiado fuertes para sugerirle siquiera que se quedara.

Y después de lo que había pasado durante la última noche, probablemente eso era lo mejor. Rió no tenía fuerza suficiente para soportar otro incidente como aquél. Ella todavía deseaba que la besara, que la acariciara y la abrazara, pero aquellos sentimientos le parecían perversos a la luz de lo mucho que le desagradaba a Kane.

Rió giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba para terminar de recoger sus cosas.

* * *

Rio permanecía en el interior del despacho, todo lo lejos que podía de Ramona y Tracy, que estaban sentadas en el sofá. Kane

permanecía apoyado contra una enorme estantería de libros que ocupaba toda una pared, con los brazos cruzados.

El abogado estaba sentado tras el escritorio. Frente a él tenía el testamento de Langtry junto a otras cuatro copias sobre las que había un sobre blanco. Aunque Rió no podía leer las palabras escritas en cada uno de los sobres desde donde estaba, el abogado les había indicado que cada uno de ellos iba dirigido hacia una de las personas que había en la sala.

Rió intentó no moverse mientras el abogado leía el documento. La solemnidad de la ocasión, en la que se mezclaba la formalidad de las frases legales con la enormidad de la fortuna de Sam Langtry, la llenaba de temor. A medida que iba leyendo el abogado las últimas voluntades de Sam, le creciente sospecha de que su afecto hacia ella podría haber hecho que le dejara algo importante le hacía sentirse enferma.

La primera herencia que se leyó fue la de Ramona. El abogado leyó una cláusula en la que se recordaba el acuerdo prenupcial que habían firmado Sam y Ramona. El hecho de que Sam se había adherido estrictamente a los límites que en él habían marcado, se hizo pronto evidente. El gemido de Ramona sonó escandalosamente alto en medio del silencio de la habitación, pero el abogado continuó leyendo tranquilamente.

Tracy, sin embargo, recibió una cantidad espectacular, comparada con su madre.

Kane fue el siguiente y heredó la mayor parte de lo que habían sido las propiedades de Kane. El abogado mencionó algunos negocios y de todos los ranchos de los que Sam había sido propietario, el último que mencionó fue Langtry. El hecho de que Kane heredara sólo la mitad le dio a Rió una pista de lo que le iba a llegar a continuación.

En medio de una desagradable sensación de vértigo, oyó las siguientes palabras del abogado.

—Y le dejo a mi hija adoptiva, Rhea René Coary, conocida por todos como Rió Cory, la suma de cinco millones de dólares, más la mitad de Langtry, donde debe permanecer durante un mínimo de un año. Después de ese tiempo, será libre de hacer lo que le apetezca con su parte del rancho, y podrá quedarse con todos los beneficios que de ello obtenga. Si se negara a aceptar la herencia, o

el mínimo requerimiento que se le plantea, su parte de Langtry pasará a la Asociación de Amigos de los Animales.

Rió se apoyó contra el respaldo de su silla, demasiado estupefacta ante la enormidad de lo heredado y las consecuencias posteriores para escuchar el resto de lo que estaba leyendo el abogado. Cuando éste terminó, miró hacia Kane y el corazón se le cayó a los pies al ver su pétrea expresión. En sus ojos se reflejaba una extraña mezcla de amargura y enfado.

—A la Asociación de Amigos de los Animales, ¿eh? —Kane apartó la mirada de Rió para observar al abogado—. Y supongo que esa cláusula en particular está blindada, ¿no?

No era una pregunta, pero el abogado asintió. Ramona se levantó y buscó entre las copias que había encima del escritorio la que iba dirigida a ella. Tomó el testamento y el sobre y salió de la habitación, no sin antes clavar en Rió una mirada cargada de odio.

Tracy continuaba sentada en el sofá, mirando asombrada a su alrededor. El abogado se levantó, tomó una de las copias con el sobre de Tracy y se la tendió. A continuación hizo lo mismo con las copias de Rió y Kane.

Rió se quedó mirando fijamente el sobre en el que Sam había escrito su nombre. Alzó la mirada, y sus ojos volaron inmediatamente hacia Kane. Nunca lo había visto con una expresión tan grave y sintió que el corazón se le desgarraba un poco más. ¿Por qué habría hecho Sam una cosa así?

Como estaba demasiado nerviosa para permanecer en el despacho, salió rápidamente y subió a la habitación que iba a continuar siendo suya durante el próximo año.

Rió:

Como no sé exactamente cuándo voy a marcharme, he pensado que lo mejor que puedo hacer es escribirte una carta, por si no tengo oportunidad de decirte algunas cosas antes de morir.

En primer lugar, quiero que sepas que una de las cosas más importantes de mi vida ha sido que vinieras a vivir con nosotros. Has sido para mí todo lo que un hombre puede esperar de una hija: eres hermosa, inteligente, y

tienes un gran corazón. Tu amor y tu entrega hacia mí, especialmente durante estos años en los que mi salud ha comenzado a fallar, han sido una fuente de consuelo y un gran orgullo para mí.

Siento que en estos momentos tengas que estar sufriendo por mi culpa. Y, sobre todo, no poder compartir contigo tu tristeza. Lo único que puedo hacer por ti es asegurarme de que siempre tengas una casa y jamás te falte nada material. Ésa es la razón por la que he redactado de esta forma mi testamento. Darte la mitad de Langtry ha sido uno de mis mayores deseos. Espero que cuando el año concluya, sigas pensando en vivir en el rancho. Me llena de paz y satisfacción saber que vas a vivir en Langtry y que tus hijos también van a crecer allí.

Es muy posible que Kane y tú tengáis algunos problemas al principio, pero sé que arreglaréis las cosas entre los dos. Sois personas inteligentes, tenéis un buen carácter y sentido común. Recordad lo mucho que os he querido e intentad salvar vuestras diferencias. Estoy seguro de que me enteraré cuando lo hagáis.

Te he dejado un libro titulado Plantas y Animales del Mundo. *No lo he hecho por el libro en sí, sino por lo que contiene. Tu maravillosa madre me regaló en una ocasión un ramo de flores que ella misma había cultivado. Yo las guardé en ese libro, y las he conservado allí durante todos estos años. Encontrarás entre sus páginas otros recuerdos suyos. Perdóname por no habértelos entregado durante todos estos años, pero nunca encontraba momento oportuno para deshacerme de ellas. Sin embargo, ahora te pertenecen.*

Recuerda que te amo, mi preciosa hija, y que el cielo te bendiga. Espero que tengas una larga y saludable vida y que encuentres todo el amor y la felicidad del mundo.

Te quiere, Sam.

Aquella carta le hizo llorar. Rió se tumbó en la cama, y permaneció allí en silencio, sorprendida por lo que Sam le había dejado en herencia y confundida por aquella nueva prueba sobre lo que sentía por su madre. Estuvo mucho tiempo en la habitación, releyendo la carta de Sam y buscando entre sus recuerdos alguno que pudiera dar un nuevo sentido a la relación que había mantenido con su madre. Al final, dejó la carta en una caja lacada. Como ya era casi la hora de comer, se metió en el baño para lavarse la cara con agua fría.

Cuando se había levantado aquella mañana, no esperaba estar todavía en el rancho a la hora del almuerzo. Además, aquél era un día de trabajo, lo que significaba que en circunstancias normales, a esa hora estaría trabajando en el campo. Como ya no iba a irse, le parecía todo un privilegio poder estar toda una mañana en el fresco interior de la casa y comer tranquilamente en el comedor.

La idea de que durante todo el próximo año iba a ser socia de Kane, en idénticas condiciones que él, le resultaba casi increíble. En el fondo se sentía como una ladrona, y estaba decidida a devolver toda la parte de su herencia el mismo día que concluyera el año.

Las reacciones de Kane y Ramona tras la lectura del testamento, le hicieron bajar temerosa a comer. Si no hubiera sido porque sabía que alguna vez tendría que enfrentarse con ellas, no se había atrevido a bajar la escalera.

Cuando entró en el comedor, Kane y Tracy estaban ya sentados a la mesa. Tracy se volvió hacia ella al oírla, pero desvió rápidamente la mirada; sin embargo, Kane la estuvo observando hasta que estuvo sentada en la mesa. Rió se sentó en su lugar habitual y esperó en doloroso suspense mientras Ardis llevaba la comida.

El silencio que reinaba en la habitación era intimidante. El único consuelo para Rió fue que Ramona no apareció por allí. Tracy se terminó rápidamente el almuerzo y se levantó diciendo que tenía que ir a la ciudad.

Como era la primera comida verdadera que Rió hacía desde hacía días, intentó esforzarse en comer y terminar todo lo que le habían servido en el plato.

A la hora del café, Kane se reclinó en su silla y, mientras bebía, no apartaba los ojos del rostro de la joven. A Rió no se le ocurría lo que podía hacer para mitigar el evidente enfado de Kane.

Al cabo de unos minutos, dejó su servilleta en la mesa y lo miró abiertamente a los ojos.

—Hay algunas cosas de las que me gustaría hablar —le dijo con voz queda.

—Podemos hacerlo ahora mismo. ¿Por dónde empezamos? —El inconfundible sarcasmo que acompañaba sus palabras hizo que la joven se pusiera todavía más nerviosa.

—No puedo quedarme ni con el dinero ni con la mitad de Langtry —comenzó a decir—. Buscaré un abogado que emprenda las actuaciones legales necesarias para devolvértelo —antes de que terminara, Kane ya estaba sacudiendo negativamente la cabeza, de modo que le preguntó—: ¿Por qué no?

—Porque hay una maldita cláusula que dice que si tú no te quedas con tu herencia, habrá que dársela a un grupo que defiende a los animales.

—Ya sé que esa cláusula puede dificultar las cosas, pero he pensado que quizá pueda conseguir un acuerdo que nos permita llegar devolvértelo todo cuando termine el año.

Kane frunció el ceño.

—¿Y por qué ibas a hacer una cosa así?

—Langtry es vuestro. Y el dinero tampoco debería haber terminado en mis manos. Yo sé que Sam lo hizo con buena intención, pero…

—¿Tienes miedo de mí?

—¿Por qué iba a tenerte miedo? —le preguntó a su vez ella, intentando disimular la sorpresa que le causaba su perceptividad.

—Es muy posible que tengas miedo de que nos pasemos el resto del año discutiendo si no me cedes tu parte del rancho —dejó su servilleta en la mesa y se levantó como si estuviera disgustado.

Rió también se levantó.

—¿Tú crees que vamos a pasarnos todo el año discutiendo?

Kane la miró y advirtió en el rostro de la joven una preocupación tan intensa que no había podido disimularla. Aunque en realidad, se dijo, Rió raras veces había sabido disimular delante de él. Siempre había visto sus sentimientos reflejados en la profundidad de sus ojos azules. En ese momento, recordó la cruel cancioncilla que le había canturreado la joven la noche anterior.

Y de pronto, el rostro que tenía frente a él le pareció el de una

niña asustada y sola, que jamás valoraría el dinero o las cosas materiales como lo que valoraba el ser amada y aceptada. Estaba convencido de que Rió sería capaz de renunciar a una herencia multimillonaria sin pestañear si pensara que de esa manera podía establecerse una tregua entre ellos.

La sola idea le hizo enfadar. Y fue también un duro golpe para su corazón.

—Ya veremos —gruñó. Vio entonces que la joven apartaba la mirada y comprendió su consternación. Con voz más baja continuó diciendo—: Eres libre de ir a donde quieras. Si lo que más te apetece es devolver la herencia antes de que termine el año, adelante. Supongo que ésa sería una forma perfecta de vengarte.

Rió lo miró completamente asombrada.

—No puedo prometerte un año de paz y tranquilidad —siguió explicándole Kane—, cuando ambos sabemos que esto puede llegar a convertirse en un auténtico infierno —deslizó lentamente la mirada por el cuerpo de la joven—. Vete o quédate, Rió. Tú decides. Pero no te quedes pensando que vamos a ser algo más que lo que siempre hemos sido.

Rió no podía decir exactamente por qué le hirió tanto que Kane le recordara que sus sentimientos hacia ella eran tan intrascendentes como siempre. Quizá fuera porque lo que demostraban aquellas palabras era que le disgustaba tanto que sentía la necesidad de ponerla en su lugar en cuanto tenía una oportunidad.

Y quizá estuviera haciendo bien. Quizá ella fuera una estúpida que necesitaba ser rechazada una y otra vez para conseguir que los sentimientos que albergaba hacia Kane murieran de una vez por todas. De pronto la invadió una oleada de profundo cansancio. ¿Por qué le habría hecho Sam una cosa así?

De alguna manera, consiguió mantener la voz firme mientras decía:

—Preferiría que fueras tú el encargado de dirigir Langtry, yo puedo sustituirte cuando me necesites, como hemos hecho siempre.

Kane sacudió de nuevo la cabeza.

—El testamento deja muy claro que tendrás que quedarte con la mitad del rancho en las mismas condiciones que yo, eres una socia con los mismos derechos y obligaciones. Hasta que el abogado nos

explique lo que quiere decir eso exactamente…

—¿Y quién se va a dar cuenta si no hago exactamente lo que precisa el testamento?

—Si piensas quedarte aquí, tendrás que hacerlo. Si no, puedes renunciar ahora mismo a tu parte y marcharte de Langtry.

Rió se sonrojó violentamente.

—Bien, me quedaré, pero no quiero vivir en la casa principal. Hay una casa vacía que podría servirme.

—¡Y un infierno! —Gruñó Kane—. Vivirás en esta casa, como has hecho siempre, y si no, ya puedes ir marchándote.

Rió estaba demasiado furiosa para contestar. Kane nunca le había parecido más brutalmente dominante que en ese momento y en el interior de la joven ardía el fuego de la rebelión.

Como ya no se sentía en condiciones de continuar discutiendo, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

* * *

Los tres días siguientes fueron agotadores. Rió le había preguntado a Kane por el libro que Sam le había dejado. Kane no se acordaba de ningún libro con ese título, pero le había dicho que lo buscaría. Sin embargo, estuvieron tan ocupados recuperando el tiempo que habían perdido con el entierro y el funeral que Kane se olvidó completamente del libro. Así que Rió se dedicó a buscarlo ella misma en el que había sido el despacho de Sam, pero no lo encontró por ninguna parte.

Ramona y Tracy permanecieron en el rancho y su presencia sólo servía para añadir fricciones a la relación entre Rió y Kane. Rió permaneció en la casa principal, lo que las obligaba a soportar la incomodidad de estar en contacto constante. Kane le mostró a la joven todos los papeles del rancho, información que la joven habría necesitado conocer con anterioridad.

También le hizo un bosquejo de los planes a corto y largo plazo que tenía para el rancho, y le dijo a continuación, no de muy buen humor, que ella también tenía derecho a colaborar en esos planes o sugerir otros nuevos, por lo menos durante el siguiente año. Rió no tenía intención de cambiar ni una sola coma de lo ya previsto y

cuando así se lo dijo, Kane la miró con una furia que la dejó completamente desconcertada.

Al cabo de unos días de haber visto reducido su tiempo de trabajo al aire libre, comenzó a ponerse nerviosa. Estaba reunida con Kane en el despacho para que éste le explicara el funcionamiento de un nuevo programa que había comprado para el ordenador cuando su mirada voló hacia la enorme ventana desde la que se veían las tierras del rancho.

—¡Maldita sea! Si no me prestas atención, no vamos a conseguir terminar con esto en todo el día. —Kane estiró la mano y apretó la tecla que acababa de decirle que presionara ella.

Llevaba toda la mañana de un humor de perros, lo que no ayudaba a mejorar la disposición y los ánimos de Rió. Durante la semana anterior, ya había tenido la joven serios problemas de concentración, para frustración de ella y de Kane. Rió necesitaba estar al aire libre, hacer algún trabajo físico que la ayudara a aclarar su mente y a levantar su ánimo, pero Kane estaba empeñado en enseñarle todo lo que pensaba que debería saber sobre el rancho.

Ella había tolerado su tiranía porque entendía que podía estar preocupado por cumplir las disposiciones que Sam había dejado en el testamento. Pero Kane estaba agotándola y el estar constantemente juntos no hacía nada para evitar la dolorosa tensión que había entre ellos.

—Necesito salir un rato de casa —comentó la joven mientras se levantaba y rodeaba el escritorio.

—Tienes que aprender este programa —gruñó.

Rió sacudió la cabeza.

—Más tarde. Quiero trabajar con ese potro antes de que empiece a hacer calor.

—Hay otros trabajadores en el rancho que pueden ocuparse de ese potro. Sin embargo, tú eres la única que puede encargarse de esto —repuso Kane, mientras le señalaba el manual del programa.

—Necesito un descanso, Kane.

—Pues tómatelo —contestó él, haciéndole sentir que no se lo merecía en absoluto.

En ese momento llamaron suavemente a la puerta, que casi inmediatamente se abrió, mostrando a una tímida Tracy vestida con una moderna camiseta de seda y unos vaqueros de diseño.

Kane miró hacia ella y la severidad que reflejaban sus duras facciones se suavizó un poco mientras sonreía a su hermana adoptiva.

—¿Has decidido venir a mostrarme esa oferta?

Las mejillas de Tracy se colorearon delicadamente.

—Si tienes tiempo —dijo tímidamente, mirando de reojo hacia Rió—, y si no estoy interrumpiendo nada importante…

—No es nada que no pueda esperar —respondió Rió con amabilidad. Había estado intentando romper el hielo con Tracy desde hacía días, haciendo todo lo que estaba en su mano para recuperar su amistad. Rodeó el escritorio para dirigirse hacia la puerta y dejar solos a los otros dos, pero Tracy caminó hacia Kane, ignorándola como lo había estado haciendo durante toda la semana.

Aunque era un alivio poder hacer una escapada, Rió no pudo menos que fijarse en la mirada de afecto que Kane le había dirigido a Tracy, y en el rubor que aquella mirada había provocado en la joven. El corazón se le hundió todavía un poco más, empujado en aquella ocasión por el peso de los celos.

* * *

Kane fue poco a poco disminuyendo la presión sobre ella, incluso animándola a trabajar al aire libre. Él tuvo que hacer una serie de salidas por asuntos laborales que lo mantenían lejos del rancho durante un día como mucho, pero por la noche volvía siempre a casa. Rió le agradecía que no estuviera demasiado tiempo fuera, especialmente porque Ramona y Tracy continuaban también allí. No conseguía recordar una sola temporada en la que madre e hija hubieran estado más de una semana seguida en el rancho, lo que hacía que su continuada presencia le resultara particularmente incómoda.

Además, sus fuerzas y su energía parecían haberla abandonado. A pesar de que había sido una persona muy madrugadora durante toda su vida, la desconcertaba encontrarse con que por las mañanas casi no podía abrir los ojos. El cansancio la acompañaba durante todo el día, pero por la noche tardaba tiempo en conciliar el sueño. Su apetito no mejoraba y le resultaba prácticamente imposible

concentrarse. El cansancio y la frustración le hacían estar especialmente irritable.

Echaba terriblemente de menos a Sam. La tristeza de los primeros días había dado lugar a una melancolía que parecía socavar las pocas fuerzas que le quedaban. Y las mañanas en las que se quedaba dormida, se levantaba más cansada que nunca. Una de ellas, se despertó cerca de las diez y bajó corriendo para dirigirse a los establos, sintiéndose intensamente culpable por haber comenzado tan tarde la jornada. Iba a medio camino cuando se encontró con Kane.

—Estaba a punto de ir a buscarte —la impaciencia que se reflejaba en su voz la hizo sentirse todavía peor.

—Lo siento, pero no he oído el despertador —no se atrevía a enfrentarse con la mirada desaprobatoria de Kane.

—Pues no parece que dormir más te haya servido de mucho —replicó bruscamente Kane.

Y la verdad era que no la había ayudado demasiado. Todavía estaba tan cansada que no le habría importado pasar el resto del día durmiendo, pero le avergonzaba tanto aquella temporal debilidad que no quería admitirlo delante de Kane.

—Muchas gracias —susurró, e intentó rodearlo para seguir su camino, pero él la atrapó del brazo.

—¿Te encuentras bien? —La sincera preocupación que se reflejaba en su voz la ablandó hasta el punto de desear decirle la verdad, pero luchó con firmeza contra ese sentimiento.

De modo que asintió sin ni siquiera mirarlo. Kane la acercó tanto hacia él que la joven podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Al sentir sus dedos alrededor de su brazo, se apoderó de ella una oleada de intensa sensualidad, magnificada por su debilidad.

—¿Has desayunado?

Rió intentó no mostrar cuánto la asombraba aquella pregunta.

—Todo lo que he querido —contestó, moviendo el brazo para liberarse de la mano de Kane. Pero él continuaba sujetándola con firmeza.

—Y, como es habitual, supongo que no ha sido mucho —gruñó —. ¿Cuánto tiempo piensas pasarte sin comer y sin descansar lo que necesitas?

Rió no se permitió cometer el error de interpretar su

preocupación por ella por ningún tipo de sentimiento afectuoso.

—Comeré cuando tenga hambre, y esta noche procuraré irme antes a dormir. ¿Te basta con eso? —Alzó la mirada hacia él, pensando en cuánto odiaba que realmente nada hubiera cambiado entre ellos.

—Sí, me basta con esto —contestó Kane, y la soltó—. Hace falta revisar el estado de las cercas de los pastos. Pídele a alguien que te acompañe a revisarlos o, si prefieres, vete a hacerlo tú sola.

Rió se apartó, intentando poner cierta distancia entre ellos.

—Primero voy a entrenar un poco al potro, si no te importa. Después iré a buscar una bolsa y un teléfono y me encargaré de ir a ver los pastos.

No hacía falta que añadiera que Ramona estaría encantada de que se ausentara de la casa durante un par de días. Tracy, desde luego, tampoco la echaría de menos y probablemente hasta el propio Kane se alegraría de perderla de vista. En cualquier caso, tenía que reconocer que Kane estaba tomándose su presencia en Langtry mucho mejor de lo que se esperaba. De todas formas, todavía era muy pronto para llegar a ninguna conclusión sobre lo que pasaría a lo largo del año, pues sólo habían pasado un par de semanas desde que se había leído el testamento.

—Llévate todo lo que quieras. Yo estaré en casa después del almuerzo.

Rió asintió y sin decir una sola palabra más se dirigió hacia los establos.

Capítulo 8

El joven alazán que Rió estaba entrenando era un alumno entusiasta, de buen carácter, voluntarioso e inteligente, pero tenía una energía que hacía que resultara agotador trabajar con él. Rió estuvo paseándolo por el picadero durante la primera media hora, antes de llevarlo hacia la puerta para salir de la zona de los establos.

El potro hizo una cabriola entusiasmado, pero pronto respondió con premura a la suave regañina de Rió y a la firmeza con la que sujetó las riendas.

Rió mantuvo las riendas tensas hasta que comprendió que el caballo se había tranquilizado. Entonces cabalgaron hacia uno de los arroyuelos del rancho. Al sentir el agua en las pezuñas, el potro se estremeció, pero Rió lo urgió a adentrarse hasta una zona en la que el agua le cubría casi hacia media pata. Con palabras de ánimo y continuas caricias cariñosas, consiguió que continuara cabalgando hacia la otra orilla. Pero hasta que el caballo no se tranquilizó, no lo sacó del agua.

Cabalgaron durante dos horas más, y el caballo salvó sin ningún problema todos los obstáculos que la joven le planteó. El primero fue el riachuelo, después le hizo rodear un par de molinos de viento y unos surtidores de gasolina. Quiso enseñarle después a permanecer quieto mientras ella abría y cerraba las puertas que separaban las diferentes zonas de pasto, encontrando Rió la mayor dificultad del entrenamiento en conseguir que el caballo permaneciera quieto el tiempo suficiente para permitir que cerrara

la puerta una vez la habían atravesado.

Lo llevó después hacia una zona próxima a los pastos de ganado, desde donde veían a las vacas y a sus terneros, y cambió después de ruta para comenzar a trabajar con la cuerda. El caballo se resistió las primeras veces que intentó atarlo a uno de los postes de la cerca, pero en seguida se acostumbró a ella.

Decidiendo que el caballo ya había aprendido lo suficiente para empezar a trabajar de verdad, enroscó la cuerda, la dejó en la silla y comenzaron a regresar hacia los establos.

Mientras estaba entrenando al caballo, había conseguido superar parte de su tristeza, y la actividad física la había ayudado a tranquilizarse, pero cuando volvió a retornar la tristeza, lo hizo con más fuerza que nunca. El caballo se movía casi por sí mismo, respondiendo eficazmente a la menor de las señales y los pensamientos de Rió comenzaron a vagar a su aire.

Pensó en el libro que Sam le había dejado y sintió una punzada en el corazón. No había conseguido encontrarlo en el despacho ni en ninguna de las librerías que había en la casa. El único lugar en el que todavía no había mirado era la habitación de Sam. Se lo había recordado a Kane dos días atrás, pero era evidente que lo había vuelto a olvidar. Quizá debería sugerirle que buscaran juntos en la habitación de Sam.

Estaba galopando con el caballo a lo largo de una alambrada cuando oyó un bufido y el retumbar de unas pezuñas. Miró hacia atrás a tiempo de ver al último toro que había adquirido Kane lanzándose contra ella desde el otro lado del alambre. Un segundo después, el toro estaba golpeando la cerca y la rompió con una facilidad aterradora.

Rió no tuvo tiempo siquiera de espolear al caballo para ponerse a salvo. En cuanto el toro rompió la alambrada, el alambre de púas salió proyectado hacia ellos.

El único segundo del que dispuso, la joven lo empleó en cubrirse la cara. El animal relinchó al sentir el alambre clavándose en su pecho y golpeando sus patas. Saltó desesperado y se tiró a continuación al suelo, luchando contra aquel alambre en el que cada vez estaba más enredado.

Rió lo veía todo a cámara lenta. Intentaba a toda costa recuperar el control sobre el caballo, pero pronto comprendió que era una

batalla perdida. El alambre le rasgaba la ropa y arañaba su piel y los saltos irracionales del animal hacia zonas de la verja que todavía estaban intactas sólo sirvieron para que acabaran enredándose en nuevos pedazos de alambre. El potro continuó saltando desesperado y al final se tiró definitivamente al suelo.

La joven no tardó en darse cuenta de que el animal estaba más enredado que nunca y aun así continuaba moviéndose. Poniendo en juego todas sus fuerzas, Rió tiró de las riendas hasta conseguir que se tranquilizara.

Jadeó entonces, intentando tomar aire mientras las púas se clavaban dolorosamente en su piel. Tenía las piernas atrapadas bajo el caballo, pero, afortunadamente, la posición del poste que había tirado impedía que fueran aplastadas.

Estaban completamente enredados en el alambre, y una parte de él se cruzaba peligrosamente por el hombro derecho de Rió, amenazando con clavarse en su garganta. Intentó levantar la mano derecha, la única que tenía libre, con la esperanza de meterla entre su cuello y el alambre para poder levantarlo, pero también tenía el brazo enredado, de forma que le resultó imposible.

El caballo comenzó a retorcerse otra vez, y lo único que la joven podía hacer era tensar las riendas con la mano, esperando que el animal se tranquilizara. No podía arriesgarse a volver a soltar las riendas para alejar el alambre de su cuello por miedo a perder el control sobre el caballo.

El sol brillaba con fuerza y Rió advirtió que tenía el cuerpo empapado en sudor. Le susurró algunas palabras al caballo, intentando tranquilizarlo porque las nerviosas sacudidas del animal eran constantes.

Oyó bufar de nuevo al toro cerca de ella y se quedó completamente helada. Volvió la cabeza todo lo que el alambre le permitía y vio al enorme animal a sólo unos metros de ellos, con la cabeza gacha mientras pateaba amenazadoramente el suelo, como si estuviera preparándose para la embestida, levantando a su alrededor una nube de polvo.

—Oh, Dios mío, por favor… —observó horrorizada al toro, que de pronto se detuvo, alzó la cabeza y mugió con fuerza.

El caballo se quedó mirándolo fijamente y Rió advirtió que sus músculos se tensaban, preparando otro intento de fuga.

Con los ojos llenos de lágrimas de dolor y frustración, Rió continuaba intentando calmar al animal. Cada vez que se movía, las púas se clavaban dolorosamente en su cuerpo, hasta que llegó un momento en el que pensó que ya no iba a poder seguir soportando aquel suplicio.

Justo cuando pensaba que estaba ya al límite de sus fuerzas, el toro comenzó a moverse. Aterrorizada, observó que el toro corría hacia ella. Pero no había dado dos zancadas cuando, de pronto y de forma asombrosa, se volvió y comenzó a caminar hasta que se perdió de vista.

El alivio por aquel inesperado cambio de planes del fiero toro, acabó con todas sus fuerzas y Rió se dejó caer entonces contra el suelo. Los inquietantes movimientos del caballo que seguía intentando deshacerse del alambre la hicieron volver a tensarse, mientras intentaba estirar de nuevo las riendas.

Permaneció así durante lo que le parecieron horas, susurrándole al caballo palabras de sosiego y luchando para mantener el control de las riendas mientras intentaba liberar la mano y el brazo izquierdo. Cuanto más tiempo permanecía allí, más dolorosas eran sus heridas.

Llevaba allí tanto tiempo que comenzó a perder el sentido. De pronto, el sol pareció ocultarse tras una nube y la joven agradeció en silencio aquella repentina frialdad.

—Eh, pequeña, ¿qué te ha pasado?

La voz de Sam, fuerte y familiar, llegó a sus oídos. La joven abrió inmediatamente los ojos para ver su rostro. El sol brillaba tras él mientras se inclinaba hacia ella. Rió no podía verle claramente la cara, pero la seguridad de que aquél era Sam la consolaba tan profundamente que sus miedos cesaron inmediatamente.

—Sam…

—Estoy aquí, pequeña —le aseguró él—, quédate muy quieta. Si tú estás tranquila, el potro también lo estará.

¿Cuántas veces le había oído Rió decir eso cuando estaba entrenando a algún potro? Cuando ya empezaba a pensar que aquello tenía que tratarse de un sueño, Sam dijo:

—Kane viene hacia aquí.

Rió sacudió ligeramente la cabeza, causándose a sí misma un intenso dolor.

—No sabe que estoy aquí —musitó.

—No, él no lo sabe, pero el buen Dios sabe exactamente dónde estás, cariño —insistió Sam con voz confiada.

—¿Cómo… cómo puedes estar tú aquí? —le preguntó Rió, tragando saliva convulsivamente para aplacar la irritante sequedad de su garganta.

—Mientras sigas recordándome, una parte de mí nunca se irá. Siempre estaré en tu corazón, en tus recuerdos… —El caballo se agitó y entonces Sam le recomendó—: Tienes que mantener la rienda tensa, Rió, porque todavía no puedes venir aquí donde yo voy a pasar unos cuantos años. Todavía te queda mucha vida por delante.

Rió tenía la boca tan seca que apenas pudo mover los labios para decir:

—Por favor, Sam, vuelve a casa —entre las lágrimas que empañaban sus ojos, pudo ver a Sam sacudiendo negativamente la cabeza.

—Ya estoy en casa, cariño —le contestó con infinito cariño—. Ya estuve mucho tiempo en la tierra. Ahora he vuelto a recuperar un cuerpo fuerte, joven y saludable, y una voz de barítono con la que participo en el coro que aquí tenemos. No tienes por qué sufrir por mí, simplemente he cambiado de lugar para vivir.

A Rió le pareció de pronto importante que Sam supiera que podría vivir sin él. Intentó decírselo, pero tenía la boca tan seca que no le salían las palabras.

—Lo sé, Rió —le dijo Sam, como si le hubiera leído el pensamiento—. Todavía no le has puesto nombre a ese caballo, ¿verdad? —Y se echó a reír—. Podrías llamarlo *Alambre*. Estoy seguro que a Boz le gusta ese nombre, especialmente después de esto.

Rió sintió que una débil sonrisa asomaba a sus labios, pero estaba perdiendo la conciencia, y apenas podía sostener las riendas.

—Ahora voy a irme, cariño, Kane estará aquí en menos de un minuto —le dijo suavemente Sam, la joven estaba demasiado débil para contestar. Sentía que se debilitaba por minutos y los dedos se deslizaban de la rienda. Volvió a sentir la frescura de la sombra en el rostro, y abrió los ojos, pensando que Sam había vuelto.

—¿Sam?

—Tranquila, Rió, estoy aquí.

Rió intentó enfocar la mirada. El sol ya no era tan fuerte y Kane se inclinaba sobre ella, proporcionándole una agradable sombra.

—Sam ha estado aquí —consiguió susurrar.

Kane soltó un juramento, y el potro comenzó a moverse en el suelo. Rió intentó sostener las riendas, pero ya no conseguía siquiera atraparlas.

—Dame esas malditas tenazas —la voz de Kane le sonaba muy extraña, pero no podía levantar la mirada para comprender la razón. Kane se movió y ella sintió que el alambre que tenía alrededor del hombro y la garganta se aflojaba. Le llevó algún tiempo darse cuenta de que los tijeretazos que estaba oyendo eran el sonido de las tenazas cortando el alambre.

El potro se movió otra vez, y Kane estalló:

—Si vuelve a moverse otra vez, le pegaré un tiro.

Aquellas palabras consiguieron atravesar la espesa niebla de los pensamientos de la joven, que contestó alarmada:

—No, por favor —se humedeció los labios—. No le hagas daño, Kane.

Kane gruñó algo y luego soltó en voz baja un juramento. Rió sintió que se aflojaba otra línea de alambre. En cuanto pudo volver la cabeza, vio que había otros tres hombres con Kane. Éste se inclinó para acercarse todavía más a ella, deslizó las manos bajo sus brazos y la levantó delicadamente.

* * *

Kane jamás había tenido un miedo tan fuerte que le hubiera hecho sentirse enfermo, pero al ver a Rió en el suelo, cubierta de sangre, rodeada de aquel terrible alambre de púas y bajo un caballo, había estado a punto de desmayarse. Y todavía no había superado su miedo mientras trabajaban para liberarla del alambre.

Rió debía de llevar un buen rato sangrando, y le aterraba que pudiera llegar a desangrarse hasta morir.

Miró por encima del hombro a uno de los vaqueros que estaba preparándose para liberarle la pierna. Kane continuó alzándola con cuidado, hasta que estuvo parcialmente sentada. Los otros dos

hombres habían cortado el alambre que rodeaba al potro y estaban preparados para ayudarlo a levantarse. A una señal de Kane, los dos hombres alzaron al caballo mientras Kane y el tercer ranchero tiraban de Rió para liberarla de su peso.

Sólo tardaron unos segundos. El potro permaneció tambaleante sobre sus pies al principio, y empezó a temblar cuando las moscas revolotearon alrededor de sus heridas. Uno de los hombres tiró de él hacia delante y el caballo se movió.

Rió estaba ya en los brazos de Kane con los ojos cerrados. Uno de los hombres le acercó una cantimplora y Kane echó un poco de agua sobre sus labios resecos. El agua la despertó, y consiguió agarrar con dedos temblorosos la cantimplora. Kane le permitió dar dos tragos y se la quitó.

—Lo siento, pequeña —musitó—, tienes que beber poquito a poco.

Desde allí, llevaron rápidamente a Rió al hospital. Kane la llevó al rancho en una camioneta que les acercó Boz. Para entonces, Kane había sacrificado ya su camisa, haciendo unas tiras con las mangas para cubrir los cortes más profundos que tenía. Cuando llegaron a la casa principal del rancho, un helicóptero procedente del hospital más cercano, los estaba ya esperando.

Los enfermeros tomaron nota de las constantes vitales de la joven antes de montarla en el helicóptero.

* * *

Rio permanecía incómodamente tumbada en una de las habitaciones del hospital. Le habían dado algunos puntos en el brazo izquierdo y la zona de las costillas, las piernas apenas las tenía arañadas y el rostro y las manos estaban quemados por el sol. La temperatura había bajado, y la presión sanguínea había recuperado su flujo normal, pero el médico había insistido en que continuara ingresada.

Y la joven se sentía muy débil. Se había quedado dormida una docena de veces, pero aquellos breves sueños no la habían ayudado a recuperar las fuerzas. Como minutos antes se había empeñado en ir caminando al baño, sabía exactamente lo débil que estaba y,

tenía que reconocerlo, la asustaba su estado.

Kane estaba también en el hospital, pero no en la habitación de la joven. Llevaba horas esperando fuera de la sala de traumatología, y Rió lo había visto fugazmente una vez, cuando los médicos y las enfermeras habían conseguido bajarle la fiebre y habían empezado a darle los puntos. Había pasado un par de veces a la habitación, pero al final había decidido quedarse fuera.

Por otra parte, la hora de visitas ya había terminado. Ya era casi de noche y Rió se dijo que era probable que Kane hubiera vuelto a casa. Como ambos eran muy madrugadores, comprendía perfectamente que hubiera decidido volver al rancho.

Al pensar que estaba sola en el hospital el ánimo se le cayó a los pies. Estaba tumbada sobre su lado derecho, intentando encontrar una postura más cómoda, pero, se pusiera como se pusiera, todo le dolía. Al final, renunció a vencer el dolor y cerró los ojos.

El sonido de unos pasos en la puerta le hizo salir de su ensueño y abrir los ojos. Eran unos pasos inconfundibles, de alguien que iba calzado con botas. Pero cuando advirtió que alguien entraba en la habitación, volvió a cerrarlos, incapaz de disimular su desilusión. En un hospital de Texas, debían de ser cientos las personas que llevaban botas. El sonido de los pasos de Kane era para ella tan familiar como su rostro, pero quizá su imaginación le hubiera jugado una mala pasada.

Volvió a pensar en Sam. Ahora que ya le había bajado la fiebre, era totalmente consciente de que su visita había sido un sueño, una ilusión provocada por el miedo, el calor y la pérdida de sangre. Pero le había parecido tan real… Verdaderamente había oído su voz, o había tenido al menos la sensación de que la oía.

En cualquier caso, no le importaba que hubiera sido una presencia real o una ilusión. Aunque Sam no hubiera muerto, tal como él mismo había dicho en aquella extraña visita, siempre estaría en su corazón y en su recuerdo.

Qué confortantes habían sido sus palabras. Aunque fuera imposible que las hubiera dicho el propio Sam, habían sido un verdadero bálsamo para su corazón y habían suavizado el dolor de su pérdida. Incluso le había hecho sonreír al preguntarle por el nombre que le había puesto a su caballo.

Kane rondaba por la puerta de la habitación de Rió, sin saber si

debía entrar o no. Temía despertarla si estaba dormida. No le sorprendió darse cuenta de que no había otro lugar en el mundo en el que le apeteciera estar más que en aquella habitación, observando a Rió. El sentimiento protector que secretamente había albergado hacia ella durante todos esos años, se había vuelto repentinamente virulento. Jamás olvidaría lo indefensa y herida que parecía Rió tumbada y envuelta en aquel alambre. Jamás olvidaría aquel momento de claridad emocional, en el que sus turbulentos sentimientos hacia ella, parecían haberse colocado en su lugar.

Aunque sus sentimientos fueran más tempestuosos y primarios que nunca, sabía exactamente lo que quería de Rió Cory.

* * *

El alambre estaba muy tenso, y le dolía mucho. El potro se ponía cada vez más nervioso. Rió intentaba tranquilizarlo, sostener las riendas con fuerza, pero el cuero estaba tan resbaladizo que era imposible sujetarlas. Y el toro corría hacia ellos, cada vez más rápido, acercándose peligrosamente a ellos.

Rió gritó y alzó el brazo intentando protegerse. Tardó algunos segundos terribles en darse cuenta de que estaba tumbada en la cama de un hospital y que las manos que sujetaban sus muñecas estaban intentando ayudarla, y no herirla.

Un enorme sollozo escapó de sus labios. Le pareció reconocer los familiares rasgos de Kane, antes de oír su voz grave y profunda.

—¿Kane? —preguntó después de oírlo gruñir suavemente—. El toro era… —Pero pronto se interrumpió, abandonando definitivamente la pesadilla que todavía permanecía en el fondo de su mente. Más aliviada se reclinó contra la almohada y Kane aflojó la presión de su muñecas. La tenue luz que iluminaba la habitación, le dificultaba ver su rostro.

—¿Qué pasó con ese toro? —Aquella pregunta puso a Rió en alerta.

Recordó entonces que no le había contado a nadie cómo había sucedido el accidente exactamente. Lo único que sabían todos era que ella y el caballo habían terminado atrapados en un alambre.

La preocupación de la joven por el caballo le hizo ignorar la pregunta de Kane.

—¿Qué ha pasado con el potro? ¿Está bien?

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la luz y podía ver ya las

duras facciones de Kane.

—He hablado con Boz esta noche. El potro ha sufrido tantos cortes y está tan agotado como tú, pero se pondrá bien. —Kane volvió a adoptar una expresión sombría—. Aunque estaría dispuesto a vendérselo a cualquiera por dos centavos.

—¿Pero por qué? —preguntó Rió alarmada.

—Por haber sido tan loco como para haber permitido que terminaréis los dos enredados en ese alambre de púas. ¿Qué pasó? ¿Intentó saltar la cerca?

La idea que se había formado Kane de las circunstancias del accidente la sorprendió, y mucho más las consecuencias que podía tener para el potro su visión de los hechos.

—No, no puedes hacer eso, Kane. Es un buen caballo —le dijo rápidamente.

—Y tú tienes un corazón demasiado blando y eres una sentimental —gruñó Kane.

Rió sacudió la cabeza y esbozó una mueca ante el dolor que sintió en el cuello.

—No fue culpa suya.

Kane la miró con expresión pétrea.

—¿Entonces de quién fue la culpa?

—Del nuevo toro —en cuanto pronunció aquellas palabras y se dio cuenta del impacto que habían tenido en Kane, deseó haber encontrado una forma menos brusca de decirlas. Kane se había gastado una fortuna en aquel ejemplar. El brillo que apareció en sus ojos le hizo darse cuenta de que estaba furioso. El miedo de que Kane se hubiera enfadado con ella, una vez más, la hundió. Apretó los labios, negándose a decir una sola palabra más.

—¿Entonces qué sucedió? —le preguntó enérgicamente.

Rió se asustó ante aquel tono de acero.

—Íbamos montando a lo largo de la cerca. No me di cuenta de que el toro estaba al otro lado hasta que no lo oí correr hacia nosotros —le contó todo lo demás, acobardada por el rostro sombrío de Kane. Y como estaba ansiosa por tener la certeza de que nadie iba a culpar al caballo, añadió—: El potro se comportó como si tuviera mucha más experiencia de la que realmente tiene, no sé si un caballo adulto habría actuado mejor. Estaba muy asustado. No sé cuánto tiempo pasamos allí, pero él estuvo tumbado en todo

momento. Yo me dormí por lo menos una vez y él, en vez de aprovecharse de ello, continuó tumbado.

Después de aquella declaración, permaneció en silencio. No hacía falta decir nada más. Además nunca había visto a Kane tan enfadado como en ese momento. Y, teniendo en cuenta que no podía estar enfadado con el caballo, era evidente que estaba enfadado con ella. Probablemente pensaba que debería haberse dado cuenta a tiempo de que se acercaba el toro, o que quizá no había sabido dominar el miedo del caballo y por su culpa había terminado enredado en la alambrada.

Llevaba ya muchos años sin estar a la altura de lo que Kane le exigía, siendo consciente de que nunca estaría a su nivel. Había vuelto a fallarle, y estaba tan agotada, tan incómoda y tenía el corazón tan destrozado que aquel nuevo fracaso era más de lo que podía soportar.

Alzó la mano derecha y se tapó los ojos. Estaba avergonzada porque estaba a punto de estallar en lágrimas.

—Estoy muy cansada, ¿puedes irte por favor? —le preguntó con voz ronca, y terminó con un sollozo que le hizo sentir un agudo dolor en las costillas.

Kane le apartó la mano de la cara en el momento justo en el que las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas. Rió alzó la mirada hacia el duro rostro de Kane antes de apartar sus ojos del extraño desconcierto que apreciaba en los de Kane.

—Lo siento. Una vez más —susurró, y apretó los dientes con fuerza para dominar las lágrimas. Intentó volver a cubrirse los ojos, pero Kane estaba agarrándole la mano con tanta fuerza que le resultaba imposible. La frustración aumentó el flujo de las lágrimas —. Maldita sea… ¿quieres hacer el favor de irte y dejarme sola?

Kane le soltó entonces la mano y la joven se secó rápidamente las lágrimas. La cama crujió ligeramente y se dio cuenta de que Kane se había tumbado a su lado. Estaba a punto de apartarse hacia el otro extremo de la cama cuando se inclinó sobre ella, enmarcó su rostro con las manos y acercó sus labios a los de la joven.

Rió posó la mano en su pecho para obligarlo a apartarse de ella, pero Kane era inamovible. Antes de que la besara, la joven leyó sus intenciones en el brillo que irradiaban sus ojos.

—No lo hagas, Kane, por favor —consiguió decir, mientras

apartaba su rostro.

Pero Kane le presionó ligeramente la mejilla, instándola a volverse hacia él, mientras continuaba buscando sus labios. Rió gimió y deslizó los dedos por la boca de Kane, para impedir que rozara sus labios.

—No puedo, Kane —susurró con voz rota—. Mi corazón no es tan duro como el tuyo. No puedo detenerme cuando… —se interrumpió bruscamente, tras haber hecho otra estúpida confesión de amor y se deshizo de nuevo en lágrimas, incapaz de dominar el sentimiento de debilidad y los sollozos que hacían más intenso su dolor.

Kane, que permanecía sentado en la cama, la abrazó con infinito cuidado. Rió estaba demasiado cansada física y emocionalmente para seguir resistiéndose, de modo que se aferró a sus brazos y lloró libremente.

Estar en los brazos de Kane era como estar en el cielo y en el infierno al mismo tiempo. Y ella estaba demasiado agotada para combatir aquella locura, demasiado destrozada para intentar analizar lo que estaba ocurriendo. En cualquier caso, Kane siempre averiguaba sus más profundos secretos, de modo que seguramente había detectado ya la extraña combinación de pasión y dolor que despertaba en Rió su cercanía.

Cuando dejó de llorar, Kane le hizo apoyarse de nuevo sobre la almohada, tomó un pañuelo desechable de la mesilla de noche y le secó delicadamente las mejillas.

Rió no abrió los ojos. Continuó tumbada hasta que él terminó, y sintió de pronto que Kane se inclinaba de nuevo hacia ella. Antes de que sus labios se posaran sobre los suyos, percibió el suave aliento de Kane en el rostro.

La firme caricia de su boca le hizo revivir. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos de nuevo, mientras Kane la besaba. Buscó la mano que Kane había apoyado al lado de su cabeza y entrelazó sus dedos con los de él.

La presión de los labios de Kane cesó, se echó hacia atrás y susurró con voz ronca:

—Voy a tenerte, Rió. Pronto. Hoy han cambiado las cosas entre nosotros y yo ya no puedo seguir luchando contra el deseo —deslizó suavemente un dedo por la barbilla de la joven y descendió a

continuación hasta sus senos—. Te pondrás bien, Rió Cory. Eres muy fuerte —volvió a acercar sus labios a los suyos y la besó hasta dejarla sin respiración.

Rió abrió los ojos y los fijó en la fiera intensidad de los de Kane, que en ese momento se levantó.

—Que duermas bien, pequeña. Volveré antes del desayuno.

E inmediatamente después se marchó.

Capítulo 9

Ramona había estado buscando frenéticamente el libro. Había leído a escondidas la carta que Sam le había dejado a Rió, de modo que sabía perfectamente lo que había en su interior. Por fin lo había encontrado y estaba al borde del entusiasmo. Con mucho cuidado, lo sacó del cajón del escritorio de Sam en el que estaba guardado.

Había estado buscando por todas partes la llave de aquel maldito cajón, el último lugar de la casa en el que podía estar el libro. Había rebuscado en todos los bolsillos y hasta en último de los rincones para dar con ella. Al final la había encontrado colgando de un lazo, entre la colección de corbatas de Sam. Jamás la habría encontrado si no hubiera estado tan frustrada que había terminado cerrando la puerta del armario de un portazo y había oído el feliz tintineo.

En el momento en el que había encontrado la llave, había comprendido que ya tenía asegurado el éxito de su plan. Se sentía maravillosamente bien, e inteligentemente superior. En muy pocos días, había conseguido encontrar lo que buscaba y ni siquiera Ardis y Ellis la habían sorprendido removiendo los papeles de Sam.

Ramona dejó el libro cuidadosamente en la cama. Había tantas flores, fotografías y papeles entre sus páginas que casi se enfadó. ¿Cómo iba a encontrar alguien algo específico entre todas esas porquerías? Afortunadamente había una persona suficientemente patética y sentimental como para no querer perderse ni uno solo de los recuerdos que encerraba entre sus páginas. Y esa persona no era otra que Rió Cory que, por esa misma razón, terminaría

encontrando la terrible verdad que ella misma se iba a encargar de esconder en aquel libro.

* * *

Kane fue a buscarla antes del desayuno del día siguiente, tal como había prometido, pero el médico no la examinó hasta después de las doce. Para entonces, ya había llegado a su habitación una docena de rosas rojas en un precioso jarrón. Rió creyó que eran de Kane hasta que leyó la tarjeta.

—¿Quién es ese romántico? —le preguntó Kane con un rostro duro como el granito.

Rió no dijo nada, pero le pasó la tarjeta. Kane la tomó y para desilusión de la joven, la leyó en voz alta.

—«Me alegro de que estés bien. Ty» —leyó el nombre en tono burlón—. Parece que voy a tener que darle a todo el mundo un parte de tu estado de salud.

Rió desvió la mirada. Amaba a Kane con todo su corazón, pero lo que le había propuesto la noche anterior la avergonzaba. La emoción que había provocado su declaración había muerto en cuanto había comprendido que cuando Kane había dicho que quería tenerla, no estaba haciéndole una declaración de amor ni una propuesta de matrimonio. Había dicho también que estaba cansado de luchar contra el deseo. Y el deseo no siempre era algo que estuviera relacionado con el amor.

Rió ignoró el comentario de Kane y le preguntó:

—¿Cómo se ha enterado Ty de que estaba en el hospital?

—Se lo dije cuando le ofrecí devolverle el toro.

—¿Pero por qué vas a devolverlo? —preguntó la joven sorprendida.

—Quiero que Ty se quede con ese toro, puedo vendérselo a cuatro patas o, si lo prefiere, encima de una barbacoa.

Rió empezó a sacudir la cabeza antes de que Kane hubiera terminado.

—Ese toro tiene un valor incalculable. Jamás recuperarás el dinero que has invertido en él si lo vendes de mala manera. Y matarlo también sería tirar el dinero.

—El dinero es lo de menos. Lo que no quiero es que ese toro pueda volver a hacerte nada.

Al oírlo, la joven sintió una punzada de dolor en el corazón. Sabía que Kane estaba muy afectado por lo del accidente, pero no porque estuviera locamente enamorado de ella. Sonrió con amargura, enfadada consigo misma por estar tan estúpidamente enamorada de Kane y con él por no ser capaz de corresponder a su amor.

—No hace falta que exageres —le dijo tranquilamente—. Y tampoco tienes por qué preocuparte por mi salud. Ya he visto a un abogado y he hecho el testamento. Si muriera, mi mitad de Langtry sería para ti. Y por si ocurriera algo por lo que no pudiera actuar como copropietaria del rancho, ya he firmado los papeles necesarios para autorizarte a actuar por mí. La última voluntad de Sam no será violada, no sufrirás la persecución de ningún grupo que se dedique a la defensa de los animales y podrás seguir viviendo feliz.

El semblante de Kane se oscureció. Estaba furioso.

—¿Qué demonios te pasa? —Gruñó.

Rió suspiró.

—Creo que por fin estoy empezando a despabilar —había pensado muy bien lo que quería decir y estaba más que dispuesta a hacerlo—. Así que todo lo que tienes que hacer es continuar combatiendo ese «deseo» del que hablabas anoche, porque no quiero tener una aventura contigo. Ya tienes mi amor, y siempre podrás contar con él, pero no voy a entregarte mi dignidad.

Sintió una tristeza tan inmensa que se vio obligada a desviar la mirada de la llama de indignación que iluminaba los ojos de Kane. Afortunadamente, el médico entró en ese momento en la habitación. Una enfermera instó a Kane a salir al vestíbulo mientras el doctor examinaba a la joven.

A continuación la enfermera la ayudó a ponerse la ropa limpia que Kane le había llevado y le dio dos medicamentos que le había recetado el médico, por si pudiera necesitarlos. Después, le peinó y le trenzó el pelo y la sentó en una silla de ruedas. Antes de salir de la habitación, Rió se preocupó de recoger el jarrón de cristal y las rosas que Ty había enviado.

Cuando Kane la instaló en el coche, estaba ya agotada. Él continuaba enfadado y no intercambió con ella más de las cuatro

palabras necesarias durante el trayecto a Langtry. La tensión que había entre ellos era evidente.

Cuando llegaron, Rió intentó salir del coche por sí misma, pero estaba tan fatigada que apenas consiguió abrir la puerta antes de que Kane rodeara el coche para ayudarla. A pesar de sus protestas, deslizó un brazo delicadamente por su espalda y otro bajo las rodillas y la alzó en brazos.

Rió no pudo evitar el fijarse en el rostro de Kane, que reflejaba perfectamente la furia que bullía en su interior. Ninguno de ellos comentó nada mientras la llevaba hasta la puerta principal, donde Estelle estaba esperándolos.

Kane ignoró por completo a Ramona y a Tracy, que salieron del cuarto de estar para darles la bienvenida. Se dirigió con Rió a su dormitorio y en cuanto llegaron, cerró la puerta con el pie y la dejó en la cama.

—Así que no quieres tener una aventura, ¿eh?

Rió alzó la mirada hacia él. Kane Langtry era un hombre de un duro atractivo, emanaba virilidad por todos los poros de su piel. El deseo de hacer el amor con Kane fue de pronto tan intenso que estuvo a punto de alargar la mano hacia él. Su cuerpo deseaba todo lo que él pudiera darle, pero por desgracia, sabía que su corazón jamás podría resistir una unión física en la que no hubiera amor. No podría resistir el dolor cuando Kane se cansara de ella y la apartara de su vida.

Kane se agachó al lado de la cama y Rió se vio obligada a hacer un serio esfuerzo para soportar la solemnidad de su mirada.

—Reconozco que me merezco que pienses que soy un completo canalla —gruñó—, porque me he comportado como si lo fuera — alzó la mano y se la metió en el bolsillo de la camisa. Cuando volvió a sacarla, había algo brillante entre sus dedos—. Pero estoy enamorado de ti, Rió Cory. Yo tampoco quiero tener una aventura contigo. Lo que quiero es que seas mi esposa.

Rió tardó algunos segundos en darse cuenta de que Kane le había hecho una propuesta de matrimonio. Kane giró la banda de oro entre sus dedos y exhibió un diamante. La joven casi se olvidó de respirar al pensar en lo que aquella sortija representaba. Pero el dolor de su corazón le hizo volver rápidamente a la tierra.

—Pero si tú odias desearme —suspiró con tristeza—. Dijiste que

era la última mujer a la que te gustaría desear.

—Me he controlado demasiado durante toda mi vida para que me gustara admitir que había perdido la cabeza por una mujer. Ninguna mujer me había hecho sentir que no quería alejarme nunca de ella, y cuando me di cuenta de que tú tenías un poder especial sobre mí, me pareció insoportable.

Rió desvió la mirada, sin estar muy segura de si debía o no creer lo que estaba oyendo. Quizá el accidente había afectado a su sistema nervioso y estaba imaginándose aquello, de la misma forma que se había imaginado que Sam había ido a verla. Kane posó entonces un dedo en su barbilla y, con extrema delicadeza, le hizo volver la cabeza hacia él.

—Sólo tenías diecinueve años cuando empecé a compararte con otras mujeres —le dijo con voz ronca—. Y ninguna de ellas tenía unos ojos como zafiros, ni una melena en la que cualquier hombre desearía hundir su mano. No había ninguna tan hermosa, tan inteligente y leal como tú, ninguna de ellas hacía que mi corazón latiera a toda velocidad.

Rió estaba estupefacta. Lo que Kane estaba diciendo era un auténtico milagro, pero la aterrorizaba que de un momento a otro llegara de nuevo la desilusión.

Kane le acarició la mejilla con el dorso de la mano y continuó muy serio:

—Ayer estuve a punto de perderte, pequeña. Entonces me di cuenta de que no había nada en el mundo que me asustara más que el pensar en dejar de verte.

El júbilo inundaba el corazón de Rió, pero apartó la mirada con intención de disimularlo. Lo que Kane estaba diciendo era maravilloso, pero ya tenía experiencia suficiente como para ser cautelosa.

—¿Rió? Si no es demasiado tarde para mí, para nosotros, cásate conmigo. Nunca te arrepentirás.

Rió se hundió entonces en las profundidades de los ojos de Kane, en los que se hacía patente la verdad de sus palabras. Nadie podría dudar de la sinceridad de aquel hombre al que había amado durante casi toda su vida. Alzó la mano hacia su rostro y empezó por fin a hablar.

—Los dos hemos sufrido mucho últimamente… Cuando Sam…

—Tuvo que interrumpirse. Todavía le resultaba muy difícil hablar de la muerte de Sam—. Y después lo de los accidentes nos ha afectado mucho a los dos —observó que la expresión de Kane se endurecía a medida que iba hablando—. Sé que a los hombres de Texas no os gusta reconocer ese tipo de cosas, pero quizá nuestros sentimientos tengan algo que ver con…

Kane la enmudeció con un repentino avance hacia su boca. Se apoderó de sus labios con una pasión que la dejó sin respiración. Cuando al final se apartó de ella, ni siquiera era capaz de pensar.

—Tú has estado enamorada de mí durante mucho tiempo, y yo he estado enamorado de ti —gruñó—. No son sentimientos que empezaran la semana pasada. Dudo mucho que ninguno de nosotros pueda despertarse un buen día y darse cuenta de que lo que sentimos ahora es una especie de engaño emocional, producto de la triste muerte de mi padre.

Kane levantó la mano, sosteniendo el anillo entre sus dedos. En sus preciosos labios se dibujó una media sonrisa.

—Si esta sortija no te gusta, puedes elegir otra. Puedo pedirle al joyero que traiga a Langtry toda su colección antes de la cena.

Rió sacudió la cabeza y suspiró.

—Es maravilloso, Kane —susurró.

—Entonces cásate conmigo, ¿o necesitas quizá tiempo para pensarlo?

Rió sentía que estaba derritiéndose mientras lo miraba a los ojos. Reconocía en su mirada la determinación de un hombre poderoso, acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía.

—Me casaré contigo —dijo con un hilo de voz.

La expresión de Kane se relajó visiblemente, y buscó inmediatamente su mano. Rió pensó que iba a desmayarse mientras lo veía deslizar aquella sortija de compromiso en su dedo.

Cuando terminó, alzó la mirada hacia ella; una mirada ardiente, cargada de sensualidad. Besó la mano de Rió sin apartar los ojos del rostro de la joven, observando su reacción. La joven se inclinó hacia delante y se besaron con una ternura y una profundidad que llenó de alegría el corazón de los dos.

* * *

El mundo parecía haberse salido de su eje. Era el mismo sol, la misma luna y las mismas estrellas, el mismo año y el mismo mes. Estaba en el rancho de siempre, en la misma casa, rodeada de las personas que durante la mayor parte de su vida la habían rodeado. Y, sin embargo, todo había cambiado. Kane había cambiado y Rió se había dado cuenta de que ella también lo había hecho. El mundo parecía haberse transformado y ella se sentía como una niña en Navidad.

Kane Langtry la amaba y aunque no lo hubiera dicho públicamente, todo el mundo comprendió casi inmediatamente que había habido un cambio en su relación con Rió.

La reacción de Ramona al enterarse fue casi tan sorprendente para Rió como la propia propuesta de compromiso. Aunque costara creerlo, Ramona daba la impresión de estar encantada con la noticia, incluso se ofreció a ayudar a planificar todo lo necesario para la boda.

Tracy se mostraba tan distante como siempre, aunque no dejó de desearles sus mejores deseos y secundar la oferta de su madre. Ardis y Estelle reaccionaron con cierta reserva, como era habitual en ellas, pero Rió comprendió que en el fondo les había alegrado la noticia en cuanto empezaron a hablar de limpiar la casa para la fiesta de la boda y a perseguir a Kane instándole a hacer algunos cambios en cuanto a la decoración.

Los días que siguieron al accidente fueron vertiginosos para Rió. Aunque todavía tenía que guardar reposo por culpa de los arañazos y los puntos, no era capaz de quedarse en la cama. Así que, como no podía montar ni ocuparse de ninguna de las labores manuales del rancho, se dedicó a arreglar papeles.

Kane fue maravilloso con ella. La invitó a acompañarlo en dos viajes de trabajo, uno a Austin y otro a Dallas. En ambas ocasiones, Kane había terminado al medio día los asuntos relacionados con sus negocios y la había llevado a comer. Mientras Kane estaba reunido, ella había ido a contratar una agencia de bodas, donde se había quedado aterrada al darse cuenta de la cantidad de cosas que había que hacer.

—Diablos, había oído hablar muchas veces de lo trabajoso que es organizar una boda —le comentó Kane mientras volaban de vuelta a casa desde Dallas—. Pero como solo pienso casarme una

vez en mi vida, me gustaría que nuestra boda fuera, sencillamente, espectacular.

Al ver la expresión dubitativa de Rió, le tomó la mano.

—Vamos, pequeña. Estoy orgulloso de casarme contigo y quiero que se enteren todos los habitantes de Texas. Esa agencia que has contratado se ocupará de todo. Lo único que tienes que hacer tú es ponerte el vestido, caminar hasta el altar y prometerme amor y obediencia.

Rió soltó una carcajada.

—Yo pensaba que era el novio el que tenía que prometerlo —le dijo.

Kane sacudió la cabeza con expresión inflexible.

—No señor, nosotros nos vamos a casar de la forma tradicional —repuso y la miró con un brillo de diversión en los ojos. Se llevó su mano a los labios antes de volver a concentrarse en pilotar el avión.

Rió se hundió en su asiento, maravillada por el compañerismo que había surgido entre ellos y agradeciendo en silencio que ya no se comportaran como dos extraños el uno con el otro. Todavía echaba terriblemente de menos a Sam, pero su relación con Kane mitigaba el dolor de su pérdida.

Sam le había dejado dicho en su carta que, de alguna manera, se enteraría del momento en el que limaran sus diferencias. Rió no estaba segura de que estuviera pensando en una posible boda cuando escribió aquella carta, pero desde luego, desde que habían decidido casarse, se había establecido una armonía y una colaboración entre ellos que nunca habían mantenido en vida de Sam. Cuánto mejor habría sido para todos que Sam hubiera podido disfrutar también de su alegría. Rió deseaba con todas sus fuerzas que, desde donde quiera que estuviera, se hubiera enterado de la noticia de la boda.

Como hacía todas las noches, Kane se deslizó en su habitación justo antes de que la joven se acostara, de modo que cuando salió del baño, tras una reconfortante ducha, Rió se lo encontró esperándola.

Estaba tumbado en la cama, con la espalda cruzada en el cabecero y las piernas cruzadas. Al verla salir del baño y caminar hacia la cama, el deseo empañó su mirada.

—Espero que te deshagas pronto de esa bata. Y si no lo haces

antes de la boda, voy a tener que quemarla.

Rió no pudo evitar que asomara a sus labios una sonrisa. Kane había tenido dificultades para controlar su libido, pero lo había hecho y se mostraba muy comprensivo con su decisión de no adelantar lo que tenía que suceder durante la noche de bodas. Pero aun así, también se dedicaba a bromear, inventando todo tipo de historias sobre lo debilitadora que podía llegar a ser la abstinencia para un hombre de Texas, o proponiendo mil y un métodos para destrozar su bata.

Rió le dirigió una mirada burlona de reproche, y señaló sus pies.

—Las botas fuera de la cama, vaquero.

Una lenta sonrisa se extendió por los atractivos labios de Kane.

—Ven aquí, cariño —le susurró Kane con una mirada ardiente.

Como Rió vacilaba, extendió la mano y agarró el dobladillo de la bata. La joven se agachó para atraparle la mano, mientras él tiraba de ella para que se acercara. De pronto, Kane la agarró de la muñeca y a una velocidad vertiginosa la atrajo hacia la cama.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó.

Rió contestó con un ligero movimiento de cabeza.

Entonces Kane abrió la boca con voracidad sobre sus labios, urgiéndola a abrir la boca antes de profundizar su beso y a imitar a continuación los movimientos de su lengua. Antes de que apartara los labios de su boca para mordisquearle seductoramente el cuello, la joven ya tenía dificultades para respirar.

—Oh, por favor, Kane… Es maravilloso —jadeó. Después, frustrada consigo misma, le pidió con voz temblorosa—: Para, por favor.

Kane obedeció, pero se tomó su tiempo para hacerlo. Rió podía sentir la tensión y la dureza de su cuerpo y darse cuenta también de que casi instantáneamente habían llegado a un punto de no retorno. No hacía falta nada más que un beso o una caricia para remontarlos vertiginosamente hasta los límites de la excitación y Rió comenzó a dudar seriamente de que fueran capaces de llegar hasta la noche de bodas.

Kane gimió contra su cuello y deslizó la mano bajo su ropa.

—Maldita sea, pequeña, uno de nosotros va a tener que irse de casa hasta el día de la boda, o no tenemos ni una sola oportunidad de llegar hasta allí sin haber hecho el amor.

El gemido de Kane fue tan elocuente que provocó la risa de Rió. Kane alzó la cabeza y se quedó mirándola fijamente.

—Eso suena bien, y además me reconforta el corazón —bajó la cabeza y rozó suavemente sus labios—. Te quiero.

Rió sintió que su corazón ardía. Kane le decía muchas veces que la amaba, y en cada ocasión, la joven se emocionaba más que en la anterior.

—Yo también te quiero —susurró de forma casi dolorosa, sabiendo que aquellas palabras no bastaban para expresar lo que realmente sentía por él. Alzó los brazos y hundió las manos en su pelo para levantar a continuación la cabeza de la almohada y presionar los labios contra los suyos, ardiendo de deseo por él.

Kane le devolvió el beso y Rió sintió que se derretía en sus brazos, hasta que él la apartó con desgana.

—Sí, supongo que en cuatro semanas podré darte lo que estoy buscando. Y si no…

Kane le rozó la mejilla con la barbilla, después se apartó de ella, se tumbó de espaldas, se cubrió los ojos con las manos y suspiró. Ambos permanecieron tranquilamente tumbados, y aunque ya no se tocaban, Rió podía sentir en su propio cuerpo el calor que irradiaba el de Kane.

Kane le acarició suavemente la mano antes de sentarse y levantarse de la cama. Rió permaneció allí sentada hasta que vio a Kane caminar hacia el tocador y sacar de allí un enorme libro, corrió inmediatamente hacia él.

—¿Ése es el libro que Sam dejó para mí? —le preguntó sorprendida y encantada al mismo tiempo.

—Siento haber tardado tanto tiempo en localizarlo. No he encontrado la llave de ese cajón hasta esta noche. Estaba a punto de forzar la cerradura cuando me he acordado de una colección de llaves que Estelle guarda en un armario. Y una de ellas encajaba perfectamente en la cerradura.

Rió tocó el libro y deslizó la mano por la cubierta antes de abrirlo con extremo cuidado. Lo primero que vio fue la fotografía de su madre, acompañada por otras cinco mujeres, celebrando una barbacoa en Langtry. Cada una de ellas portaba un postre; el de su madre era una enorme tarta de chocolate.

Rió se quedó estupefacta al ver esa fotografía. Nunca se había

dado realmente cuenta de hasta qué punto se parecía a su madre. Había visto otras fotografías, así que era consciente de que se parecía a ella más que a su padre, pero en aquélla era mucho más que evidente el parecido.

—Tú y tu madre podíais pasar por gemelas. Ella también era una mujer muy hermosa y con un gran corazón —comentó Kane con voz queda mientras miraba la fotografía—. Ya sabes que Sam estaba enamorado de ella, ¿verdad?

Rió alzó la mirada hacia Kane.

—No exactamente, sí sabía que le tenía mucho cariño —se interrumpió y bajó la mirada hacia la siguiente página—. Pero hasta que no supe que él y mi madre iban a ser enterrados uno al lado del otro… —Sacudió la cabeza—. No puedo recordar una sola vez en la que los haya visto tocarse o hablar de alguna otra cosa que no fuera el tiempo, el estado del jardín o la salud. Incluso ahora me parece algo muy extraño —volvió a pasar otra página.

Poco a poco, fue revisando todas. Al encontrarse con un ramillete de frágiles flores secas, visualizó de pronto las enormes y callosas manos de Sam colocándolas delicadamente entre las páginas de aquel libro. A pesar de su aspecto varonil y su brusquedad, Sam tenía un corazón de oro y era una de las personas más bondadosas que Rió había conocido en su vida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y pestañeó con fuerza mientras cambiaba de página. Descubrió entonces un trozo de tela de color azul. Rió la acarició suavemente. Había encontrado retales de esa misma tela en la caja de costura de su madre.

—¿Qué sentimientos puede albergar un hombre hacia una mujer para guardar unas flores que ella le ha regalado durante tantos años? —se preguntó Kane, casi en un susurro. No era una pregunta para la que estuviera buscando una respuesta.

—Sam nunca me comentó nada —dijo ella.

—A mí tampoco. Yo sabía que él pensaba que era una mujer estupenda y demasiado buena para Ned, pero jamás me hubiera enterado de que estaba enamorado de ella si no los hubiera oído un día hablar.

Rió giró la cabeza bruscamente hacia él.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Qué se dijeron? —Estaba deseando saberlo. Si su madre y Sam se hubieran casado, su infancia habría

sido, sencillamente, perfecta. Su padre había sido un hombre tan desagradable que el pensar que su madre se había divorciado de él jamás le habría importado.

—Tú debías de tener unos siete años, porque yo tenía diecisiete. Yo sabía que tu madre iba a llevarte a uno de los pajares para que vieras unos gatitos recién nacidos. Mi padre se encontró con ella y yo los oí.

Rió cerró con exquisito cuidado el libro y concentro en Kane toda su atención.

—¿Qué se dijeron?

Kane apartó la mirada un momento, intentando recordar.

—Lenore hablaba con voz temblorosa, lo que despertó mi curiosidad; tu madre siempre estaba contenta, era una mujer muy alegre, aunque realmente no tuviera demasiados motivos para serlo. «Ambos somos personas que respetamos suficientemente la Biblia como para dejarnos llevar por nuestros sentimientos, Sam. Sé que Ned no es un buen marido, pero prometí ante Dios que estaría siempre a su lado», le oí decirle. —Kane miró entonces a Rió—. Entonces mi padre le dijo que él jamás pretendería obligarla a elegir. Le confesó que nunca dejaría de amarla, pero que, a menos que ella quedara libre por alguna razón, mantendría sus sentimientos en secreto.

Rió se quedó boquiabierta ante la enormidad de lo que Kane estaba diciéndole. Dejó el libro en el tocador, se volvió hacia la cama y se sentó en el borde, intentando recordar.

—Así que estaban enamorados… —susurró.

—Absolutamente —respondió Kane con cierta tristeza—. Creo que mi padre estaba desesperado cuando tu madre murió. Le había buscado los mejores médicos, pero no consiguieron nada —terminó diciendo, y continuó en completo silencio.

Rió tampoco habló. De pronto se encontraba inmersa en los terribles recuerdos de las borracheras de su padre. Todavía lo recordaba maltratando a su madre. La mayoría de las veces, ni siquiera parecía ser consciente de que había una niña en la casa, y mucho menos de que la niña era suya.

—¿Por qué no hizo nada mi madre? ¿Por qué no se divorció?

—Supongo que era una persona con un honor intachable —respondió Kane muy serio—. Había hecho una promesa y estaba

decidida a cumplirla. Y mi padre, por su parte, tampoco estaba dispuesto a quitarle la mujer a otro hombre, por mal marido que fuera —hizo una mueca—. Aquella moralidad tan estricta podía dar lugar a sentimientos muy nobles, pero también a mucho dolor. En cualquier caso, creo que tanto tu madre como Sam, fueron dos personas admirables.

—Y ésa es la razón por la que ahora están enterrados juntos…

—Supongo que sí.

A Rió se le llenaron los ojos de lágrimas al volver a mirar el libro.

—Gracias por haberlo encontrado. Si quieres, puedes quedarte a verlo conmigo.

—Creo que preferiría dejarlo para otro día, cuando esté menos reciente la muerte de mi padre —caminó hacia la cama, se agachó y le tomó una mano a la joven—. Y preferiría que tú también te lo tomaras en pequeñas dosis. No quiero que te pongas triste.

Rió le acarició la mejilla, conmovida por su preocupación.

—Lo sé —suspiró—. Hay demasiadas cosas entre las páginas de este libro, y todavía tengo que acostumbrarme al hecho de que mi madre y tu padre estuvieran enamorados.

—¿Crees que estarás bien? —le preguntó Kane con delicadeza, y Rió asintió—. Entonces, dame un beso.

Rió sonrió, se inclinó hacia delante y lo besó.

Capítulo 10

Dos días después, Kane fue a Dallas por un asunto de negocios. Como Kane tenía pensado pasarse allí algunos días, Rió se quedó en el rancho con la intención de citarse con un representante de la agencia de bodas y empezar a elaborar la lista de invitados.

El capataz se encargó del rancho mientras Rió se encontraba con las dos personas que al final llegaron de la agencia. Para alivio de la joven, una de las pocas tareas que le correspondían a ella era escoger su vestido y el de las damas de honor. Dos de sus mejores amigas, a las que había conocido en el colegio, se habían emocionado al oír que iba a casarse con Kane y que querían que fueran sus damas de honor.

Hizo un rápido viaje a Austin para ver vestidos, pero decidió no comprar nada hasta que no hubiera visto otros modelos en Dallas.

Mientras estaba preparándose una bolsa de viaje para llevar a Dallas, donde, entre otras cosas pensaba hacerle una corta visita a Kane, vio el libro de Sam encima del tocador. Kane había hecho bien al decirle que fuera viendo el libro en pequeñas dosis. Ya había leído un par de notas de su madre dirigidas a Sam. En una de ellas le daba el pésame por la muerte de un primo de Sam, en la segunda le hablaba del diagnóstico que había hecho el médico sobre su enfermedad. En ambas ocasiones se había emocionado, y había comprendido que darse tiempo para ir absorbiendo todos los descubrimientos era preferible a someterse a una intensa sesión.

Cuando terminó de hacer el equipaje, se dedicó a pasar nuevas páginas del libro, hasta que entre un par de ellas encontró una hoja

de papel.

En cuanto la vio comprendió que se trataba de una partida de nacimiento. La póliza que llevaba pegada daba fe de la autenticidad del documento. Leyó su propio nombre, Rhea Rene Cory, su fecha de nacimiento y el estado y la ciudad en la que había nacido antes de reparar en los nombres de sus padres.

El primero que leyó fue Samuel Kendall Langtry. Al principio, se negaba a dar crédito a lo que estaba viendo. Sentía una inmensa presión en su pecho que rápidamente subió a su cabeza. Las manos le temblaban mientras leía una y otra vez el nombre de su verdadero padre.

Por más que lo miraba, el nombre nunca cambiaba. En vez de aparecer el nombre de Ned Cory en el espacio correspondiente, se encontraba el de Sam Langtry, nítidamente mecanografiado.

Aterrada, agarró el documento y lo examinó de cerca, como sí hubiera así alguna posibilidad de que cambiara. Pero las letras permanecían inamovibles, y Rió comenzó a sentir náuseas.

Su cerebro tardó algunos minutos en comenzar a funcionar otra vez. Se acordó de las cajas con objetos de su madre que todavía guardaba en el armario. Todos los documentos legales de Lenore estaban allí. Por supuesto, su verdadera partida de nacimiento tenía que estar en una pequeña caja de metal. La había necesitado cuando se había sacado el carnet de conducir, y en un par de ocasiones por lo menos para matricularse de diversos estudios.

Corrió al armario, abrió rápidamente la puerta y miró en el interior de aquel enorme armario empotrado. No tardó en encontrar los objetos que no había tenido tiempo de subir de nuevo al ático.

A los pocos segundos, estaba abriendo una caja de metal. El miedo y la frustración crecían mientras rebuscaba entre todos aquellos papeles. La partida de nacimiento apareció doblada al final de la caja.

Rió la sacó y la desdobló. El nombre de su padre, Ned Cory, aparecía en el lugar en el que debía. El alivio de Rió fue tan profundo que se apoyó contra la pared.

Pero al hacer aquel movimiento, la luz cayó directamente sobre la hoja y unas pequeñas marcas alrededor del nombre de su padre le llamaron la atención. Con el corazón latiéndole violentamente en el pecho y una nueva oleada de pánico nublándole la razón, se

enderezó.

Fue corriendo hasta la mesilla de noche, encendió la lámpara y sostuvo el documento contra la bombilla. Las marcas que segundos antes apenas podía distinguir, eran así plenamente visibles. Era evidente que alguien había aplicado un corrector sobre el nombre anteriormente escrito, y que ese nombre no era otro que el de Samuel Kendall Langtry.

Rió dejó caer el papel. Caminó con piernas temblorosas hasta el tocador y tomó el otro certificado para compararlo con el que había encontrado en la caja de su madre. Las pólizas y el sello del notario de los dos papeles eran idénticos. Y era indudable que el nombre original que aparecía en ambos era el de Samuel Kendall Langtry.

La cabeza comenzó a darle vueltas, y apenas tuvo tiempo de llegar hasta el baño antes de empezar a vomitar violentamente.

* * *

Rio pasó el resto de la mañana absolutamente confundida, con continuas náuseas y un dolor insoportable en el corazón. El horror de saber que estaba locamente enamorada de su propio hermanastro la devastaba.

La amarga sensación de haber sido traicionada añadía más dolor a su tormento. Ella había querido a Sam como al padre que nunca había tenido, lo había adorado y había confiado devotamente en él. Pero durante todos esos años, Sam tenía que haber sabido que era su verdadero padre, pues en caso contrario no habría dejado una copia de su partida de nacimiento en aquel libro. Rió no conseguía comprender por qué había hecho una cosa así, por qué había permitido que se enterara de algo tan importante de aquella manera.

En la carta que le había dejado le decía que era todo lo que un hombre podía esperar de una hija. Y en otra ocasión le pedía que recordara que la amaba, y la llamaba «su preciosa hija». La primera vez le habían encantado aquellas palabras, pero tras aquel inesperado descubrimiento, más que un cumplido cariñoso, le parecía una especie de confesión. Quizá las había escrito con intención de prepararla para lo que iba a encontrarse más tarde.

Aunque nunca se lo había dicho a Sam directamente, tenía la certeza de que este sabía que estaba enamorada de Kane. ¿Por qué no le habría advertido entonces que eran hermanos? Le parecía increíble que Sam hubiera actuado de aquella manera.

Recordó amargamente que ella y Kane habían admirado juntos la contención de Sam. La forma en la que él y su madre habían dado prioridad a la moral y a sus principios por encima de sus propios sentimientos les había parecido admirable. Pero la triste verdad era que el honor y la moralidad habían llegado tarde a su relación. Demasiado tarde.

Rió no podía imaginarse contándole a Kane lo que había descubierto. No era capaz de transmitirle aquel infierno de dolor y culpabilidad en el que ella se encontraba sumida.

Oh, Dios… tenía que encontrar alguna manera de romper el compromiso sin decirle la verdad. Cualquier cosa era mejor que permitir que Kane supiera que había estado a punto de casarse con su hermanastra.

Recordó la declaración de amor de Kane, y su dolor se hizo más intenso. Kane no debía amarla, no podía amarla. Y ella… ella lo había amado durante tantos años que le parecía imposible dejar de hacerlo algún día.

Pero tenía que evitarle a Kane aquella tortura. Tenía que conseguir que la odiara, estaba segura de que sería lo mejor para él, y quizá ella también pudiera encontrar así un pequeño consuelo.

Rió terminó de preparar su equipaje y antes de bajar con él, se metió en la habitación de Kane y le dejó encima de la cómoda la sortija de compromiso y una nota.

Como todos los de la casa sabían ya que pensaba ir a Dallas, no se tomó la molestia de despedirse de nadie. Llevó las maletas directamente al garaje, se metió en la camioneta y segundos después salía del rancho con el corazón roto por verse obligada a abandonar a Kane y el mundo que tanto amaba.

Kane:

Siento tener que decírtelo de este modo, pero me temo que no podemos continuar nuestro compromiso, que debemos abandonar nuestros planes de boda. Me siento como una niña caprichosa, que llora por un juguete hasta

que lo consigue y de pronto pierde el interés porque el juguete no es tan maravilloso como imaginaba y decide buscar otro más nuevo y mejor.

Te dejo el teléfono de mi nuevo abogado, por si necesitas ponerte en contacto conmigo. No tengas miedo de que mi parte del rancho termine en manos de cualquier sociedad protectora de animales. No he renunciado a la parte que me corresponde de la herencia. Podemos decirle a los demás que todavía estoy muy afectada por la muerte de Sam y necesito alejarme del rancho durante una temporada.

Creo que podría dirigirme hacia Colorado. He vivido en Texas durante toda mi vida, y me gustaría conocer una zona más montañosa. O quizá vaya a París, a pasar un año en Francia. En cualquier caso, te llamaré dentro de unas cuantas semanas.

Rió.

Kane había llegado brutalmente cansado del viaje. Uno de los motores del avión le había causado problemas y se había encontrado con fuertes turbulencias durante todo el trayecto. Y la nota de Rió fue como una puñalada en el corazón. La leyó dos veces, y la dejó de nuevo donde la había encontrado.

Si no hubiera estado tan cansado, habría pasado por alto que Rió lo comparara con un juguete usado. Se habría dado cuenta de que era una nota mucho más desesperada de lo que parecía. Sobre todo le habría extrañado que Rió, que necesitaba como el aire los espacios abiertos, hablara de irse a París. Ni siquiera recordaba que la joven hubiera comentado alguna vez que tuviera ganas de ir a Francia.

* * *

Rio se sentía entumecida, y, de alguna manera, agradecía aquella repentina carencia de sentimientos.

Pero aunque había conseguido adormecer su corazón, su mente continuaba funcionando a una velocidad vertiginosa.

Había tantas preguntas para las que no encontraba respuesta. Le habría gustado saber si había nacido antes de que Ned y Lenore se casaran. Si Ned era consciente de que ella no era hija suya. Y no comprendía, si ése era el caso, por qué su madre se había casado con Ned, en vez de con Sam.

Tenía tan poca información sobre el pasado de sus padres que no tenía manera de descubrir las respuestas.

Tampoco podía parar de pensar en Kane. ¿Cómo estaría? ¿Habría encontrado ya la nota? ¿Estaría furioso? ¿Habría empezado a odiarla?

Rió decidió interrumpir violentamente aquel torrente de preguntas, temiendo que volviera a renacer el dolor. Habían pasado ya tres semanas desde que había abandonado Langtry. Aunque estaba en contacto permanente con su abogado, éste sólo había recibido una llamada de Kane. Y, obedeciendo las órdenes de Rió, el abogado no le había dicho dónde se encontraba la joven.

De todas formas, aunque se lo hubiera dicho, no habría podido encontrarla porque la joven rara vez pasaba más de una sola noche en el mismo lugar, buscando, desesperadamente, alguna forma de poder dejar de amar a Kane.

* * *

Rió estaba descansando en un pequeño y acogedor restaurante de San Antonio. El calor había acabado con su ya precario apetito, así que sólo pidió un té con hielo. Estaba removiendo el hielo con una pajita, con el ánimo tan abatido como siempre, cuando alguien se acercó a su mesa.

—¿Señorita Rió?

Aunque la pregunta había sido hecha en una voz apenas audible, reconoció inmediatamente que se trataba de Ty Cameron. Alzó la mirada y se obligó a sonreír al atractivo ranchero.

—¿Puedo sentarme con usted, o está esperando a alguien?

Rió sacudió la cabeza y, con un gesto no exento de tensión, señaló la silla que estaba frente a ella.

—Siéntese, señor Cameron, no estoy esperando a nadie.

Mientras se sentaba, Ty Cameron no apartó la mirada de la joven, que sintió una oleada de rubor. Debería haber previsto que

había algunas posibilidades de encontrarse con Ty Cameron en San Antonio, pero en realidad tenía la sensación de que no había un solo lugar en todo el país en el que estuviera totalmente a salvo. Además, Ty Cameron era un hombre de negocios, que viajaba con mucha frecuencia, de modo que sus caminos podrían haberse cruzado tanto en Dallas como en Houston o San Antonio. Por otra parte, al ser descubierta en San Antonio podría proyectar un mensaje diferente que si la hubiera encontrado en cualquier otra ciudad.

—¿Ha decidido venir a ver qué tipo de diversiones se pueden encontrar en mi tierra?

Rió no pudo evitar apreciar lo atractivo que Ty era. Y tampoco que en su intensa mirada se adivinaba un claro interés por ella.

—Me he tomado una especie de vacaciones —le contestó—. Pensé que sería divertido venir a conocer esta parte del estado.

En la mirada de Ty apareció un brillo de curiosidad, pero casi inmediatamente, le brindó una agradable sonrisa.

—Estaría más que orgulloso de enseñarle los alrededores —le ofreció.

Rió sacudió la cabeza.

—Gracias, pero he caminado tanto esta mañana que tengo los pies destrozados —respondió. Dio un sorbo a su té, intentando disimular su nerviosismo.

Ty Cameron sonrió de oreja a oreja y se reclinó en la silla.

—Así que lo que en realidad necesita es un lugar tranquilo donde pueda descansar. Y como los hoteles tienden a perder rápidamente su atractivo, me gustaría invitarla a pasar unos días en mi rancho. Puede quedarse en cualquiera de las habitaciones para invitados, y tengo un ama de llaves que, aunque, para no pecar de vanidoso no me atrevería a decir que es la mejor cocinera de Texas, debe de ser la mejor carabina del estado.

Rió comprendió perfectamente el mensaje. Ty era suficientemente sensible como para comprender que jamás aceptaría quedarse a solas con él en el rancho. Al mencionar al ama de llaves, estaba facilitándole la posibilidad de aceptar su invitación y mostrando a la vez su respeto por ella.

Rió pretendía negarse automáticamente, pero la negativa parecía negarse a salir de sus labios. Llevaba semanas viajando sola,

y soportando el dolor más intenso de su vida. Ty Cameron era un caballero. Además, tenía que reconocer que se sentía ligeramente atraída por él, y no era ningún secreto que él sentía algo parecido por ella.

El sentido común, o quizá fuera la desesperación, le recordó que tenía pocas esperanzas de olvidar a Kane y enamorarse de otro a menos que intentara encontrar nuevas amistades.

Siguió jugueteando con la pajita del té y le dirigió a Ty una tímida sonrisa.

—Gracias, señor Cameron. Me encantaría conocer su rancho.

* * *

El rancho de Ty Cameron era enorme. Tardaron veinte minutos, desde que atravesaron la entrada, en llegar hasta la casa principal. Ty iba mostrándole el camino en su coche, mientras Rió lo seguía en su propio vehículo.

La casa tenía una entrada con arcos y un hermoso tejado de tejas rojas. Los establos y los corrales se encontraban detrás, orientados hacia el este. Al hallarse frente a una vista y unos sonidos tan familiares, se apoderó de Rió la nostalgia, pero consiguió controlarla y ofrecerle a Ty una sonrisa cuando éste le bajó el equipaje y la condujo hacia el vestíbulo interior.

El ama de llaves era una mujer de origen mexicano, con una sonrisa encantadora y chispeantes ojos negros que denotaban buen humor. Tras ofrecerle a Rió una calurosa bienvenida, la condujo hacia las habitaciones de los invitados.

Durante la cena, María demostró ser tan buena cocinera como Ty había comentado y con su buen humor, consiguió animar notablemente a Rió. Ty resultó ser un excelente conversador, y distraída por su agradable compañía, la joven comió más de lo que había comido durante semanas. Cuando terminó, estaba tan cansada, que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Ty la acompañó hasta su dormitorio y le dio las gracias por haber aceptado su invitación. Le preguntó después si le gustaría levantarse temprano para ir a recorrer el rancho a caballo, y pareció complacido al ver asentir a la joven.

Aquella noche, Rió durmió como no había dormido desde hacía meses. A la mañana siguiente, se despertó increíblemente descansada y con ánimos para enfrentarse a un nuevo día.

Casi sin que se diera cuenta, Ty consiguió convencerla para que se quedara algunos días en el rancho. Rió no había estado mejor que en Cameron en ninguno de los lugares que había recorrido durante las semanas anteriores. No sabía exactamente cuál era la razón, pero probablemente tenía que ver con el hecho de que la vida en el rancho le resultaba mucho más familiar que las ciudades y los viajes.

Le habría gustado creer que la posibilidad de un romance hubiera mejorado su visión de la vida. Pero aunque Ty no había ocultado en ningún momento su interés por ella, Rió no sentía nada más que una ligera admiración y un agradable sentimiento de amistad por aquel hombre tan atractivo.

Durante su quinta mañana en el rancho, estaba observando la doma de un caballo, acodada a la verja del picadero junto a Ty cuando él rozó su mano.

Como si aquel simple roce le hubiera sugerido la idea, le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

Rió se obligó a sí misma a no soltar su mano. Intentó esperar pacientemente mientras Ty le acariciaba suavemente el dedo pulgar. La ligera chispa que despertó en su interior le hizo albergar una remota esperanza durante un breve instante, justo antes de que el repentino recuerdo de Kane acabara con ella. Aunque su corazón llevaba semanas prácticamente dormido, aquel recuerdo aguijoneó de nuevo el dolor.

—Estás muy tensa, Rió. ¿Estás asustada, o no te gusta que te toque? —Ty había demostrado tener un tacto exquisito durante el tiempo que Rió llevaba allí, y aquella pregunta demostró una vez más que era un hombre en el que se podía confiar.

Rió fue sobrecogida por una oleada de emoción tan fuerte que durante unos instantes no fue capaz de responder. A modo de disculpa, le apretó suavemente la mano y sintió a continuación que Ty estrechaba su mano con más fuerza, como si quisiera consolarla.

—Lo siento, Ty —le dijo suavemente. No podía mirarlo a los ojos—. No es que no me guste que me toques, el problema es que tu caricia me ha recordado a otra persona a la que estoy intentando

olvidar —al decir la última palabra, se le quebró inesperadamente la voz.

—¿Kane Langtry?

Lo preguntó tan repentinamente que la joven se quedó sin respiración, pero aun así, asintió en silencio.

Ty rió suavemente.

—Entonces, creo que puedo decir que has llegado al lugar indicado —le dijo arrastrando las palabras e inclinándose hacia ella —. Quiero que sepas, Rió Cory, que probablemente soy uno de los pocos hombres de Texas que puede hacerte olvidar a Kane Langtry… si estás segura de que quieres olvidarlo.

—Claro que quiero.

Ty le soltó la mano, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo delicadamente hacia él.

—Entonces dame tiempo, cariño.

Rió vaciló, pero terminó deslizando la mano por su cintura. En silencio, continuaron observando la doma del caballo.

* * *

Kane miró fijamente el fax que le acababa de enviar el detective privado. Al cabo de semanas de esperar que Rió volviera a Langtry, o por lo menos hiciera una llamada, había renunciado a la espera y había decidido contratar un detective privado. Le irritaba hacer una cosa así, pero el caso era que la había hecho.

Su primera reacción tras enterarse del voluntario abandono de Rió y de la ruptura de su compromiso, había sido enfurecerse y dejar que la joven se fuera al infierno. Había estado salvajemente furioso durante todo un día. Pero durante el resto del tiempo, había sido presa de un dolor que raramente cedía y se culpaba continuamente de la marcha de Rió.

Para ella, la muerte de Sam había sido un duro golpe. El accidente que había tenido a caballo también había sido un acontecimiento traumático. Si a eso le añadía su repentina propuesta de matrimonio y su insistencia en celebrar la boda cuanto antes, tenía que reconocer que había sometido a Rió a una presión insoportable.

Rió estaba equivocada, pero sentía las cosas muy profundamente. Era una mujer muy reservada, incluso tímida. Teniendo en cuenta su aversión a ser el centro de atención, la perspectiva de organizar una gran boda debía de ser para ella terrorífica.

Tras llegar a esa conclusión, había decidido contratar a un detective privado para saber si había alguna posibilidad de que volviera. Estaba decidido a ser comprensivo y perdonar. Había olvidado los grandes planes que tenía para la boda, lo único que le importaba ya era que Rió volviera a casa. Quería hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerla feliz… hasta que le había llegado la última noticia sobre ella.

Según el fax que tenía en ese momento frente a él, Rió había conseguido ya el juguete nuevo que había mencionado en su carta.

* * *

-¿Te apetece tomar una copa? —le preguntó Ty a Rió mientras se reunía con ella en el espacioso salón del rancho, después de la cena.

Rió sonrió. Cada vez se sentía más cómoda con él, pero secretamente dudaba que pudiera albergar algún día un sentimiento más profundo que la amistad hacia Ty.

—No gracias —contestó suavemente, y Ty asintió complacido.

—Al menos por lo que yo sé, mi madre no probó una gota de alcohol en toda su vida —comentó, mientras cruzaba la habitación para acercarse al mueble-bar—. Pero tengo bebidas muy suaves que puedes mezclar con agua, y también refrescos. Y, si lo prefieres, puedo pedirle a María que te traiga un té con hielo.

—Entonces ponme un refresco. Con mucho hielo —contestó sonriente.

—Ahora mismo —replicó Ty. Se volvió hacia un pequeño refrigerador y sacó un refresco de cola.

Rió lo observó atentamente mientras la servía. La confianza en sí mismo que emanaba de aquel hombre en cada uno de sus movimientos era fascinante. Kane mostraba la misma confianza, aunque en su caso estaba teñida de una arrogancia natural que, sin embargo, no le hacía parecer vanidoso.

Sintió una punzada en el corazón que le hizo apartar la mirada de Ty. Era una situación insoportable. No era capaz de fijarse en ningún rasgo positivo de Ty sin compararlo automáticamente con Kane.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. Pensaba que el entumecimiento de su corazón podría ayudarla a olvidar su amor por Kane. Y también que Ty podría ayudarla a olvidar. Pero al amarga ironía era que Ty y Kane eran tan sobrecogedoramente parecidos como diferentes, y apenas podía mirar a Ty sin pensar en Kane, sin desear estar con él.

—¿Te ocurre algo?

Rió se sobresaltó al oír tan cerca su voz y se dio cuenta entonces de que se había acercado hasta el sofá en el que estaba sentada, y estaba tendiéndole el vaso de cola.

—Lo siento —musitó suavemente, y dio un sorbo a su bebida, esperando que pasara inadvertido aquel desliz.

Ty se sentó a su lado, tan cerca de ella que sus hombros se rozaban, estiró las piernas y suspiró.

—¿Sabes? Cuanto más tiempo paso contigo más comprendo aquel refrán que dice que la procesión va casi siempre por dentro —sonrió suavemente y le tomó la mano—. Has estado enamorada de Kane Langtry durante muchos años, ¿verdad?

Rió se inclinó hacia delante, confundida por aquella pregunta. Intentó apartar la mano de la de Ty, pero éste se la retuvo delicadamente entre las suyas.

—No te lo he dicho para criticarte, y, desde luego, lo último que pretendía era herirte, Rió —le dijo suavemente—. Reconozco que me va a resultar difícil soportar que no correspondas a mis sentimientos, pero lo que sería una verdadera desgracia sería que no pudiera ser tu amigo.

Rió volvió la cabeza hacia él y descubrió en su rostro una sonrisa que apoyaba la sinceridad de sus palabras.

—Y como me gustaría ser tu amigo —continuó diciendo—, si necesitas a alguien con quien hablar, me ofrezco a ser la persona a la que puedas hacer tus confidencias, con la promesa de que me llevaré a la tumba tus secretos.

—Gracias —consiguió musitar Rió, a pesar del nudo de emoción que tenía en la garganta. ¡Cuánto le gustaría enamorarse de Ty! Era

todo lo que podía esperar de un hombre, todo lo que había deseado siempre de un hombre. Pero el hecho de que no fuera Kane Langtry era una tragedia para ella.

De pronto, se escuchó a sí misma comenzar a decir:

—Amo a Kane desde que me fui a vivir a casa de Sam. Al principio, lo veía como a un hermano…

Tardó un buen rato en contarle toda la historia. Cuando terminó, estaba reclinada en el sofá, con la mirada perdida y demasiado emocionada para pensar siquiera en moverse.

Capítulo 11

—Por favor, Kane, déjame ir contigo —le suplicó Tracy—. Todavía estás muy enfadado con Rió. Podrías necesitar a alguien que hiciera de mediador.

Tracy lo siguió con ansiedad mientras Kane hacía los últimos preparativos antes de abandonar la casa para dirigirse a la pista de aterrizaje.

Tracy, con sus enormes ojos y sus modales reservados estaba más afectaba de lo que Kane la había visto desde que la conocía. Por otra parte, y a pesar de los esfuerzos de Ramona, él realmente no podía decir que conociera realmente a su hermanastra. De hecho, prácticamente no había pisado Langtry durante los primeros seis meses posteriores a la boda de Sam y Ramona, cuando Tracy era una tímida y frágil jovencita de quince años. Y, desde entonces, nunca había pasado un período de tiempo más largo en el rancho que durante las últimas semanas.

Kane se detuvo y le dirigió una dura mirada.

—¿Y por qué iba a importarte? Yo pensaba que tú y Rió no os llevabais bien —observó que Tracy se acobardaba bajo su dura mirada. Evidentemente, era demasiado débil para hacer de mediadora de nadie, y, desde luego poco iba a poder hacer para suavizar la discusión que pensaba tener con Rió.

Tracy lo miró desesperada, antes de estallar.

—A Rió nunca la hemos comprendido. Y creo que tampoco lo estamos haciendo ahora.

Kane sonrió con cinismo.

—Rió ha tenido que sufrir cosas mucho peores que la incomprensión. ¿Y qué te hace pensar que de pronto te has convertido en una experta sobre una persona con la que apenas te has dignado a hablar?

Tracy se sonrojó violentamente, pero continuó insistiendo en acompañarlo.

—Por favor, Kane, déjame ir contigo. Creo que de verdad puedo servir de ayuda —apoyó la mano en su brazo, pero casi inmediatamente la apartó.

Ramona había estado intentando arrojar a Tracy en brazos de Kane desde que Rió se había marchado. A Kane no le habían hecho ninguna gracia los intentos casamenteros de su padre, pero tenía que reconocer que no habían sido nada comparados con los esfuerzos de Ramona, que estaba absolutamente decidida a verlo casado con su hija. Tracy parecía avergonzada con las maquinaciones de su madre, pero obedecía ciegamente todos sus planes. Aquel último gesto podía formar parte de una nueva estratagema de Ramona, y Kane no tenía ninguna gana de participar en ella.

—Éste es un asunto entre Rió y yo. No hace ninguna falta que venga una tercera persona, Tracy, por muy buenas intenciones que tenga —le dijo mientras terminaba de meter unas cosas en su bolsa de viaje.

Cerró la cremallera y cuando se volvió, advirtió que Tracy se había desvanecido. Como tenía otras muchas cosas en las que pensar, no le dio ninguna importancia a su desaparición.

Antes de marcharse, pasó por la oficina del rancho para hablar con el capataz. En ese momento, llegó el veterinario y retrasó su salida una hora más, de manera que cuando por fin se vio pilotando el aparato, estaba de un humor de perros.

El hecho de que se hubiera encontrado con Tracy esperándolo en la puerta del avión y se hubiera negado a marcharse, contribuyó también a que no dijera una sola palabra durante el vuelo hasta el rancho de Ty Cameron.

* * *

Ty estaba viendo un vídeo de ganado para seleccionar algunos ejemplares que pretendía comprar, de modo que Rió se dirigió hacia los establos, con intención de buscar algo que hacer.

El vaquero al que había estado observando trabajar el día anterior, le había ofrecido montar a uno de los potros y ella había aceptado encantada. Así que estuvo montando en el picadero con aquel potrillo. Pero cuando volvía hacia los establos, se acordó del último caballo que había estado domando en Langtry, que había llegado a convertirse en uno de los ejemplares más dóciles y vigorosos del rancho.

Aquel recuerdo revivió la melancolía que parecía haberse instalado definitivamente en su corazón.

«Oh, Kane, ¿cómo estás? Me odias, ¿verdad?». No podía evitar aquellas preguntas. Había hecho un esfuerzo sobrehumano para intentar alejar a Kane de su mente, pero se sentía como si estuviera tambaleándose en medio de un campo minado, activando un dispositivo tras otro. ¿Estaría condenada a amar a Kane durante el resto de su vida? ¿Por qué no podría terminar de una vez con aquellos sentimientos?

Porque lo que había descubierto no podía ser verdad, se contestó casi inconscientemente.

Por un momento, la esperanza inundó su corazón y elevó su espíritu hasta que el recuerdo del nombre de Sam en su partida de nacimiento le hizo volver bruscamente a la tierra. Rió alzó la mano y abrió la puerta de los establos mientras intentaba contener sus sentimientos.

Sólo un cobarde habría guardado silencio durante todos aquellos años, se dijo con amargura. Sólo un cobarde habría permitido que encontrara aquel certificado de nacimiento sin haber dado una previa explicación. La parte de su corazón que continuaba siendo leal a Sam, le decía que seguramente él pretendía decírselo, pero la muerte se lo había llevado antes de que tuviera tiempo de hacerlo.

Lágrimas de tristeza y frustración empañaron sus ojos, pero pestañeó con fuerza para apartarlas. Sus pensamientos corrían a una velocidad vertiginosa, mientras se aferraba a la puerta de madera con tanta fuerza que terminó haciéndose daño. Cuando apartó la mano para descubrir parte de su dolor, vio que se le habían clavado unas astillas en el dedo. Intentó doblar la mano, pero el dolor se lo

impidió.

—Maldita sea —susurró entre dientes, y se dirigió rápidamente hacia la casa principal.

Justo cuando estaba llegando, oyó el motor de un aeroplano. Miró hacia el este, y se cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol. Ty no esperaba que llegara a nadie hasta el día siguiente por la mañana, que se había citado con un vendedor. El corazón le latió de forma extraña al ver el aeroplano, pero se recordó inmediatamente que Kane no era la única persona de Texas que pilotaba un avión.

Decidida a no dejarse llevar por las especulaciones, corrió hacia la casa.

* * *

—Ya sólo quedan un par de ellas —musitó Ty mientras le quitaba una astilla con una pinza. En cuanto estuvo fuera, le hizo girar la mano bajo la lámpara para buscar la última.

En cuanto terminó, le soltó la mano y suspiró.

Rió inspeccionó sus dedos a la luz de la lámpara mientras Ty abría una botella de desinfectante y empapaba un trozo de algodón.

—Tranquila Rió, ahora llega la parte más dura —anunció.

Rió no pudo evitar una sonrisa al verlo contener exageradamente la respiración antes de aplicar el desinfectante en las pequeñas heridas dejadas por las astillas.

Lo miró a los ojos, y casi inmediatamente Ty se inclinó y besó delicadamente sus labios. Se separó ligeramente de ella y susurró:

—Con un beso te dolerá menos —y volvió a besarla otra vez, agarrándole la cabeza con la mano para que el beso fuera más firme.

Pero una voz grave y profunda los interrumpió.

—¿Así que éste es tu nuevo juguete?

Rió, asustada, intentó volverse hacia él, pero Ty la agarró con firmeza hasta que dio por finalizado su beso. Entonces, miró a la joven con ojos brillantes, antes de volverse hacia Kane.

—¿Qué te trae por aquí, Kane? —le preguntó en tono desafiante.

Rió volvió la cabeza hacia Kane, y se quedó mirándolo con

expresión de incredulidad. Su mera visión provocó un deseo tan intenso en su interior que casi perdió la respiración.

—He venido a ver a tu invitada. Tengo que hablar con ella de un asunto que tenemos pendiente —le dirigió a Ty una sonrisa que tenía muy poco de educada.

Claramente incómodo por la agresión evidente en las palabras de Kane, Ty se inclinó en su asiento y lo midió con la mirada.

—La señorita Rió es mi invitada, y, mientras esté aquí, su seguridad y su felicidad son para mí una prioridad.

La expresión de Kane se endureció.

—¿Crees que voy a hacerle daño?

—Llegó aquí habiendo sido herida —replicó Ty con una expresión tan dura como la de Kane—. Yo diría que ya ha sufrido suficiente.

Rió se levantó de repente.

—Por favor, no… —Al oírla, ambos hombres se volvieron hacia ella, haciéndole sonrojarse. Miró a Kane y a continuación dirigió su mirada hacia Ty—. Quizá sea mejor que hable con él.

—No tienes por qué hacerlo, Rió —le dijo Ty con amabilidad—. En cualquier caso, aceptaré cualquier decisión que tomes, y me aseguraré de que también lo haga Kane.

Aunque Rió no estaba mirando a Kane, casi podía palpar su indignación. Sacudió nerviosa la cabeza y lo miró. Su rostro tenía una expresión de acero y sus ojos eran dos piedras de fuego.

—Hablaré contigo —le dijo Rió—, pero antes tengo que ir a buscar algo. —Kane la miró como si estuviera a punto de mostrar su desacuerdo de modo que la joven añadió rápidamente—: Es algo que podrá explicártelo todo mejor que yo.

Kane se quedó mirándola con desconfianza, pero no puso ninguna objeción cuando Rió se dirigió hacia la puerta y abandonó la habitación. Acababa de cerrar la puerta y volverse para ir a su dormitorio cuando se detuvo asombrada.

—Hola, Rió. —Tracy estaba en el vestíbulo, apretando con fuerza un pequeño bolso que tenía entre las manos—. Yo… he venido a decirte algo.

A pesar de lo mucho que le había afectado la repentina aparición de Kane en el rancho, Rió volvió a quedarse absolutamente perpleja. No sólo porque también Tracy hubiera

llegado hasta allí, sino porque estaba hablando con ella.

Sin salir de su asombro, observó cómo la siempre delicada Tracy LeDeux, hurgaba torpemente en su bolso hasta que sacó un papel doblado.

—Toma —le dijo mientras le tendía un papel—. Lo siento.

Rió alzó la mano, dispuesta a agarrarlo, pero al ver el sello y la póliza del notario que llevaba el documento se quedó completamente helada.

Tracy le tendió de nuevo el papel.

—Por favor, míralo. Es tu partida de nacimiento.

Rió retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—No, gracias. Ya lo conozco.

—No, no lo conoces —insistió Tracy y Rió vio el brillo de las lágrimas en sus ojos—. Por favor, léelo —al advertir la angustia que había en su rostro, la propia angustia de Rió creció.

Negó de nuevo con la cabeza e intentó adelantar a Tracy, pero ésta la agarró del brazo.

—Sam… Sam Langtry no es tu padre —estalló—. Las partidas de nacimiento que encontraste en el libro y entre las cosas de tu madre están falsificadas —dijo Tracy llorosa.

Rió la miró estupefacta, y al cabo de unos segundos preguntó:

—¿Cómo van a estar falsificadas? El libro que Sam me dejó estaba en un cajón cerrado con llave y sólo Sam sabía que yo conservaba algunos papeles de mi madre —sería un milagro maravilloso que el certificado de nacimiento realmente hubiera sido falsificado, pero no quería albergar falsas esperanzas.

Tracy ya no podía contener las lágrimas.

—Mi madre encontró el libro y los papeles —confesó—. Se metió en tu habitación cuando no había nadie y leyó la carta que Sam te había dejado. Después buscó el libro en el que estaban las flores de tu madre… rebuscó también entre tus cosas y descubrió tu partida de nacimiento. Entonces contrató a un falsificador, no sé quién era, y colocó una copia en el libro de Sam y otra entre los papeles de tu madre…

Rió temblaba de pies a cabeza. Tuvo que apoyarse en la pared para poder sostenerse en pie.

—Lo siento. Sé que debería haber hecho algo… debería haberte avisado. Pero no podía… Sé que mi madre tiene algún problema,

pero esperaba que ella… —contuvo la respiración y Rió se quedó mirándola fijamente—. Lo siento Rió, lo siento —de pronto se derrumbó, pero no cesó de intentar que Rió agarrara el certificado.

Rió estaba en estado de *shock*. Llena de esperanza y aterrorizada al mismo tiempo, agarró el papel y lo desdobló. Tenía el recuerdo de las falsificaciones tan nítido en su mente, que inmediatamente se dio cuenta de que aquel papel, a diferencia de los otros, sí tenía la pátina del tiempo.

—Toma esto también. Hace unos días fui a buscar una copia de tu partida de nacimiento —sollozó Tracy—. Me llegó hace dos días, pero todavía no he abierto el sobre, por si necesitas más pruebas.

Cuando tuvo el sobre entre sus manos, Rió sintió pánico. No se atrevía a abrirlo y descubrir definitivamente la verdad, pero se encontraba en una encrucijada demasiado importante como para renunciar a ello.

—Así que lo sabías desde el día que Rió se fue —oyó decir de pronto a Kane en tono glacial.

Tanto Tracy como Rió se sobresaltaron y se volvieron hacia él. Ty estaba a su lado, un poco detrás de él y con una expresión igualmente amenazadora. Ambos tenían su atención fija en Tracy.

—No desde el primer día… Me enteré unos días después, pero de todas formas lo sé hace tiempo —reconoció con voz temblorosa —. Tenía la esperanza de que Rió intentara ver su verdadera partida de nacimiento por sí misma. Pero como no volvía… comprendí que tenía que hacer algo… —Tracy sollozó—, pero no pude.

—¿Y tú te fuiste por culpa de esa partida de nacimiento falsificada? —le preguntó Kane a Rió con expresión sombría.

Rió asintió.

—Sí —apenas podía tenerse en pie, pero consiguió salir corriendo hacia el ala de invitados de la casa. Fue a buscar las partidas de nacimiento falsificadas que guardaba en su habitación y regresó corriendo al despacho en el que se habían metido los otros tres.

Vaciló unos segundos en el marco de la puerta antes de entrar y tenderle a Kane los documentos. En cuanto los tuvo en su mano, Kane fue a examinarlos a la luz de la lámpara del escritorio de Ty.

—En el que aparece el nombre de Ned Cory, tiene una ligera corrección. Si lo acercas a la luz, verás que debajo se puede

distinguir el nombre de Sam —le explicó, mientras agarraba con fuerza el sobre y el documento doblado que Tracy le había enviado.

Como ya no podía soportar el suspense ni un segundo más, desdobló la partida. El nombre de Ned Cory aparecía claramente escrito. Rió se acercó también a la lámpara y lo puso frente a la bombilla para examinarlo.

No había sentido un alivio parecido en su vida.

—Yo mismo podía haberte dicho que no éramos parientes, Rió —le dijo Kane con voz queda—. Mi padre no habría concebido los planes que tenía para nosotros, y tampoco me habría enviado una carta en la que me decía que sería un estúpido si dejaba que cualquier otro canalla afortunado se casara contigo.

Rió alzó la mirada hacia sus ojos.

—Nunca me dijo nada, y en su carta me llamaba su preciosa hija. Así que cuando descubrí la partida de nacimiento en el libro que me había dejado… —se interrumpió y bajó la mirada. Tuvo que morderse el brazo para contener el torrente de emociones que amenazaba con desbordarla—. Quería que me odiaras —susurró, y volvió a mirarlo—. No quería que supieras que habías estado a punto de casarte con tu hermanastra.

—Entonces eso significa… —A Kane se le quebró la voz. Al verlo tan vulnerable, Rió se conmovió. Jamás había pensado que Kane pudiera ser una persona vulnerable—. Te amo, Rió, por favor, vuelve a casa.

—Yo también te amo, Kane —susurró Rió con suavidad.

Kane recorrió inmediatamente el corto espacio que los separaba, la estrechó contra él y enterró el rostro en su pelo. Rió le rodeó el cuello con los brazos, dejando caer los documentos al suelo, y lloró contra su pecho.

Segundos después, Kane estaba besándola desesperadamente, despertando en ella una ardiente pasión. Ninguno de los dos se enteró de que Ty agarraba a Tracy del brazo y salía con ella de la habitación.

—No me dejes nunca, no me dejes nunca —susurró Kane—. Oh, pequeña, haré todo lo que quieras, te doy todo lo mío, hasta la última gota de mi respiración. Haré cualquier cosa con tal de que no vuelvas a dejarme.

Rió hundió los dedos en su pelo y volvió a besarlo. El miedo que

se reflejaba en la voz de su amado, le hacía desear consolarlo, pero ni siquiera podía hablar. Lo único que en ese momento podía hacer era sentir y absorber la fuerza que la cercanía de Kane le proporcionaba. Lo había echado tanto de menos…

* * *

Una brisa cálida hacía volar la larga melena de Rió. Kane la observaba con atención mientras ella se inclinaba para dejar un ramo de rosas rojas en la tumba de su madre. A continuación, se enderezó y se acercó a la tumba de Sam para dejarle a él el resto de las rosas.

Cuando terminó, miró a Kane con una sonrisa cargada de tristeza. Kane le tendió la mano y ella se acercó a él y lo abrazó con fuerza, apoyando la cabeza en su pecho.

—Te quiero más que a mi vida, Rió Langtry —susurró Kane con la voz ronca por la emoción.

—Y yo te quiero a ti más que a la mía —contestó ella.

—¿Estás bien?

Rió alzó la mirada y sonrió. El brillo de las lágrimas iluminaba sus ojos.

—Nunca he estado mejor. Creo que el embarazo me sienta muy bien, por lo menos hasta ahora —añadió, le tomó la mano y se la llevó a su vientre.

—Creo que ya deberías dejar de montar a caballo y de trabajar con los hombres del rancho.

—Pronto lo haré, te lo prometo —contestó, abrazándose con más fuerza a él.

—Eso es lo que dijiste hace una semana. ¿Cuándo va a ser pronto esta vez?

—Pronto —insistió, como si estuviera diciendo una fecha fija del calendario.

A pesar de lo mucho que había amado a Kane durante toda su vida, jamás había sospechado lo maravilloso que sería poder hacerlo abiertamente, entregándole todo su corazón. Durante el año que llevaban casados, el amor que compartían había sido toda una revelación para ambos.

—No esperes mucho —gruñó Kane—. Mis nervios ya han sufrido demasiado.

Rió soltó una sonora carcajada.

—Kane, tú no has estado nervioso en toda tu vida.

—No lo había estado hasta hace unos meses —refunfuñó, pero por su tono de voz. Rió comprendió que estaba haciendo todo lo posible para disimular una sonrisa—. Te quiero Rió, y siempre me parece que nunca podré decírtelo suficientes veces —alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Rió sonrió, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Puedes decirlo todas las veces que quieras. Te aseguro que nunca me voy a cansar de oírlo —y lo besó.

De pronto, Kane se inclinó, la levantó en brazos y la miró con una sonrisa de niño en los labios.

—Cuando fui a comprar, compré también un par de flores muy especiales para usted, señora Langtry. El problema es que las dos están en nuestro dormitorio. Así que ahora mismo debe oler como cuando tú te das un baño con esencias pensando que tienes que hacer algo extraordinario para atraer atención —se interrumpió para besarla—. Y el caso es… que no sé si voy a ser capaz de esperar hasta esta noche para enseñártelas.

Rió le devolvió la sonrisa.

—Me parece que yo tampoco voy a poder esperar hasta esta noche… para verlas —dijo suavemente.

Kane dio media vuelta y, con Rió en brazos, caminó hasta la camioneta que había dejado aparcada en la puerta.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/